

AMÉRICA EN MISIÓN: EL EVANGELIO ES ALEGRÍA

V Congreso Americano Misionero

Santa Cruz de la Sierra

(Bolivia)

Julio – 2018

INSTRUMENTUM LABORIS

Para la fase de preparación del Congreso

INTRODUCCIÓN

El Evangelio trae consigo el supremo bien a la humanidad

1. Jesús envía a los apóstoles con este mandato: *“Vayan por todo el mundo y hagan discípulos míos (cfr. Mt 28,19). En el contexto del mundo de hoy puede surgir una pregunta: ¿ganamos algo si aceptamos el Evangelio y nos transformamos en discípulos de Cristo? Jesús mismo, conversando con Pedro, ha dado respuesta: todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna (Mt 19, 29). Ignorar o rechazar a Jesucristo significa perder la gran oportunidad de participar en la inescrutable riqueza de Cristo (cfr. Ef 3,8) y en la plenitud de su vida (cfr. Jn 10, 10). San Pablo manifiesta su fascinación por la oferta divina con estas palabras: ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha entrado al corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman (cfr. 1 Cor 2,9). Por consiguiente el anuncio del Evangelio de Cristo trae un gran beneficio a la humanidad entera, mejor dicho, el supremo bien.*

El Instrumentum Laboris para preparar el Congreso de 2018

2. Convencidos del gran bien que es el anuncio de Cristo a la humanidad preparamos este material como *Instrumentum Laboris* para el V Congreso Americano Misionero, a celebrarse durante el mes de Julio del año 2018 en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia). Con este Instrumentum Laboris queremos que todos los delegados y participantes en el Congreso dispongan de unos contenidos previos que pueden servirles para la preparación personal y de los grupos eclesiales a los que pertenezcan.

El Instrumentum Laboris con el método de Ver, Juzgar y Actuar

3. El Instrumentum Laboris es una reflexión elaborada y preparada por la Comisión Teológica del Congreso, haciéndose eco de todas las ponencias y debates que ya han tenido lugar en los Simposios precedentes. A partir de ese material ya publicado se han elaborado las propuestas que aquí se presentan, las cuales giran en torno a los ejes temáticos seleccionados para debatir en el Congreso, a saber, el Evangelio, la Alegría, la Comunión y Reconciliación, la Misión y el Profetismo. De todos ellos se ha hecho una presentación metodológicamente estructurada según el Ver, Juzgar y Actuar, ya asumido como método de trabajo de la inmensa mayoría de nuestros trabajos eclesiales en América. La parte dedicada al Juzgar es considerablemente más amplia pues se han tenido en cuenta las aportaciones bíblicas y doctrinales correspondientes a cada tema.

Cuestionario final de participación de los lectores y delegados

4. Este Instrumentum Laboris lleva al final un elenco de cuestiones sistematizadas que permitirá a los lectores del mismo y a los participantes en el Congreso de 2018 profundizar sobre los temas abordados y hacer las propuestas oportunas en respuesta a dichos temas. Las preguntas son muchas y requieren una selección previa por parte de quienes van a participar como delegados o representantes, por eso se agrupan temáticamente y se diversifican por sectores de población, con el fin de facilitar la reflexión en todos los ámbitos eclesiales. Aconsejamos que quien vaya a trabajar el cuestionario seleccione una pregunta de cada serie temática, según su criterio personal. El resultado del cuestionario debe enviarse al delegado nacional de cada país, que a su vez lo remitirá a la Comisión Teológica del Congreso a finales del año 2017, con el fin de tener en cuenta las aportaciones de cada grupo y país en la preparación inmediata previa al Congreso.

VER

Mirada al mundo a la manera de Dios

5. Para una mejor comprensión de nuestro mundo es preciso que nuestra mirada sobre el mismo sea a la manera de Dios. Una mirada de amor que sabe descubrir la bondad y la belleza en medio de toda realidad para amarla con ternura, una mirada de misericordia que aprende a mostrar el daño que produce el pecado personal y social para ofrecer la salvación a la humanidad y una mirada de fe que ayuda a convertirnos en discípulos-misioneros de un mundo nuevo.

Constatar y analizar

6. Dios está presente en toda realidad, en la intimidad de la persona así como en las diversas situaciones del mundo. Por ello, junto a una reflexión crítica de las realidades del continente americano, también hemos de mirar con esperanza cristiana cómo Dios labora en todas ellas. En primer lugar daremos una visión general que nos permita *constatar* los fenómenos humanos, sociales, morales y políticos más importantes de nuestro continente y de las repercusiones eclesiales y espirituales que suscitan en los creyentes católicos de América. Después haremos un *análisis* de esas realidades para profundizar en las causas de los fenómenos y hechos constatados.

A. VER Y CONSTATAR

I. UN MUNDO QUE CAMBIA A GRAN VELOCIDAD

Cambios rápidos y profundos

7. En los primeros años del siglo XXI podemos constatar diferentes transformaciones que se dan en todos los niveles de la realidad humana. Estos grandes cambios y profundos se producen a gran velocidad, tal como ya afirmaba el Concilio Vaticano II (cf. GS 4). Estamos, además, en un mundo que, por un lado, tiene elementos más globales y, por otro, tiende a reforzar otros muy locales. En algunos espacios se defiende excesivamente lo tradicional mientras que en otros se exalta la novedad por la novedad y

muchas veces coexisten ambas tendencias sin posibilidad de abrirse a la construcción de una alternativa distinta.

La ambigüedad en los cambios

8. El conjunto de referencias que daban sentido a muchas de nuestras instituciones, prácticas sociales, relaciones interpersonales, valores y convicciones personales se va replanteando a un ritmo a todas luces mayor que el conocido por anteriores generaciones. Las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) son potentes agentes que configuran nuestra realidad hacia formas a veces insospechadas. Como en toda transformación no deja de estar presente la ambigüedad de lo positivo y lo negativo que la revolución tecnológica genera.

Algunas características de la cultura posmoderna

9. Todos los cambios, de los que somos testigos a la vez que partícipes, tienen un trasfondo con elementos positivos y negativos, como toda realidad humana. La cultura denominada posmoderna que establece otras categorías de comprensión y aproximación a la realidad favorece lo emocional frente a lo meramente racional, la experiencia más allá de los simples resultados de la eficiencia, la construcción de relaciones y espacios comunes más que las definiciones esencialistas inmutables, entre algunos de sus elementos. Pero también exalta la individualidad, el hedonismo y la falta de límites, cuya base filosófica se cimenta en el ego como eje paradigmático.

Cambio de época y de paradigma en la sociedad de la información

10. Se ha insistido, desde hace varias décadas atrás, en que nos encontramos en un cambio de época y de paradigma que, por ese mismo hecho, provoca sentimientos encontrados de inseguridad, confusión, ansiedad, ilusión, expectativa o entusiasmo. Las proporciones del cambio son mundiales y a la vez se convive con procesos más regionales, nacionales o locales. El documento de Aparecida (DA) recoge el concepto de globalización para referirse a este fenómeno y vincula su difusión a los amplios canales que los *mass media* establecen. En este sentido, no es extraño que se pueda hablar de la tensión entre lo global y lo local. Tampoco está fuera de la experiencia de millones de personas, en nuestro continente, la sensación de mayor flujo de información (muchas veces sin la capacidad de discriminarla y procesarla), de mayores posibilidades de comunicación

inmediata, en tiempo real, o la sensación de interconexión que supera las fronteras geográficas.

La brecha socioeconómica de la exclusión

11. El ritmo de una nueva cultura tecnológica no siempre coincide con las posibilidades reales de aprovechamiento y acceso a las ventajas que ésta ofrece. Millones de personas empobrecidas y sin oportunidades de una vida digna están ajenas a la aparente globalización de la comunicación e información; la llamada brecha digital no es sólo generacional sino principalmente socioeconómica. Aún perviven en América la exclusión de millones de familias para el acceso a servicios básicos, alimentos, trabajo, educación, salud, etc. Y entre ellos también la posibilidad efectiva de ser ciudadanos de la “aldea global”. La fuerte tendencia de transformaciones no alcanza a todos y menos aún con el mismo ritmo.

Saber discernir ventajas y desventajas de las nuevas tecnologías

12. A este contexto se añade la imperiosa necesidad de saber discernir las ventajas y nuevas oportunidades que ofrecen las TICs, la cultura digital y la promoción de valores individuales y comunitarios frente a sus efectos perversos que alteran las relaciones, generan exclusión y exageran sus virtudes (como el cultivo exacerbado de lo individual, la imagen personal o el éxito como horizonte de sentido).

Hay un sentido auténtico de la alegría en el continente americano

13. En este mismo escenario es posible constatar un sentido auténtico y profundo de la Alegría, originada desde las relaciones sanas con Dios y la creación, la valoración positiva de la humanidad y un sentido de fiesta y resistencia ante el dolor muy propio de los pueblos de todo el continente, de los latinoamericanos, de los caribeños y de los norteamericanos. Sin esconder las dificultades de la vida cotidiana la gente más sencilla demuestra en distintas oportunidades su profunda confianza en la bondad del ser humano, celebra con gusto en muchos espacios y con diversos rituales la vida como don de Dios y se abre generosa al encuentro con los demás. Esta realidad es digna de reconocimiento y gratitud pues es también fruto del Evangelio sembrado en el continente.

Propuesta misionera consciente de la nueva cultura

14. En medio de esta realidad la propuesta misionera debe ser consciente de esta nueva cultura, de los imaginarios que crea, de las nuevas representaciones de la persona, familia y sociedad así como de las relaciones e interconexiones que se establecen. El anuncio del Evangelio, más que rechazar lo desconocido de esta nueva época, debe tenerlo muy presente, debe conocer a fondo sus raíces y aprovechar para el bien común las oportunidades y bondades que ofrece.

Anuncio profético y misionero de la verdadera alegría

15. El anuncio profético de la verdadera alegría, que proclama dichosos a los pobres y excluidos, ayudará a no contaminar con criterios meramente tecnocráticos, eficientistas o economicistas los que deben ser los criterios de Jesús y el Reino, aquí y ahora. La misión en América se halla desafiada a incorporar lo bueno que trae consigo el nuevo contexto y a anunciar/denunciar proféticamente cuanto afecta a la creación, a la imagen de humanidad y de Dios y al universo de relaciones que se tejen en los procesos históricos. En este contexto se debe reconocer la riqueza de los valores que aportan las diversas culturas presentes en el continente, tanto indígenas como urbanas y otras emergentes, ya que ofrecen una colaboración eficaz a la reconfiguración del mundo, en diálogo con el Evangelio.

II. DIMENSIONES SOCIOCULTURALES, ECONÓMICAS Y POLÍTICAS PARA VER EN EL CONTINENTE AMERICANO

Partiendo de los datos del documento de Aparecida

16. Siguiendo la presentación de la realidad que ofrece Aparecida (DA 43-97), se pueden señalar algunos elementos que resultan fundamentales a la hora de ver las distintas dimensiones de la realidad en el continente americano.

Riqueza sociocultural y simbólica en diálogo con el Evangelio

17. A nivel sociocultural se constata la gran riqueza cultural y lo que ésta ofrece como terreno en el que pueda ser sembrado el anuncio del Evangelio, aún cuando éste ya fue comunicado en una primera evangelización y como proyección para la misión en el mismo continente

u otros. Los valores culturales, sus expresiones simbólicas, como también las prácticas concretas de usos y costumbres contienen dones para la humanidad que, bien asumidos y en diálogo con los valores del Reino, pueden ser una forma de expresión contextual del Evangelio, con notas de alegría, profecía y comunión.

El diálogo intercultural e interreligioso con el “otro”

18. El diálogo intercultural e interreligioso puede consolidarse como un paradigma de la misión que respeta profundamente lo diverso pero a la vez es fuente de comunión en medio de la diversidad. La riqueza que aporta la escucha del otro, de la otra, y de todos los “otros”, de los diferentes, es un valor que se va abriendo paso en la misión y para ello el diálogo y la capacidad de escucha es fundamental en todo discípulo-misionero.

La complejidad de la diversidad entre sociedades urbanas y no urbanas

19. La diversidad de sociedades, tanto urbanas como rurales o periurbanas, afrontan problemáticas complejas en distintos niveles que requieren a su vez soluciones complejas y que deben entenderse siempre en un contexto global más amplio.

La crisis de la familia requiere la luz del evangelio

20. Las familias, partícipes de un sinnúmero de contextos sociales, requieren una apuesta decidida para su resignificación. Para nadie es desconocida la crisis por la que atraviesa esta institución y la apremiante necesidad de recibir una luz desde el Evangelio que dinamice su vocación a la comunión de vida y de amor y que haga surgir en el seno de la misma los testimonios misioneros que expresen la alegría del Evangelio. La crisis de la familia se manifiesta en la inconsistencia de los matrimonios, la provisionalidad del amor de la pareja hombre y mujer, la vida en concubinato, y abarca desde la desestructuración familiar y la desatención a los ancianos hasta el vaciamiento del contenido mismo del concepto de matrimonio al permitir ya en algunos países su utilización para regular la relación entre homosexuales. Es en la familia, Iglesia doméstica, donde se pueden sembrar y cultivar los valores del Reino y por ello urge una atención particular a la problemática por la que atraviesa. Las conclusiones del Sínodo de la familia y la exhortación postsinodal *Amoris Laetitia*, del Papa Francisco, ofrecen buenas orientaciones para acompañar las situaciones de

las familias desde la perspectiva de la misericordia, corazón del mensaje evangélico.

El desprecio y la violencia contra la vida y la dignidad humana

21. En muchos países se establecen perversas redes de tráfico humano, narcotráfico y pornografía infantil, así como situaciones de violencia física, sexual y psicológica tanto en el seno de las familias como en otros ámbitos externos, donde predominan las agresiones. El crimen y la inseguridad ciudadana están presentes de distintas formas en nuestras sociedades, lo cual muestra el desprecio por la vida y la dignidad humana, que además está vinculado con frecuencia a una lógica economicista que establece el valor del poder y del dinero por encima de cualquier otro. El anuncio del Evangelio debe partir del conocimiento específico de dichas situaciones para que sea capaz de convertirse en un mensaje transformador de estas situaciones de pecado e invite a la auténtica comunión de la familia humana.

La problemática de la migración forzada

22. Son también lacerantes las problemáticas que la migración forzada, el desplazamiento por violencia o la situación de refugiados manifiestan como mal de nuestra sociedad. Las políticas estatales muchas veces son incapaces de atender efectivamente tales realidades y dejan en el abandono, la precariedad y la indignencia a miles de personas y familias.

La vulneración de los derechos humanos

23. Es verdad que la conciencia sobre los derechos humanos ha crecido mucho en el continente americano, pero esto contrasta con las acciones que a diario vulneran los mismos derechos humanos por motivos ideológicos, racistas, políticos, económicos y religiosos. Quienes profesamos el Amor al Dios de Jesús sólo podremos ser auténticos discípulos-misioneros de aquél que nos amó primero cuando defendamos estos derechos para todas las personas.

La lógica del mercado genera exclusión

24. La lógica imperante del mercado, el consumismo y la primacía de lo económico en el mundo globalizado tienden a generar grandes exclusiones. Se antepone el valor del dinero sobre la dignidad de la

persona humana y sobre la creación entera. Además, la lógica capitalista en su versión neoliberal no permite el acceso en igualdad de condiciones y oportunidades a las poblaciones en desventaja socioeconómica, empobreciéndolas aún más. Varias problemáticas se derivan del afán consumista que convierte a la persona en un ser carente de conciencia crítica y de un análisis crítico frente a las necesidades reales.

El dominio económico de unos pocos genera desempleo y pobreza

25. Se constatan situaciones de subempleo, desempleo y empleo informal como algo cotidiano en los espacios urbanos y periurbanos de nuestras sociedades. A ello acompaña la concentración de la riqueza en manos de muy pocos, que además oprimen a los necesitados para seguir enriqueciéndose, mientras que son muchos los que viven en la pobreza e incluso en la miseria. El dominio económico y comercial de empresas transnacionales y de instituciones internacionales muchas veces empobrece a los Estados a la hora de definir políticas públicas viables en sus contextos.

La preocupante situación de la mujer

26. Especial atención requiere la situación de la mujer. Si bien se han logrado avances en el reconocimiento de su igual dignidad frente al varón y en otros ámbitos que tienen que ver con oportunidades de acceso a empleos, cargos, participación política y derechos, sin embargo, queda aún mucho por hacer. Hay que destacar, como algo especialmente preocupante, la violencia a la que son sometidas muchas mujeres en distintos espacios sociales, la inequidad de condiciones en las que compiten con los varones o los prejuicios y sesgos machistas y patriarcales que dominan la sociedad. Particular atención requiere el rol y la participación de la mujer en la Iglesia ya que, aunque las mujeres constituyen la inmensa mayoría de la población creyente y comprometida, sin embargo, persisten formas de poder que la subvaloran o relegan y no permiten que sea verdadera protagonista de la misión de la Iglesia.

El cuidado necesario de la Hermana Madre Tierra

27. El medio ambiente, la biodiversidad, el calentamiento global, la sobreexplotación de recursos naturales y otros son temáticas que tienen que ver con el cuidado de la casa común, a la que hace referencia el Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si'*, y en nuestro continente están

vinculadas a la Amazonía, los glaciares y el hábitat de pueblos indígenas con ecosistemas ricos en especies biodiversas. La profecía necesaria para la defensa y el cuidado de la Hermana Madre Tierra junto al medio ambiente son elementos imprescindibles de nuestra fe en la creación y de la comunión con Dios Creador.

El drama ecológico y desintegrador de nuestro mundo

28. La realidad ecológica que tenemos ante nuestros ojos es pavorosa: glaciares que se derriten, lagos que se secan, recalentamiento planetario, efecto invernadero... Estamos en una época de gran crisis ecológica: pérdida de la biodiversidad, catástrofes ecológicas, irregularidades meteorológicas, y enfermedades derivadas. Es el extendido fenómeno de la desintegración, cuando la ecología es eminentemente unitaria. La ecología nos habla de las interrelaciones que forman el hábitat del conjunto de los seres y de cada uno con la naturaleza; es decir, nos habla de interdependencia, de interacción entre los organismos vivos y su medio. Es el holismo, con su visión de totalidad, desde lo más pequeño (partículas) hasta los espacios cósmicos en toda su complejidad, con un sentido de “dialogicidad” relacional, interactiva y evolutiva entre todo lo existente. Es decir, el universo en marcha con la impronta del Dios vivo.

La nueva conciencia ecológica

29. Hoy podemos hablar de que existe una nueva conciencia ecológica, como movimiento que lucha contra la degradación de la vida y como nuevo humanismo, que intenta redefinir el progreso con una sensibilidad ética (la persona en el centro); se busca una armonía entre el ser humano y la naturaleza; se trata, no de estar sobre la naturaleza, sino de meternos en ella y de sentir de nuevo la tierra. Y es que, en este sentido y en cierto modo, la tierra sigue siendo “sagrada” (Ex 3,5). Por ello la ecología global trabaja con nuevas técnicas que aminoran los efectos nocivos y con sus nuevos planteamientos la ecología busca un desarrollo sostenible, con nuevo modelo de sociedad a partir de y para la persona humana, recuperando el núcleo valorativo de la naturaleza.

Avances y carencias en la vida política y democrática

30. En el ámbito de la política se ha logrado avanzar bastante en los valores humanos, sociales y políticos y se constata un incremento general de la cultura democrática de nuestras sociedades, con una participación cada vez

más activa y responsable de la ciudadanía en la vida y en la gestión política. La conciencia ciudadana suele seguir con interés el uso y ejercicio del poder como también exigir a los representantes electos la atención a sus demandas. No obstante los avances democráticos también hay grandes limitaciones, crecientes conflictos y convulsiones sociales sobre temáticas que afectan a las necesidades básicas de las personas e instituciones. Aún queda mucho por hacer para garantizar realmente el respeto a la voluntad de los pueblos, a la libertad de las personas y a la participación digna y libre cuando la voluntad popular se expresa en elecciones, consultas, referendos u otros. Y en general estamos muy lejos todavía de llegar a ser democracias verdaderamente participativas en el nivel económico. Son especialmente llamativas las problemáticas de abuso de poder de parte de algunos gobernantes, que les lleva a aprovecharse de los recursos públicos, a absolutizar su poder político, a no respetar las reglas constitucionales o las leyes vigentes en sus países y, en algunos lugares, a estar involucrados incluso en hechos de corrupción que dañan profundamente el tejido social, la confianza ciudadana y la credibilidad de la política.

Debilidad institucional en el ámbito de la justicia

31. Al panorama anterior se añade la debilidad institucional en distintos ámbitos de la representación política, como el sistema de partidos o las actuaciones mezquinas de los representantes nacionales y/o locales, la ineficiencia de los sistemas de justicia a los que muchas veces ataca también la corrupción hasta llevar a realizar acciones en favor de los poderosos cayendo en descrédito frente a la ciudadanía. Una queja constante a lo largo del tiempo y de la geografía americana es la falta de justicia real para los más pobres y vulnerables.

Necesidad de espacios de reconciliación y comunión

32. El mundo de hoy parece ofrecer una imagen de tensión y crispación, de mucha injusticia estructural, de una agresividad y violencia desatadas. El fenómeno del terrorismo es una fuerte interpelación al aporte de las religiones en pro de la paz y al sistema de justicia que se maneja desde el poder. El conflicto está a la orden del día, por lo cual hace falta generar espacios de reconciliación y comunión verdaderos.

América, continente de esperanza y de misión evangelizadora

33. América es un continente de esperanza y, gracias a la riqueza de sus culturas, gentes, idiomas, costumbres y otras manifestaciones culturales, refleja la alegría de la vida, el compromiso solidario y la resistencia ante lo adverso. A pesar de las múltiples problemáticas y las grandes desigualdades de unos países respecto a otros y en el interior mismo de cada país, América no deja de ser un espacio protagónico en la misión de la Iglesia y en la acogida del Reinado de Dios que permita transformar nuestros pueblos, sociedades y culturas con la luz portentosa del Evangelio.

III. ALGUNAS PARTICULARIDADES DE NUESTRA IGLESIA

Luces de la Iglesia en América

34. Entre las luces y sombras que son parte de la realidad de la Iglesia en América y teniendo en cuenta el Documento de Aparecida (DA 98-100) pueden ser delineados en primer lugar los siguientes aspectos luminosos de la misma:

- Se cuenta con comunidades de fe vigorosas en su testimonio cristiano, la expresión celebrativa, la vivencia de los sacramentos y el compromiso por la justicia del Reino.
- La Palabra de Dios alcanza a multitud de comunidades creyentes y su mensaje acompaña y orienta la vida del pueblo de Dios junto a sus pastores.
- La liturgia tiene variadas expresiones y suele ser realizada con devoción y proyección hacia la vivencia de una fe encarnada. Las celebraciones de los sacramentos y muy especialmente los sacramentales manifiestan la profunda fe del pueblo sencillo que está asociada normalmente a expresiones de religiosidad popular.

Misioneros, misioneras, y participación de los laicos

35. Aspectos luminosos a destacar:

- El compromiso de misioneros y misioneras de otros continentes es una riqueza como también lo es el testimonio de otros misioneros del mismo continente, que van dejando huella en muchos de nuestros países.
- La emergencia de movimientos laicales nuevos va enriqueciendo la vida de la Iglesia a la vez que se generan nuevas comunidades que viven la fe en Jesucristo desde muy variadas opciones y ministerios.

- La participación de los laicos y laicas va creciendo y animando el compromiso bautismal de las comunidades y en muchos lugares su presencia es fundamental para el surgimiento y sostén de dichas comunidades.

Algunos desafíos en el campo misionero

36. Otros aspectos que hay que atender:

- Nuevas generaciones de sacerdotes y vida religiosa plantean fuertes retos al conjunto de la Iglesia a la hora de vivir la vocación en el contexto actual. Aunque pocas, son de especial relevancia las vocaciones indígenas y afroamericanos quienes expresan su fe desde los valores culturales propios. Es una tarea pendiente en el continente atender esta realidad.
- La fe en América está también cimentada en el testimonio martirial de laicos, laicas, obispos y sacerdotes que han sembrado el Evangelio con la entrega generosa de sus vidas. Los ejemplos de santos y santas de América son una invitación continua a la santificación de todo el Pueblo de Dios por lo sencillo y ejemplar de su vida cristiana.

Aspectos sombríos en la misión de la Iglesia: escándalos sexuales

37. También se puede constatar una serie de sombras que opacan el testimonio de fe de misioneros y misioneras que dan su vida por los demás:

- Los escándalos de pedofilia y abuso sexual que han involucrado a obispos, sacerdotes y religiosos revisten un grave daño al cuerpo místico de Cristo, a la dignidad de la persona humana y, a la vez que delitos, son pecados que afectan a la credibilidad de la Iglesia y su mensaje de amor. La atención a las víctimas y la no ocultación de los hechos se convierten en un gran desafío para la presentación del Evangelio con autenticidad.

Aspectos sombríos: impacto en las vocaciones

38. Otras sombras a destacar:

- La crisis que provoca el cambio de época tiene impacto en las vocaciones sacerdotales y religiosas y exige un replanteamiento de cómo promoverlas, acompañarlas y formarlas, frente a esquemas que ya no responden a la realidad contextual de las nuevas generaciones.

Aspectos sombríos: Expresiones y estructuras caducas

39. También son aspectos sombríos:

- El lenguaje, las formas y expresiones poco significativas para comunicar la alegría del Evangelio junto a algunas estructuras caducas son un claro ejemplo de la necesaria renovación que debe realizarse en la Iglesia, más aún cuando los cambios en la sociedad van a ritmos acelerados y que normalmente dejan a la comunidad cristiana rezagada o incapaz de realizar las necesarias transformaciones.
- A un escenario de pérdida del sentido de lo trascendente y de desvinculación o vivencia sui generis de la religión acompañan diversas manifestaciones de espiritualidad que no siempre son acogidas, discernidas e integradas en los ámbitos formales de la Iglesia. Esta situación lleva al alejamiento de muchas personas que no encuentran respuestas a sus cuestionamientos.

Aspectos sombríos: Diálogo insuficiente con las culturas antiguas

40. También hay que señalar:

- El insuficiente diálogo con las culturas antiguas y emergentes impide que el Evangelio pueda llegar a ser una propuesta válida que adquiera nuevas expresiones y manifestaciones. Una forma de colonialismo cultural y monolítico pervive a la hora de anunciar la Buena Noticia de Jesucristo en la América de hoy.

Aspectos sombríos: Religiosidad difusa e individualista

41. Otras sombras a destacar:

- En el continente americano una mayoría de los habitantes se declaran católicos por lo cual el protagonismo en la misión puede resultar muy relevante si se promueve el mayor compromiso y vivencia de la vocación bautismal a ser discípulos-misioneros. Sin embargo, a las expresiones auténticas de fe acompaña frecuentemente una religiosidad difusa, individualista, mágica o ritualista, que da la posibilidad de escoger los elementos que se quieran creer y practicar. Es como una suerte de religión a la carta, cuyos devotos se alejan de las instituciones y comunidades de fe para vivir a su libre determinación, lo cual no ayuda a la vivencia y expresión de fe en y desde la comunidad creyente.

Nuevos escenarios misioneros en los nuevos sujetos emergentes

42. Ante los nuevos escenarios que el mundo presenta para la misión de la Iglesia en América es un desafío permanente saber leer y discernir los signos de los tiempos de forma tal que la proclamación de la alegría del Evangelio sea fuente de comunión y profecía. Dejarnos provocar por los nuevos sujetos emergentes (nuevas generaciones, indígenas, afroamericanos, mujeres, migrantes, refugiados, nuevos empobrecidos, población LGTB, familias y otros) nos permitirá renovar nuestra fidelidad al mensaje de amor y misericordia que junto a Jesucristo millones de personas han comunicado y testimonian con su vida.

B. VER Y ANALIZAR

I. EL CONTEXTO DEL MUNDO SECULARIZADO

El contexto global de la modernidad débil y relativista

43. Para anunciar el Evangelio, hay que conocer a los destinatarios, su cultura, sus aspiraciones y frustraciones, su disponibilidad y capacidad para recibir la invitación a convertirse y creer en la Buena Noticia del Reino de Dios que está cerca (cfr Mc 1,15). En la sociedad laicista y secularizada predomina el afán de dinero, de poder y de placer, rechazando las censuras morales y los mensajes religiosos. Predomina el “pensamiento débil”, la “consciencia débil”, la voluntad débil”; de ahí la debilidad de la fe. Cuando una corriente ideológica, una moda cultural o una filosofía política se abre camino y la Iglesia la contrasta, entonces se tiende a acusar a la Iglesia de oscurantista, atrasada, medieval, dogmática, reaccionaria. Muchos hablan de libertad pero no toleran el pensamiento cristiano. Hablan de modernidad y no se dan cuenta de que vuelven a la barbarie del paganismo. Hablan de progreso y no quieren reconocer que se trata solo de una refinada inmoralidad y disolución de los valores y verdades auténticas. Niegan que la razón sea capaz de alcanzar la verdad, y absolutizan el relativismo.

La negatividad e inmoralidad inherentes a la modernidad

44. La evangelización es urgente porque “*la mies es mucha y los obreros son pocos*”. A veces parece que el “*mundo sigue bajo el poder del maligno*” (1Jn 5,19). Como es cierta la frase: “*Por los frutos los reconoceréis*” (Mt 7,20), fijémonos en los frutos de los grandes fenómenos de los últimos tiempos, por ejemplo del comunismo ateo, del nazismo racista, del liberalismo capitalista, de las ideologías y filosofías inmanentistas, de las políticas laicistas y maquiavélicas, del hedonismo libertino, del libertinaje sexual, del humanismo prometeico, del cientismo materialista, del pragmatismo inmediateista... Los sujetos agentes de estos fenómenos no se detienen a considerar la moralidad de su proceder y las consecuencias desastrosas a nivel personal, familiar y social, a pesar de que la historia pasada y la experiencia contemporánea nos muestra un panorama desolador de conflictos y perversiones a escala mundial.

Buscando la clave de la apertura a la trascendencia

45. Otros aspectos vinculados a la cultura contemporánea y con los que la Iglesia tiene que confrontarse para seguir anunciando la cercanía del Reino de Dios, son la absolutización de la libertad, el individualismo, la apreciación de lo nuevo sobre lo antiguo, la emancipación y autosuficiencia del hombre frente a Dios, la autonomía de la política, de la ciencia, de la economía, del arte y de la filosofía frente a la ética. Muchas veces observando la frivolidad y la inmoralidad en el mundo de la moda y del espectáculo; o la codicia y la voracidad en el mundo de los negocios; o la ambición y la soberbia en el mundo de la política; o la relajación y perversión en el mundo del placer y del vicio; o la obstinación y cerrazón contra la verdad y la justicia... nos preguntamos cuál podría ser la clave para cambiar el mundo y abrirlo a la dimensión trascendente.

La mejor contribución de la Iglesia al mundo es la Evangelización

46. No hay otra solución que anunciar el Evangelio. El Papa emérito Benedicto XVI afirmó que la mejor contribución de la Iglesia al mundo contemporáneo es la evangelización (cf. AG 6), pues con los valores y principios del Evangelio se lograrían todas las virtudes personales y sociales para mejorar la convivencia humana. En honor de la verdad hay que decir que también en el mundo actual hay signos positivos en lo espiritual y lo social, y posibilidades reales para la evangelización. La religiosidad, aunque no perfecta, es practicada por la mayoría de la población mundial. El hombre sigue siendo igual en su naturaleza, con su estructura lógica, psicológica y ética, con el deseo de felicidad perfecta y

de plenitud, lo cual constituye un enganche favorable para el discurso cristiano. Y sobre todo, como San Juan Pablo II afirmaba al hablar del “retorno religioso” del hombre actual, éste manifiesta una angustiosa búsqueda del sentido y la dimensión espiritual de la vida como antídoto a la deshumanización.

Avances positivos de la humanidad en los últimos tiempos

47. A nivel social y político se han dado avances positivos en el mundo: la Declaración universal de los derechos humanos de parte de la ONU (1948); el avance de la democracia en todos los continentes, el mejoramiento de la atención sanitaria y asistencia social en muchos países; el alza del nivel de educación e instrucción en las clases populares; una mayor aceptación y respeto de la mujer (excepto en los países islámicos); un progreso científico y tecnológico espectacular; el desarrollo económico sin igual en muchos países, a pesar de la persistencia de la pobreza en otros tantos; la globalización de las comunicaciones, el incremento de infraestructuras y servicios públicos y transportes...

Signos muy favorables en la Iglesia: El Concilio Vaticano II

48. En el ámbito de la Iglesia también se dieron signos favorables para el progreso de la fe y la vida cristiana en el siglo XX. La actuación de pontífices santos y de gran personalidad; el resurgimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas en la primera mitad del siglo XX; la revalorización de la Palabra de Dios y de la Liturgia; el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia y las encíclicas sociales de los papas (*Rerum novarum*; *Pacem in Terris*, *Populorum progressio*, *Octogesima adveniens*, *Centesimus annus*, *Charitas in veritate*...). Particularmente positivo ha sido el Concilio Vaticano II y la aplicación de sus decretos y constituciones. Las cuatro Constituciones constituyen las guías de la renovación de la Iglesia en el ámbito de la Liturgia (SC), en la concepción de la Iglesia (LG), en la comprensión de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo con una apertura dialogante y con espíritu de caridad fraterna y misericordiosa hacia todos los seres humanos y con un talente verdaderamente misionero (GS) y en la valoración de la Revelación Divina consignada por escrito en la Sagrada Escritura (DV). Otros frutos del Concilio Vaticano II fueron el compromiso para el ecumenismo o unidad de los cristianos (*Unitatis Redintegratio*), el impulso a la vocación y misión de los laicos (*Gaudium et Spes*, *Apostolicam Actuositatem*, *Ad Gentes*, y posteriormente *Cristifideliis Laici*), la inculturación del

Evangelio (Lumen Gentium, Gaudium et Spes, y posteriormente Evangelii Nuntiandi y Evangelii Gaudium); el surgir de los movimientos eclesiales y las nuevas formas de vida comunitaria y misionera. También merecen la atención, especialmente como signos favorables de la Iglesia, el nuevo Derecho Canónico, el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, la implementación de los Sínodos de obispos y de las Conferencias episcopales nacionales y continentales, el aprovechamiento de los medios de comunicación.

Otros retos actuales para la evangelización: Incremento de población

49. A pesar de estos avances positivos, los retos pastorales para la evangelización son todavía grandes, y nos damos cuenta de que el proceso evangelizador es todavía superficial e insuficiente, y merece más dedicación y tiempo. La población mundial se ha triplicado desde comienzo del siglo XX, alcanzando y superando el número de siete mil millones; también los católicos aumentaron, pasando los 1.200 millones de fieles. Eso implica una gran dificultad para la atención pastoral a tantos fieles, pues el número de sacerdotes apenas ha cambiado, y muchos de ellos son ya ancianos; de esto se aprovechan las sectas evangélicas para hacer proselitismo.

Descenso de vocaciones sacerdotales y aumento del secularismo

50. Después del Concilio (1963-65) se esperaba una nueva primavera en la Iglesia, pero no faltaron tensiones y cizaña. Un buen número de sacerdotes, de religiosos y religiosas abandonaron su vocación; se produjo también un alarmante descenso de las vocaciones eclesiásticas y religiosas. Se acrecentó el secularismo con un retroceso de la práctica religiosa y de las referencias cristianas en el comportamiento, extendiendo su influencia en el campo de la moral sexual. A pesar de la doctrina de la “*Humanae vitae*”, de Pablo VI, los métodos anticonceptivos se difundieron y dieron paso a los métodos abortivos.

Expansión de las sectas religiosas

51. La difusión y multiplicación de las sectas y pseudo-religiones de la “Nueva Era” con su sincretismo religioso, con la proliferación de las religiones y espiritualidades orientales, como el esoterismo, el ocultismo y el espiritismo, el ecologismo panteísta... es un reto desafiante a nuestra Iglesia Católica. El anuncio misionero encuentra obstáculos también en la

falta de testimonio de los creyentes, las incoherencia de los miembros de la Iglesia cuando acomodan sus vidas de discípulos al estilo del mundo y no al estilo de la conducta de Jesús, opacando la alegría de la Buena noticia.

II. LOS PROBLEMAS DE FONDO

La “geografía humana” necesitada de Misericordia y Reconciliación para reconstruir la comunión.

52. La imagen que ofrece nuestro mundo es de tensión y crispación, de mucha injusticia estructural, de una agresividad y violencia desatadas, que nos hace andar a todos a la defensiva. Y el conflicto está en la calle, en el trabajo y en nuestra casa. Hay demasiado discurso de confrontación. Es la cultura de la violencia y del conflicto inscrita en nuestra historia diaria. Hay impotencia ante la situación; y en vez de afrontarla con el propósito de educar y prevenir tanta delincuencia, se da la sensación de que la solución es que “hagamos cárceles más grandes y más seguras”.

La persona vacía y fragmentada

53. Empecemos por la persona, que es el auténtico sujeto de la historia, como ofensor o como ofendido, como victimario o como víctima, falto de comunión. La persona, en muchos casos, es un sujeto llevado sólo por los estímulos, sin calado interior, interiormente vacía, fragmentada, como sin columna vertebral, sin principios y llena de traumas y complejos heredados y/o asumidos, que se mueve sólo en la lógica del resentimiento y la venganza. Falta una reconciliación personal, punto de partida para un camino de comunión.

La crisis de la institución de la familia

54. La familia es el lugar donde se comienza a vivir y a aprender a vivir. Hay motivos de gozo y esperanza en el ámbito familiar: familias ejemplares que iluminan esta realidad, nuevas iniciativas de Pastoral Familiar, el Sínodo sobre la Familia, la Exhortación Apostólica postsinodal, Amoris Laetitia, del papa Francisco, etc. Pero al parecer la familia está en crisis tanto institucional como existencial. La familia vive el impacto de la crisis desde los más diversos ángulos: pérdida de valores y del sentido religioso y trascendente, debilitamiento de la autoridad y contestación generalizada, el conflicto generacional y las nuevas relaciones entre padres e hijos. La

familia vive asaltada en sus principios, en sus costumbres y en su manera de entender la vida, de educar y de divertirse. Hay un aumento alarmante de rupturas matrimoniales, de divorcios, de "nuevas parejas", mientras que los hijos van pasando de mano en mano. La familia vive un proceso de desintegración, erosionada por el egoísmo, la infidelidad, el amor libre, las separaciones, el irrespeto mutuo, el silencio, el machismo, la rutina y la hostilidad. Cuánto se echa de menos la comunión familiar.

La falta de respeto en el ámbito religioso

55. También el ámbito religioso nos presenta un sinnúmero de situaciones: estamos viviendo el resurgir de la búsqueda de lo trascendente, pero al mismo tiempo se comprueba la falta de respeto a las otras religiones, hasta el punto de que diversos fundamentalísimos originan guerras "religiosas". Basta ver lo que sucede en Medio Oriente con el llamado Estado Islámico, los conflictos entre Israel y sus vecinos, las persecuciones religiosas en los regímenes totalitarios. Y no olvidemos las agresiones entre los mismos cristianos de diversa denominación, que, ante el mundo no cristiano constituyen un antitestimonio y un escándalo, a pesar de los esfuerzos hacia un sano ecumenismo. El mismo papa Francisco nos advierte de las divisiones dentro de la Iglesia, que restan tanta fuerza a la tarea evangelizadora.

El ámbito sociopolítico necesitado de reconciliación

56. Todos conocemos la actual geopolítica llena de conflictos y de guerras, de desencuentros y rupturas: Corea del Norte-Corea del Sur; Rusia y Europa, con el problema de Crimea; Chile y Bolivia, separados por "el mar"; Venezuela y Guyana, Indonesia y la India, y el terrorismo extendido y brutal por África y por la zona árabe, con Siria y sus millones de desplazados. No es necesario aludir al mundo balcánico, donde el genocidio campó a sus anchas. También se puede contemplar la línea divisoria del hemisferio norte y del hemisferio sur, explotador y explotado, ricos y pobres. Y siempre quedan pendientes los cientos de miles de "desaparecidos" (sin noticia ni explicación) que trágicamente son "muertos". El ámbito sociopolítico es también un espacio necesitado de reconciliación.

La economía y la ecología necesitadas también de reconciliación

57. El mundo económico, ligado a la ganancia desmedida de algunos, que produce la pobreza y miseria de tantos, repercute en la consideración del ser humano como una cosa o un número. El sistema económico provoca y promueve una depredación de los recursos que proporciona la creación, llegando inclusive a amenazar la propia subsistencia del género humano. Se ponen en evidencia así otros campos necesitados de reconciliación: la economía y la ecología.

La alegría del Evangelio de Jesucristo lleva consigo la reconciliación y la comunión

58. Frente a un mundo roto que busca con anhelo nuevas relaciones la misericordia permitirá reconciliación y comunión. Ante un mundo confundido, con interrogantes sobre el sentido de la vida en los que se suceden nuevos relatos y horizontes de sentido el Evangelio de Jesús ayuda a descubrir el camino, la verdad y la vida plena. Delante de un mundo triste o de alegrías efímeras que ensaya nuevas formas de relación gozosa, el anuncio de la Alegría en Jesucristo aporta a la realización de la dicha que no acaba. Frente a un mundo dividido y enfrentado que teje redes de encuentro y reconciliación la presencia del Reino es fuente de comunión. Ante un mundo seducido y envanecido con imágenes falsas pero que con ansias procura la autenticidad surge la mirada y voz profética para colaborar en el anuncio de la alegría del Evangelio.

La llamada a la evangelización

59. Jesús, al mismo tiempo que envió a sus apóstoles a evangelizar el mundo, expresó su preocupación por la respuesta humana: “*Cuándo vuelva el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra?*” (Lc 18,8). Eso dependerá de nuestro esfuerzo en la evangelización, en los métodos y en el contenido, y de la respuesta de los hombres del presente y del futuro. La Iglesia mientras tanto sigue adelante con su misión, con un ejército de pastores, agentes de pastoral y cristianos comprometidos, acompañada por Cristo y animada por el Espíritu Santo. Disponemos del mejor mensaje, el Evangelio, para el bien del mundo; y Cristo prometió que los poderes del infierno no prevalecerán sobre su Iglesia (cfr. Mt 16,18).

La misión de la Iglesia en diálogo con el mundo y con todos los hermanos

60. Gracias a Dios la Iglesia se mantiene viva y se hace creíble en su misión profética a través del Papa Francisco y de sus pastores, de muchos agentes de pastoral y laicos que sienten y viven su vida como misión. Es una Iglesia que dialoga con el mundo, construye relaciones fraternas con instituciones públicas, religiosas y culturales al servicio de la paz. Es una Iglesia que no tiene miedo a denunciar la violencia, las injusticias y desigualdades, de manera especial hacia los pobres, los pequeños y las mujeres. Es una iglesia que se hace voz de los marginados y acompaña el proceso de dignificación y afianzamiento de los pueblos indígenas.

La razón de la misión es la voluntad divina de que todos se salven

61. La razón de la actividad misionera se encuentra en la voluntad de Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tm 2, 1-8). Este texto de la Primera Carta a Timoteo nos abre el panorama y eso fue confirmado por Jesús. «Aunque Dios, por los caminos que él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad» (AG 7).

La complejidad del anuncio del Evangelio ante los signos de los tiempos

62. El anuncio del Evangelio parece mucho más complejo hoy que en el pasado, porque la humanidad está viviendo una época de profundas transformaciones socioculturales que afectan de manera estructural la propia percepción de la realidad (cf. DGAE 2011, 25; EN 17). Mientras tanto, las luces y las sombras de esa travesía de la familia humana (cf. GS 2) se presentan como signos de los tiempos que nos invitan a la escucha y al discernimiento sobre lo que “el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2,29). Los escenarios actuales nos llevan a repensar en una misión que abarque la realidad toda, para que sea sustentada por una apropiada reflexión teológica, por una conversión interior, por una claridad de horizonte y por una osada acción evangelizadora.

Controversias por la presencia misionera de la Iglesia

63. Los cambios de época llevaron a la Iglesia a una profunda revisión de sí misma y de su misión, en la realización del Concilio Vaticano II, a través de un decidido retorno a las fuentes y de un diálogo ecuménico,

interreligioso y abierto a todos los sectores de la sociedad contemporánea. En ese proceso, la presencia misionera de la Iglesia en medio de los pueblos fue fuertemente cuestionada. De hecho, ¿cuál sería el sentido de anunciar a Jesucristo “como el mediador y la plenitud de toda revelación” (DV 2), delante de la pluralidad de las diferentes religiones y del derecho de libertad religiosa en el mundo de hoy? ¿Por qué motivo debemos sostener la necesidad de pertenecer a la Iglesia Católica, si las personas pueden conseguir la salvación igualmente fuera de ella, pudiendo “de varias maneras ordenarse al pueblo de Dios”? (LG 16). ¿Por qué invitar a recibir los sacramentos como medios que “confieren la gracia” (SC 59), cuando no son canales exclusivos, dado que elementos de “verdad y gracia ya están presentes en medio de los pueblos, fruto de una secreta presencia divina”? (AG 9). ¿Por qué hablar aun de “tierras de misión”, de “misioneros” y de “misión *ad gentes*”, cuando las personas, animadas por el avance del progreso, pasan con mucha facilidad a negar a Dios o la religión (cf. GS 7), sobre todo en los países de antigua tradición cristiana, haciendo así del mundo todo una inmensa “tierra de misión”?

Necesidad de repensar la actividad misionera y evangelizadora

64. Delante de estas y otras cuestiones, la Iglesia necesita repensar su acción evangelizadora y su profetismo en el mundo, sin perder su dinamismo misionero fundamental y, principalmente, sus motivaciones esenciales. De hecho, la dimensión universal del anuncio del Evangelio está basada en la proclamación de un único y verdadero Dios para todos y en la adopción de medios específicos para la salvación, como los sacramentos y la pertenencia a la Iglesia. En torno a la afirmación de esos dos conceptos claves, la misión *ad gentes* encuentra su razón de ser (cf. RM 9). Pero eso “no significa que la salvación se destina sólo a aquellos que, de manera explícita, creen en Cristo y entran en la Iglesia” (RM 10). Entonces podemos preguntarnos ¿cómo reafirmar esas convicciones evitando cualquier fundamentalismo o exclusivismo, frente a un mundo secularizado y pluricultural que nos desafía a ese respecto?

La identidad misionera y profética de los bautizados

65. Trataremos de responder a estas cuestiones anteriores y encontrar caminos para hacer realidad el “ser misionero y profético” de la Iglesia. No olvidamos que todos los miembros del Pueblo de Dios, en nuestro Bautismo fuimos consagrados profetas y enviados a servir al crecimiento del Reino en los demás pueblos. Se nos envía “como pueblo profético que

anuncia el Evangelio o discierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. Denuncia dónde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos” (*Puebla, 267*). El anuncio y la denuncia tienen que estar respaldados por un testimonio de vida cristiano transparente. Este testimonio de vida hará que la acción del profeta sea auténtica y creíble.

La misión profética de anuncio del Evangelio y denuncia de la injusticia

66. La misión cristiana es profética, pues en la raíz de su mandato está el anuncio del Reino de Dios y, a la vez, la denuncia de todo lo que se oponga a ese Reino y de todo lo que sea contrario a Dios, todo lo que sea injusto y por ello mismo inhumano. Toda vocación profética que se encarne en este mundo es una amenaza para los poderosos, y los poderosos reaccionan con violencia, dispensando miserias y hambres en un sistema que han edificado casi siempre para su propio provecho, pero casi nunca para la justicia. Nosotros creemos que un mundo mejor es posible si se construye desde el anuncio del Evangelio del Reino a los pobres y excluidos, lo cual beneficia a todos los seres humanos.

JUZGAR

EL EVANGELIO

El Evangelio de Jesucristo es la mejor noticia para la humanidad

67. La palabra “Evangelio” quiere decir “buena noticia”, del griego “*eu-angelion* (εὐαγγέλιον)”. Ciertamente la mejor noticia de todos los tiempos para la humanidad es la que nos trajo Cristo desde el Padre: la noticia de la salvación. Más bien, Él mismo es la Buena Noticia; el ángel les dijo a los pastores de Belén: “...*les traigo una buena noticia, que será motivo de gran gozo para todos: hoy les ha nacido en el pueblo de David un Salvador, que es el Mesías, el Señor*” (Lc 2,10-11). Cristo a su vez vino a anunciar la buena noticia del Reino de Dios (Lc 4,43). Él es al mismo tiempo quien anuncia y quien hace efectivo en su persona el Reino de Dios. En la sinagoga de Nazaret Jesús afirma que la profecía de Isaías se cumplió en él (cfr. Lc 4,18-21; Mt 11,4-5). Y quiere que esta Buena Noticia del Reino llegue a todas las naciones (cfr. Mc 16,15; Mt 24,14). San Pablo dice a los Efesios: “*Gracias a Cristo...también ustedes oyeron el mensaje de la verdad, la buena noticia de su salvación*” (Ef 1,13).

Jesús es el artífice de la Buena Noticia, del Evangelio

68. Jesús de Nazaret no solo es el portador de la Buena Noticia, sino que él mismo es el artífice de la Buena Noticia. La Buena Nueva de la salvación pasa por Él, se hace efectiva por su entrega en la cruz, por su mediación delante del Padre. En la doxología eucarística rezamos: “*Por Cristo, con Cristo y en Cristo, a ti Dios Padre Omnipotente, todo honor y toda gloria*”. En la unión con Cristo recibimos el perdón y el amor del Padre. Él es “*la puerta*” (Jn 10,9). Él es “*la vida*” (Jn 11,25; 14,6). Por eso dijo: “*Permanezcan unidos a mí*” (Jn 15,4-6). Se mire por donde se mire, Cristo es la Buena Noticia. Y lo es en sentido teológico, por ser el “*Emmanuel*”, que significa “*Dios con nosotros*”; y lo es en sentido soteriológico, por ser nuestro Redentor, que da la vida por nosotros; y lo es en sentido moral y espiritual, por ser el hombre perfecto, el “*Santo de Dios*”, que nos enseña el camino de la virtud; lo es también en sentido histórico, por ser el Rey de reyes y Señor de los señores, que nos cuida y nos defiende del enemigo

infernol; finalmente lo es en sentido escatológico, porque llevará a cabo el Reino de Dios y lo entregará al Padre, donde *“Dios será todo en todos”* (1Cor. 15,28).

Todo lo referente a Cristo es Evangelio, Buena Noticia

69. Evangelio o Buena Noticia, se le dice a todo lo referente a Cristo: su persona, su mensaje doctrinal, su revelación de la Santísima Trinidad; su obra salvadora, su muestra del amor de Dios por los hombres; su muerte salvadora, su resurrección y ascensión al cielo; la comunicación de la gracia, la participación de la vida divina en la Eucaristía y los Sacramentos, la institución de la Nueva y eterna Alianza; sus promesas de vida eterna, el triunfo final de los buenos.

El evangelio es el anuncio de Cristo Muerto y Resucitado

70. Para los Apóstoles la Resurrección de Cristo y su Ascensión al cielo fue la gran noticia que los alegró inmensamente y los afianzó en la fe, y que luego proclamarán a todo el mundo. San Pablo, en la carta a los Corintios, nos da una primitiva fórmula de fe cristiana o “kerigma”, a la cual el mismo denomina “el Evangelio” (en griego τὸ εὐαγγέλιον): *“Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que ha sido resucitado al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas...”* (1Cor 15,3-5).

El Evangelio es el anuncio de que este Jesús es el Señor

71. Y escribe a los Romanos: *“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”* (Rom 10,8-9). A Timoteo le escribe: *“No hay duda de que grande es el misterio de nuestra fe. El (Cristo) se manifestó como hombre, fue vindicado por el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado entre las naciones, creído en el mundo, recibido en la gloria”* (1Tim 3,16). San Pablo nos recuerda que la Resurrección de Cristo es el fundamento y garantía de nuestra fe; a los Corintios les dice: *“Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe”* (1Cor 15,14). San Pedro le anuncia a los judíos: *“Sépalo bien todo Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías.»* (Hch 2,36).

Jesús es la respuesta radical y positiva a todas las inquietudes profundas

72. El Señor es la Buena Noticia, la incomparable y singularísima Buena Noticia para todos aquellos que han perdido no sólo el rumbo sino también el sentido de la existencia y se preguntan con ansiedad cómo pueden hallar gusto a la vida, y qué hay más allá de la muerte. Jesús, con su vida, muerte y resurrección, es la respuesta radical y positiva a estas inquietudes. Él nos muestra cómo el amor al prójimo y el amor a Dios puede dar sentido absoluto y alegría perfecta a nuestra vida terrenal, y esperanza cierta para alcanzar la vida eterna. “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Jn 11,25) dice el Señor: la resurrección psicológica, moral, espiritual y hasta corporal. “*La voluntad de mi Padre es que todos los que miran al Hijo y creen en Él, tengan vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día*” (Jn 6,40).

El Evangelio (τό εὐαγγέλιον) en el Nuevo Testamento

73. En el N.T. la palabra “Evangelio” (en griego τό εὐαγγέλιον) aparece 76 veces y el verbo “Evangelizar” (εὐαγγελίζεσθαι) aparece 54 veces. San Marcos inicia su evangelio con las palabras: “*Principio del Evangelio de Jesús Mesías, Hijo de Dios*” (Mc 1,1). La Buena Noticia o Evangelio es, al mismo tiempo, la persona de Jesús, su enseñanza y su obra salvadora. Los Hechos de los Apóstoles dicen que los discípulos enseñaban y anunciaban “*la Buena Noticia de Jesús, el Mesías, tanto en el templo como por las casas*” (Hch 5,42); y que algunos creyentes de Chipre y de Cirene llegaron a Antioquía ... “*anunciándoles la Buena Noticia acerca de Jesús, el Señor*” (Hech 11,20). Pablo y Bernabé dijeron a los paganos de Listra: “*hemos venido para anunciarles la Buena Noticia*” (Hch 14,15). San Pablo afirmó concisamente: “*Para mí la vida es Cristo*” (Flp 1,21). Efectivamente Jesús dijo: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn 14,6); “*Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia*” (Jn 10,10).

El Evangelio es Buena Noticia por su contenido doctrinal

74. El Evangelio es Buena Noticia también por su contenido doctrinal y moral perfectos. Sabiendo que viene de Cristo que es Dios, podemos estar seguros de que las enseñanzas del Evangelio son absolutamente buenas y verdaderas. Desde el primer mandamiento de “*amar a Dios sobre todas las cosas*” (Mt 22,36-40), hasta la invitación a ser “*perfectos como el Padre Celestial*” (Mt 5,48) tenemos trazado el camino certero para nuestra

santificación y salvación. Con respecto a nuestra conducta bastaría leer y poner en práctica el “discurso de la montaña” (Mt 5-7) para darnos cuenta de la profundidad y la perfección de la moral cristiana. El Señor nos asegura: “*quien escucha mis palabras y las pone en práctica, es como aquel construye su casa sobre roca*” (Mt 7,24).

El Evangelio de Dios es el anuncio de la cercanía del Reino de Dios

75. El Evangelio, en cuanto es Buena Noticia, está relacionado estrechamente con el Reino de Dios. Al comienzo de su ministerio, saliendo del desierto, Jesús anuncia el Reino de Dios como la determinada y concreta Buena Noticia que viene de Dios: “*Predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Se ha cumplido el plazo y se ha acercado el Reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio*” (cfr. Mc 1,14-15; Mt 4,17). San Mateo dice que Jesús “*anunciaba el Evangelio del Reino y curaba a la gente de todas sus enfermedades y dolencias*” (Mt 4,23; Mt 9,35; Lc 4,43). A los Apóstoles les enseña a pedir al Padre: “*Venga a nosotros tu Reino*” (Mt 6,10); y los envía a anunciar su mensaje: “*Se ha acercado el Reino de Dios*” (Mt 10,7; Lc 10,9). El Reino de Dios es prioridad absoluta para Cristo y sus apóstoles: “*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás se les dará por añadidura*” (Mt 6,33). Por voluntad del Señor “*el Evangelio del Reino deberá ser predicado en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin*” (Mt 24,24).

El Reino de Dios se acerca en la actividad liberadora de Jesús

76. Según el Evangelio de Marcos el anuncio del Reino, como don imparables de parte de Dios, es una realidad viva y dinámica, que nada ni nadie puede detener. Su definitiva proximidad es una propuesta abierta y universal para que la humanidad participe en la salvación que Dios le ofrece. Pero no dice el evangelio qué es el Reino, ni dónde está, ni en qué consiste. En todo caso es algo que viene dado por Dios, pues se trata de una realidad que tiene en él su origen. Del contexto inmediato posterior se puede deducir que el Reino está vinculado a la actividad liberadora de Jesús, desarrollada sobre todo en Cafarnaún, en favor de los oprimidos y excluidos, de los enfermos y marginados y en abierta oposición a las instituciones religiosas de su tiempo. La autoridad de Jesús puesta al servicio del hombre anula el poder de los dirigentes de la sinagoga y antepone la atención al ser humano necesitado respecto al respeto del día del sábado. Ese dinamismo liberador del hombre respecto a cualquier estructura opresora fue iniciado con la actuación de Jesús y es la fuerza

imparable del Reino de Dios, que, como una semilla diminuta, va creciendo y desarrollándose en la historia sin que nadie sepa cómo.

Creer en este Evangelio es entrar en el Reino de Dios

77. El mandato contenido en el mensaje de Jesús: “*Conviértanse y crean en el Evangelio*” (Mc 1,15) deja la puerta abierta para que toda persona pueda entrar en el dinamismo del Reino, que es como un torrente de vida nueva, capaz de conducir a la humanidad por los senderos de la justicia, de la fraternidad y de la paz. La llamada a la conversión conlleva principalmente un cambio de mentalidad, una visión nueva de la vida, del hombre y de la sociedad. El verbo griego subyacente refleja esa transformación total de la mente. Es la *metanoia* que implica creer en este evangelio como Buena Noticia. Pero la invitación que hace el texto de Mc 1,15 no es sólo a creer en Dios, sino a creer que la persona de Jesús, su mensaje y su obra de liberación, su misión profética conflictiva y su destino de muerte violenta e injusta constituyen paradójicamente la singularísima y sorprendente Buena Noticia de la salvación para los seres humanos, pues en la acogida de su palabra, en la percepción de su presencia y en el seguimiento radical de sus pasos se vive el dinamismo del Reino de Dios. Pero el paso decisivo para convertirse en discípulo de Jesús y participar del Reino, no será otro que reconocer en Jesús al Hijo de Dios, cuando, como el centurión (Mc 15,39) contemplemos su muerte en la cruz. Sólo con esta reorientación de la mirada y de la perspectiva hacia Jesús en la cruz y, con él, hacia todas las víctimas de la injusticia y los sufrientes de este mundo se producirá en nosotros la auténtica *metanoia* o conversión que pide el Evangelio y permite entrar en el Reino de Dios ya en la historia presente.

Jesús es el Evangelizador y el Evangelio del Reino de Dios

78. Pero Jesús se presenta como el mensajero de la buena noticia que proclama que el Reino de Dios ya está llegando, pero no de forma triunfal, sino en la debilidad de su persona y a través de su misión que culmina en la entrega de la vida en la cruz. Jesús es el *evangelizador*, él mismo y su actividad son el *Evangelio* (Mc 8,35; 10,29), y creer en el evangelio es lo mismo que creer en Jesús (Mc 1,15). Este evangelio es *de Dios*, en cuanto se trata del cumplimiento de la promesa hecha por Isaías, cuyo autor es Dios (Is 40,12-31; 51,16; 61,2). Aquella promesa se realiza en *Jesús* de Nazaret, en cuanto es Él es el *Mesías* que proclama y comienza el Reino de Dios y lo hace de la forma que compete al *Hijo de Dios*, es decir, como Dios oculto, que se revela en la debilidad de la muerte de Jesús y suscita la fe de los

paganos, como el centurión (Mc 15,39). Esta es ya una novedad absoluta del Evangelio. Este Jesús ¡el Crucificado! es ya el Evangelio. Y después, al tercer día, Jesús resucitó con lo cual el Padre firma y sella aquella sorprendente, paradójica, inaudita e incomparable Buena Noticia. Una Noticia tan singularmente Buena, excepcional y única, que la Biblia griega reservó la palabra griega neutra, τὸ εὐαγγέλιον, “el Evangelio” exclusivamente para el anuncio de la persona de Jesús y de su muerte y resurrección como la cercanía y la presencia del Reino de Dios.

El Reino de Dios es la intervención amorosa de Dios a través de Jesús

79. ¿Qué significa propiamente para Jesús el Reino de Dios? Significa la intervención amorosa y misericordiosa de Dios, el “gobierno de Dios”, para salvar al pueblo de Israel y a toda la humanidad, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo. Jesús, como Mesías, revela y señala la presencia y la acción de Dios como Padre Providente, como Amor, como Divinidad benéfica que “*quiere que todos los hombres se salven*” (1Tim 2,3-4). Con su sacrificio Jesús nos reconcilia con Dios, nos hace hijos suyos y nos permite entrar en comunión con El (cf. AG 3). El Espíritu Santo hace efectivo nuestro movimiento hacia Dios, ilumina nuestra mente, fortalece nuestra voluntad, nos da los dones la “sabiduría” y de la “piedad” para relacionarnos con el Padre y hallar en Él la felicidad y la plenitud de vida. Por eso el “Reino de Dios” es Buena Noticia.

El Reino es el Reinado de Dios en nuestros corazones

80. El Reino de Dios significa, por tanto, el Reinado de Dios en nuestros corazones; el Reino de Dios significa esos principios que nos separan del reino del mundo y del diablo; el Reino de Dios significa el benigno predominio de la gracia; y significa la Iglesia como institución divina por la que podemos estar seguros de alcanzar el Espíritu de Cristo y así conseguir ese último Reino de Dios en plenitud, en donde Él reina eternamente en “*la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios*” (Apo 21,2). Cuando Jesús habla del “Reino de Dios”, o del “Reino de los Cielos”, o “Reino del Padre”, o de “mi Reino” (cf. Ef 5,5; 2Pd 1,11) no entiende una estructura jurídica, política, estatal; ni se refiere a un territorio y a una población delimitada; no es como los reinos y repúblicas del mundo: “*mi Reino no es de este mundo*” (Jn 18,36). El Reino de Dios se configura con todas las almas que conocen y aman a Dios, más allá de las fronteras del espacio y del tiempo. Es una espléndida realidad donde se vive en la plenitud del ser y del amor, de la paz, la

justicia y la felicidad. Es participación de la vida divina, de su gloria y perfección. Es la realización plena de la historia de la Salvación. Sin embargo no debemos pensar que el Reino de Dios no tenga que ver con las realidades terrenales, sociales, económicas, históricas. Al contrario, como ha subrayado la teología de la liberación, implica toda la actividad humana, individual y social, como cumplimiento de la voluntad de Dios en la realización del bien, la verdad, la justicia, el amor y la ética social.

El Reino es don gratuito de Dios para los pobres y los pecadores

81. El aspecto, tal más significativo, que configura el anuncio de Jesús sobre la proximidad del Reino es concebirlo como don gratuito de Dios. Visto así el Reino es la metáfora del amor de Dios que adquiere un nuevo sentido. Si el Reino de Dios es gratuito, entonces llega para todos. Si la soberanía de Dios no depende de una actuación humana previa, resulta que esa soberanía está en principio ofrecida a todos, sean quienes sean y hagan lo que hagan. Así se explica no sólo que el Reino llegue primero a los pobres, sino también la predilección que los textos del Nuevo Testamento muestran por los pecadores, dos conceptos no tan alejados entre sí como a primera vista pudiera parecer.

El Evangelio del Reino es la posibilidad de alcanzar la dicha humana

82. En términos modernos la Buena Noticia del Reino de Dios es la posibilidad de alcanzar todos aquellos bienes, físicos, espirituales, morales, estéticos, sobrenaturales, individuales y sociales que nos procuran una vida armoniosa, placentera y gozosa. Es el anhelo y el sueño por lo que todo el mundo lucha, desde los primeros momentos de su vida. ¿Será una utopía, una ilusión, o una realidad posible? Cristo vino a inaugurar este proceso divino de transformación del hombre y del mundo con su gracia, con su Evangelio, con su Iglesia, con su Espíritu. Ahí donde nos dejamos llevar por la Palabra y la Voluntad divina, vuelve a hacerse realidad el Paraíso. La vida de los santos y de muchos buenos cristianos es una prueba de que el Cielo puede bajar a la tierra y de que la tierra subir hacia el Cielo. En Cristo encontramos la iluminación y la energía para vivir con perfección y alcanzar la paz y la alegría.

La Buena Noticia de las parábolas del Reino de Dios

83. Jesús explica el Reino de Dios con algunas parábolas. Con la parábola del banquete de bodas nos enseña que es una gran fiesta, a la cual están todos

invitados, con tal que lleven el traje apropiado (la gracia de Dios). Con la parábola del sembrador, nos dice que es un don, una gracia que debemos acoger con buenas disposiciones y hacer fructificar. Con la parábola de la levadura nos explica que es una fuerza transformadora y que hace crecer el bien y la santidad en la masa humana. Con la parábola de la semilla de mostaza profetiza que su Reino empieza de manera sencilla, discreta, pequeña, pero se hará cosecha y se extenderá hasta los confines de la tierra y cobijará una gran multitud de gente. Con la parábola del trigo y la cizaña, nos asegura que el Reino de Dios pertenecerá a los buenos, que serán separados de los malos en el día del juicio definitivo. Una vez más la Buena Noticia se identifica con el advenimiento del Reinado de Dios.

Las Bienaventuranzas del Reino de Dios

84. Con las Bienaventuranzas el Señor nos señala un estilo de vida de perfección, que complementa y radicaliza los Mandamientos para entrar en el Reino de los Cielos y gozar de la felicidad eterna. Son los pobres, los pobres de espíritu, los pobres con espíritu, y también los mansos, los desposeídos y desheredados, los afligidos, los que sufren y los indigentes, los que pasan hambre, los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios, los que misericordean y serán misericordeados, los que trabajan por la paz, los que aceptan todo sufrimiento por amor y haciendo siempre el bien, los que aceptan el sufrimiento para purificarse, los limpios de corazón, sin dobleces y con transparencia interior, los que luchan y dan la vida por Cristo y por su Evangelio, los que son perseguidos por su fidelidad y su justicia a prueba de sacrificio, todos ellos son proclamados “bienaventurados, dichosos, felices, porque su recompensa es y será grande desde Dios, porque verán a Dios, que los saciará, los misericordeará, los consolará, les dará en herencia la tierra y los llamará hijos suyos porque el Reino de los Cielos es de ellos ya y les pertenece por ser pobres y por ser perseguidos por causa del Hijo del Hombre (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23).

Otras muy Buenas Noticias del Evangelio

85. En el Evangelio hay muchas buenas noticias: la paternidad de Dios, la misión salvadora del Hijo, la obra santificadora del Espíritu, el amor de Dios para todos los hombres, la posibilidad de vencer el mal y todo sufrimiento, las promesas de vida eterna, la restauración del orden y la paz universal, la comunicación de la gracia divina a través de los Sacramentos, la presencia y el acompañamiento del Señor por medio de su Iglesia...

Todos los grandes bienes y valores que el hombre anhela están contemplados y prometidos en el Evangelio del Reino. El autor de la Carta a los Efesios exclama: *“Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo que nos ha bendecido con toda clase de bienes ... para que seamos santos e inmaculados en su presencia en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”*(Ef 1,3-5).

La Buena Noticia del Amor gratuito e incondicional de Dios

86. La mejor noticia que nos trajo Jesucristo es que Dios nos ama. Los paganos en general adoraban a unos dioses que eran inalcanzables e indiferentes a la suerte de los hombres; estaban ocupados en sus quehaceres y se desentendían de la humanidad; a lo mejor podían conceder algún favor a cambio de una sumisión servil y unos sacrificios muchas veces sangrientos. También el pueblo de Israel creía en un Dios Creador y Autoridad Suprema, que exigía obediencia absoluta a sus órdenes, y castigaba a los rebeldes. Con la predicación de los profetas se iba gestando la doctrina de un Dios Rey y Padre del pueblo, que lo favorecía con beneficios y bendiciones, a cambio de su fidelidad a la Alianza. Jesús nos revela y nos muestra a un Dios que es todo Amor, incondicional y gratuito (cf. AG 12). La más grande expresión del amor de Dios nos es comunicada en Jn 3,16: *“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna”,* y en y Rom 5,8: *“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”*.

La Buena Noticia del Amor liberador de Dios hacia nosotros

87. En la persona y en la acción de Jesús se transparenta el amor liberador de Dios hacia nosotros (cf. AG 8), porque Jesús es Dios y Dios es como Jesús. San Marcos y San Mateo dicen que Jesús: *“Al ver a la gente, sintió compasión de ellos porque estaban abatidos y cansados como ovejas sin pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas”* (Mc 6,34; Mt 9,36); luego por la tarde les dio de comer partiendo y repartiendo cinco panes y dos pescados entre más de cinco mil personas (Cfr Mc 6,35-44). Con los mismos sentimientos de bondad y misericordia, se prodigó para eliminar el hambre (Mc 6,35-44), la enfermedad (Mc 1,32-34), la tristeza (Lc 7,13), la ignorancia (Mc 1,22; 6,2), el abandono (Mt 9,36), la soledad (Mt 11,28; Mc 1,40-41), la letra que mata (Mc 2,23-28; 3,4), la discriminación (Mc 9,38-40; Jn 4,9-10), las leyes opresoras (Mt 23,13-15; Mc 7,8-13), la

injusticia (Mt 5,20; Lc 22,25-26), el miedo (Mc 6,50; Mt 28,10), los males naturales (Mt 8,26), el sufrimiento (Mt 8,17), el pecado (Mc 2,5), la muerte (Mc 5,41-42; Lc 7,11-17), el demonio (Mc 1,25.34; Lc 4,13). En la Cruz y en la Eucaristía, el Señor entrega hasta su vida para nuestra salvación. Todo esto podemos considerarlo como Buena Nueva, el Evangelio del amor de Dios.

La Buena Noticia de Jesucristo nuestro hermano misericordioso

88. En Jesús “*ha aparecido la benignidad de Dios y su amor a los hombres*” (Tit 3,4). Jesús no fue solo hombre, sino hermano misericordioso (cfr. Hb 2,11.17). Por eso “*acudían a Él de todas partes*” (Mc 1,45). De su persona emanaba la bondad. Inspiraba confianza porque tenía una actitud de aceptación, acogida y respeto para con todos, especialmente con los pobres, humildes, débiles y sufridos. La gente se sentía a gusto con el Señor. Se beneficiaba de su cariño y benevolencia, pues lo veían totalmente entregado y disponible para “*hacer el bien a todos*” (Hch 10,38). No se aprovechó ni se sirvió de nadie para fines egoístas, populistas o de poder, sino que “*vino a servir, no a ser servido*” (Mt 20,28). Fue pura generosidad y misericordia; basta mirarlo en la cruz, donde se dio totalmente para el bien de la humanidad.

La Buena Noticia de hacernos hijos de Dios en Cristo

89. La Buena Noticia del amor de Dios tiene su máxima realización en hacernos hijos suyos en Cristo Jesús: “*Veán ustedes que amor tan singular nos ha tenido el Padre, ya que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que ahora lo somos de verdad*” (1Jn 3,1; cfr Ef 1,5; 2,19; Rom 8,17; Jn 15,1-8); hacernos partícipes de su vida divina a través del bautismo y los demás sacramentos. El Señor no se conformó con invitarnos, sino que ha ido mendigando nuestro amor, hasta el colmo de enviar a su “Hijo amado” para buscarnos y suplicarnos a entrar en su familia divina. Y no para aumentar su gozo y su gloria, porque Dios vive ya en la plenitud del ser y del bien; sino por nuestro bien, por nuestra felicidad, porque sabe que sin Él estaremos perdidos y seremos infelices para siempre.

Dios nos sacó del pecado por puro amor

90. Dios nos sacó de la perdición y del pecado por puro amor, gratuitamente, haciéndonos hijos y herederos del cielo, por obra de Jesucristo. Así lo explica sintéticamente San Pablo: “*Nosotros éramos en otro tiempo*

insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia (=perfección) que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración (bautismo) y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3,3-7).

LA ALEGRÍA

El Resucitado y las Bienaventuranzas, fundamento de la alegría misionera

I. LA ALEGRÍA MISTERIOSA DEL RESUCITADO

El encuentro con el Resucitado, fuente de nuestra alegría

91. La alegría de los discípulos y misioneros tiene su motivación más profunda en el encuentro personal con Cristo Resucitado. Por ello el primer saludo del Señor resucitado a las mujeres que fueron al sepulcro fue: ¡Alégrense! (Mt 28,9). Asimismo los discípulos se llenaron de inmensa alegría al ver al Señor (Jn 20,20). Posibilitar el encuentro entre el resucitado y el ser humano en el camino de esta historia ha de ser la meta de toda evangelización y de la misión de la Iglesia. “En el encuentro con Cristo queremos expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio” (DA 28). Varias ponencias de los Simposios previos al Congreso Americano Misionero y los obispos de Bolivia en su último Plan Pastoral han recurrido al texto de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) para profundizar en la alegría de este encuentro con el Señor Resucitado. Y todos lo han hecho en clave evangelizadora y misionera.

El anuncio del Resucitado que vive, clave de la alegría misionera

92. El texto de los discípulos de Emaús, tanto desde el punto de vista literario como teológico, gira en torno a la centralidad del mensaje que anuncia que “Jesús vive” (cfr. Lc 24,23). El que vive es Jesús, el Señor, el que resucitó de entre los muertos, después de ser crucificado injustamente y de haber entregado su vida voluntariamente. Anunciar que Jesús vive es la singularísima Buena Noticia del Evangelio de Lucas, una Buena Noticia siempre en presente, ayer y hoy. La vida y la presencia de Jesús Resucitado es un anuncio de victoria sobre el mal, sobre el pecado y sobre la muerte, que genera en los seres humanos la más profunda y auténtica alegría. Se pueden indicar varios ámbitos de dicha presencia, que pueden iluminar toda realidad humana, especialmente las situaciones de decepción y de frustración de cualquier persona.

La alegría cristiana gira en torno a la resurrección

93. El relato de Emaús es además un emblema paradigmático de la acción misionera de la Iglesia que tiene como protagonista al mismo Jesús Resucitado y a los dos discípulos que habían perdido la alegría y la esperanza, pero las reencuentran gracias a un encuentro profundo con el Señor y luego logran compartirla con otros discípulos que estaban como ellos. Por el camino de Emaús (Lc 24,13-18) Jesús entrega a los dos discípulos un mensaje capaz de hacer arder el corazón y reencontrar la esperanza, capaz de redescubrir motivos de alegría y de retomar las fuerzas para un gozoso anuncio.

El camino de Emaús como modelo de evangelización

94. El camino de Emaús es útil también para descubrir un modelo de evangelización y un estilo de comunicación de la fe capaz de ayudar la reflexión y la acción misionera en el mundo de hoy. En Emaús podemos constatar los siguientes pasos: la compañía antes del anuncio, el escuchar antes de hablar, el preguntar antes de presentar la propia visión de las cosas, la libertad como condición para cualquier elección de comunión o misión. La primera evangelización fue una acción, es decir, *una dinámica, un movimiento intersubjetivo*, una “*común-ic-acción*” o más bien una acción que tenía el objetivo de compartir y poner en “común” una mirada nueva y una novedosa vivencia comunitaria y solidaria. Por eso, debemos dejar el paradigma comunicativo del “transmitir” y movernos hacia el paradigma del “compartir”. Ser portadores de buenas noticias que provocan alegría (cf. Lc 1,44) significa compartir *los dolores y las angustias, las alegrías y las esperanzas* (cfr. GS 1) y sólo entonces podremos indicar un eventual camino nuevo, que sepa reconducir las expectativas y las inquietudes y transformarlas en gozo.

Dios, Trinidad de amor, es fuente de la alegría

95. La alegría cristiana consiste en la comunicación del misterio del amor trinitario. Los obispos en Aparecida relacionan la alegría con el amor de Dios: “El ser amados por Dios nos llena de *alegría*” (DA 117). “Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, *en razón de la gratitud y alegría que produce*, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro.” (DA 145). Tenemos acceso al misterio de Dios en sí (trinidad inmanente) por la revelación (trinidad económica), es decir por su manifestación en la historia de la salvación. Dios vive como amor. Este es

el misterio de su ser y actuar que se ha manifestado en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, causa de la felicidad eterna y de la alegría.

La alegría misteriosa de la presencia desapercibida del Resucitado en el camino de la vida

96. En la escena del camino de Emaús Lucas nos presenta en primer lugar la lógica de la encarnación y del hacerse prójimo: no esperar al otro sino ir por su camino. Acercarse gradualmente y con discreción. El arte del comunicar es arte de hacerse compañeros en el camino. En esos primeros momentos del encuentro la presencia de Jesús, el viviente, en el camino de la vida de toda persona es una presencia desapercibida, pues los ojos están tan atrapados por otras realidades que, como los discípulos de Emaús, no pueden reconocerlo. Pero su presencia no es menos real por ser desapercibida, sino todo lo contrario. Es una presencia discreta, misteriosa, que consuela, que interpela, que invita a la comunicación, al recuerdo, a hacer memoria. Es presencia que suscita admiración y sorpresa, que valora la compañía del otro aunque sea un desconocido. Es presencia que invita a compartir, a no seguir solos por la vida.

La alegría incipiente por la presencia del Resucitado en el diálogo compartido

97. Los discípulos *conversaban* entre sí, *uno con otro* (cfr. Lc 24,14) y, literalmente, dice el texto: “*en su conversar y discutir*” sucedió que Jesús caminaba con ellos (cfr. Lc 24,15). Fue en el acontecer de su diálogo. La presencia del Resucitado no es posterior a su conversación, sino que ésta se verifica en el diálogo mismo. En el encuentro con el otro y con los otros, abierto al diálogo, va el Señor abriendo el corazón humano para pasar de la tristeza a la alegría. En nuestra tierra americana es necesario crear una cultura de encuentro y de diálogo abierto, inicio de la alegría sincera. El encuentro debe hacerse entre los diferentes pueblos, culturas, etnias, países y lenguas. Lo primero que requiere el diálogo es el reconocimiento y la valoración del otro y de los otros, así como de su palabra. El diálogo es el contexto ideal de presencia del Resucitado y el método más apropiado para la comunicación del Espíritu generador de una realidad nueva y de la alegría más auténtica.

La alegría por la presencia paradójica del Resucitado en las periferias del sufrimiento

98. La presencia del Resucitado resulta sorprendente en las periferias del sufrimiento humano. El camino “hacia Emaús” es el camino de la humanidad sufriente, decepcionada y deprimida, que, como los discípulos de Emaús, está ya “de vuelta” y desesperanzada ante el dolor y el sufrimiento injusto de los inocentes. Emaús no es Jerusalén sino su periferia. Pero Emaús es, sobre todo, el lugar de la humanidad frustrada y desesperanzada. El camino hacia esta aldea es una estampa viva de la humanidad derrotada y de nuestras gentes agobiadas. El Evangelio de Lucas anuncia la gran verdad de que Jesús, el Viviente, sin saber exactamente cómo, se ha acercado y es el compañero de aquellos discípulos y de todos los dolientes de la historia. La decepción y el dolor, el fracaso y la frustración de los discípulos de Emaús son el reflejo de las experiencias e interrogantes más profundos de los seres humanos, especialmente de los pobres y de los que sufren. Pero por esta presencia del Resucitado, incluso desapercibida, el corazón humano empieza a ponerse en ascuas y a palpar a ritmo emocionado.

La alegría por la presencia solidaria de Jesús con los discípulos

99. La pregunta por el sufrimiento de los justos, como Jesús, cuya muerte especialmente en Lucas se presenta como la del verdaderamente justo (Lc 23,47), está latente en el rostro de los discípulos. Sabemos que la cuestión más incomprensible y desgarradora de la vida humana, y al mismo tiempo la más decepcionante, es el tema crucial de la Teodicea, a saber: Por qué la muerte de los inocentes, por qué la condena de los justos, por qué la muerte de los niños inocentes, por qué el asesinato y la violencia contra gente sin culpa de nada, por qué tanta injusticia y corrupción. El mensaje de Lucas en el texto de Emaús no da la respuesta a estos interrogantes pero sí aporta una realidad nuclear en el Evangelio y es que Jesús, el resucitado, habiéndose acercado, “*caminaba con ellos*” (Lc 24,15). El Resucitado no se desentiende de este mundo, sino que se hace caminante solidario y enconadizo, para entablar diálogo con sus hermanos y reconducirlos a vida y a la alegría. Jesús se interesa por ellos y por lo que les pasa.

La alegría por la presencia dialogante y oyente del Resucitado

100. Jesús inicia el diálogo con ellos interesándose por los temas de su conversación. Esto suscita una alegría en el interlocutor. A todos nos gusta

que alguien se interese por nosotros. Es preciso que se expresen y se formulen las vivencias, los problemas y los temas de la conversación. Dialogar es interesarse por la palabra del otro y por el otro. La pregunta es literalmente la siguiente: *¿Qué palabras son las que debaten entre ustedes al andar?* (cfr. Lc 24,17). La Iglesia en América, está llamada, como Jesús y con Jesús, a crear una nueva cultura de verdadero encuentro y de diálogo auténtico entre todos los sujetos, etnias, pueblos y naciones del continente. La Iglesia ha de ser mediadora de este encuentro y debe fomentar el conceder la palabra a los otros para escucharse mutuamente. En esa mediación toda la comunidad cristiana, como Cristo Resucitado, debe salir a las “periferias geográficas y existenciales” –como dice el papa Francisco-, para ir en busca de los alejados, de los diferentes y, sobre todo, de los excluidos y descartados en el ámbito eclesial, social y político.

La alegría de la presencia humilde y empoderadora de Jesús con los desalentados

101. Como hizo Jesús con los discípulos de Emaús, en la misión evangelizadora de la Iglesia hay que dar la palabra a los “otros”, para que los desfavorecidos, los diferentes y los marginados puedan narrar su historia, contar sus hechos, sus preocupaciones, sus frustraciones y fracasos. Así, desde esa narración compartida y escuchada, se puede emprender el diálogo evangelizador que descubre y testimonia en medio de esas circunstancias el sentido de la vida. En la escucha de los otros es importante oír toda la historia y todas las dificultades hasta el final.

El protagonismo de la mujer al comunicar la alegría del Evangelio

102. La palabra de las mujeres ha sido minusvalorada y desacreditada en la sociedad de la época de Jesús, en la comunidad de los discípulos, así como en la historia y en la sociedad de los pueblos de América. Sin embargo, las mujeres ocupan el lugar central en el relato de Emaús. Su testimonio y su palabra constituyen la palabra más relevante de todo el texto de Emaús al anunciar a los discípulos el mensaje que ellas, a su vez, habían recibido de parte de Dios en la tumba vacía, a saber, que Cristo vive (cfr Lc 24,23). Sin saberlo ellas y sin que se les reconozca después, sin embargo ellas son las protagonistas de la Iglesia naciente, las mensajeras y portadoras del mensaje de la vida nueva del Resucitado. La Iglesia en el continente americano debe fomentar los medios para que la identidad y la función de la mujer en la vida eclesial y en la vida pública sea oída, reconocida y valorada con la dignidad que le corresponde. La Iglesia americana debe

ayudar a redescubrir el rol de la mujer en la construcción del tejido social y en la vida de la Iglesia.

La alegría por la presencia inaudita del Resucitado en la palabra del Kerigma

103. La palabra específica del kerigma lucano anuncia al Dios de la Vida en la Vida del Resucitado Jesús. El texto de Lc 24,23 es el punto central de la estructura literaria en forma de quiasmo de esta página sublime de la literatura universal y de la Biblia. La palabra inaudita hasta entonces en el mundo, la de que un muerto ha resucitado para no morir nunca más, la palabra de quienes “dicen que él vive”, el mensaje de los ángeles y de las mujeres, la palabra trascendental de la historia de la humanidad, surge en el espacio más sorprendente y paradójico, en el lugar de la muerte que es toda tumba. Es palabra de Dios y palabra humana, es la palabra de los ángeles y de las mujeres. La misión de la Iglesia consiste en ir a los espacios de muerte, de decepción y de desesperanza, al mundo del dolor y del desconsuelo, para oír y transmitir en el fondo de tanto sepulcro la gran palabra de la esperanza y la alegría que anuncia la vida que procede de Dios Padre, el Creador de la primera y de la nueva creación.

La alegría de los discípulos misioneros se fundamenta en la resurrección de Jesús

104. La primera palabra de Jesús resucitado en su aparición a las mujeres, la primera que cuenta el Evangelio de Mateo, fue: “Alégrese” (Mt 28,9). Ellas, recibido el anuncio de la resurrección por parte del ángel, se alejaron “a toda prisa del sepulcro *con temor y gran alegría*,” (Mt 28, 8). La aparición a los discípulos en Jerusalén revela la gran alegría de los discípulos: “Como ellos todavía no lo creían *a causa de la alegría* y porque estaban asombrados” (Lc 24, 41). “Entonces se alegraron los discípulos viendo al Señor” (Jn 20,20). El Evangelio de Lucas acaba diciendo que los discípulos de Emaús con los Once, después de que Jesús los bendijera y fuera llevado al cielo, “habiéndolo adorado, se volvieron a Jerusalén con una *gran alegría*” (Lc 24, 52). La resurrección de Jesús es la fuente de la gran alegría que inunda toda la tierra como bien se describe en el *Exultet* del pregón pascual en la Vigilia de la Resurrección del Señor: Alégrese los coros de los ángeles, las jerarquías del cielo, toda la tierra, nuestra madre la Iglesia... porque Cristo resucitó.

La alegría por la presencia desveladora del Mesías desde la Sagrada Escritura

105. En el relato de Emaús Jesús resucitado es el verdadero Maestro que, con su interpelación correctora, llama la atención a los discípulos para que comprendan el sentido de lo que ellos mismos han transmitido sin comprender bien el sentido de los acontecimientos. Jesús hace una relectura de los mismos acontecimientos interpretándolos desde la Sagrada Escritura. Así muestra que incluso en los hechos más paradójicos de su sufrimiento hasta la muerte se debe hacer una interpretación más profunda para descubrir en la historia el plan de Dios Padre. La historia de la pasión de Jesús pertenece no sólo a la historia que los discípulos de Emaús han contado, sino a la historia de la salvación, según la cual *“el Mesías tenía que sufrir esto”* (Lc 24,26). La comunidad cristiana está llamada a profundizar todos los acontecimientos de la vida para descubrir en ella el misterio de un Dios, que desde Moisés hasta todos los profetas, se ha revelado como un Dios que trae la salvación. Mientras Jesús explicaba todo esto el corazón de los discípulos estaba en ascuas de alegría, tal como ellos explicaron después. Es la palabra de Jesús, palabra viva que comunica la gran alegría de la salvación.

La alegría por la presencia emocionada y apasionada del Resucitado en la comunicación del Evangelio

106. Y toda la acción evangelizadora y misionera de la Iglesia debe apuntar a la presentación explícita del misterio de Jesucristo, pues de él hablan todas las Escrituras. La Iglesia debe abrirse a los acontecimientos de la vida, escuchar a todos los peregrinos y sufrientes de los caminos del mundo y reinterpretar la marcha de la historia y los signos de los tiempos desde Cristo Resucitado, cuya muerte y resurrección, como Mesías de Dios, da sentido y esperanza a todos los seres humanos, especialmente a los que están sumidos en el desconsuelo y en el sufrimiento. Al recibir y comunicar este Misterio en la tradición del Evangelio, la comunidad de los discípulos vive y siente la presencia emocionada, gozosa y apasionada del Resucitado en la Palabra del Evangelio que se ha de transmitir en todos los ámbitos posibles de la vida en nuestro continente. Por eso los discípulos dicen después: *“¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino, cuando nos explicaba las escrituras?”* (Lc 24,32). En el relato de Emaús es importante el momento de la Palabra de Dios a través de la palabra de Jesús, que habla al corazón de los hombres, haciéndose hombre y caminando con ellos. Jesús habla de aquello que se refería a él (Lc

24,27) y de cómo él mismo atraviesa la historia de la salvación que Dios tiene para los hombres (1 Jn 1,1-4). Los evangelios relatan el camino de Jesús que nos invita a la entrega de la vida a favor de la vida de los demás. Y entre sus mensajes de alegría destaca, al principio de su ministerio público, el anuncio de las Bienaventuranzas, auténtica síntesis antológica de la alegría del Evangelio.

II. LA ALEGRÍA PARADÓJICA DE LAS BIENAVENTURANZAS

La “dicha” de la alegría en las bienaventuranzas evangélicas

107. El Sermón de la montaña del evangelio de Mateo comienza con las bienaventuranzas donde Jesús proclama la dicha del Reino de Dios como una propuesta de alegría, de alcance universal, que presenta a los pobres de la tierra y a los que se hacen pobres por amor a Dios y al prójimo, como los destinatarios primeros de la dicha propia del Reino. Mateo (Mt 5,3-12) presenta un bloque de ocho bienaventuranzas homogéneas con la misma estructura tripartita y con el denominador común del anuncio de la felicidad en toda la serie, según el esquema de composición de la forma literaria denominada *macarismo*: Felicitación, sujeto de la dicha, motivo de la dicha. Lucas (Lc 6,20-23) refleja la misma estructura en el bloque de tres macarismos homogéneos. El último macarismo, noveno en Mt y cuarto en Lc, se formula en segunda persona actualizando el anuncio de la dicha para los oyentes del discurso de Jesús.

El término griego μακάριοι: Bienaventurados, felices, dichosos

108. Todas las bienaventuranzas empiezan con la palabra μακάριοι puesta en boca de Jesús, que expresa la singular alegría religiosa que viene al hombre por la participación en la salvación que trae consigo el Reinado de Dios. Las bienaventuranzas contienen paradojas sagradas, especialmente en las primeras de Mateo en el sermón de la montaña y sus paralelos lucanos: en ellos se siguen afirmaciones fundamentales que revelan a los seres humanos en estados de severa dificultad, pobreza, aflicción, desamparo, hambre, sed, como destinatarios del Reino de Dios y de los bienes de consuelo, alegría y superación de las necesidades. También el favor de Dios tiene como destinatarios a todos aquellos que actúan ayudando con misericordia a favor de los necesitados, con limpieza de corazón, generando la paz en el mundo hasta asumir incluso la persecución por su fidelidad a la justicia de Dios. En las bienaventuranzas el término

μακάριοι designa un conjunto de individuos humanos que disfrutan de la alegría eufórica y duradera en cualquier momento de la historia como un don de Dios. La palabra “dichosos” como traducción de μακάριοι, parece más ajustada y preferible que la de “felices” y la de “bienaventurados”, porque “dichoso” expresa una profunda alegría interior en la persona, que no depende de las circunstancias externas a la persona, y esa alegría no la puede quitar nada ni nadie, porque tiene su origen en Dios y su Reino, se puede vivir hasta en situaciones adversas o de sufrimiento y el motivo de la alegría es siempre, explícita o implícitamente, Dios.

La paradójica dicha de los desdichados según las bienaventuranzas

109. Las cuatro primeras bienaventuranzas de Mateo más la novena y todas las de Lucas están dedicadas a los desdichados según el mundo: A los pobres, a los afligidos que gimen, a los indigentes o desheredados, a los hambrientos y a los perseguidos. Una *paradoja* es aquello que está fuera de la opinión común y de la gloria común y tiene también su componente de misterio, en cuanto algo grandioso que tiene algo de oculto y no terminamos de expresar con nuestras palabras. La principal de todas las bienaventuranzas, por ser el fundamento de las que se derivan las demás, es la primera, dedicada a los pobres. Pero en todas ellas el motivo de la alegría es siempre Dios. El pobre en el NT es el πτωχός, que se refiere al encorvado, y designa a quien no posee nada y tiene que proporcionarse mendigando lo indispensable para vivir. Estos pobres desde el punto de vista socioeconómico, y sólo por ser tales, sin ningún otra especificación, son los destinatarios prioritarios del Reino de Dios. En el AT hay principalmente dos términos que están a la base de πτωχός. Son los términos ‘ani, que designa al encorvado y abatido, y ‘anawim, que son aquellas personas que, careciendo de medios de subsistencia y estando indefensas, han puesto su confianza plena en Dios.

La dicha del Reinado de Dios para los pobres

110. En las bienaventuranzas de Mateo Jesús llama *dichosos*, en primer lugar, a los pobres y a quienes están o pasan por una situación de negatividad extrema: los que gimen, los indigentes y los que tienen hambre y sed, también de justicia. En Lucas se llama *dichosos* a los pobres sin más especificación, y se trata, por tanto, de los pobres e indigentes en su acepción material y socioeconómica. La razón de la dicha no es la situación en que se encuentran los destinatarios de cada bienaventuranza

sino el giro que van a experimentar tanto su situación personal como esas condiciones sociales. Sólo por ser víctimas, por ser sufrientes, Dios está de su parte. La fuerza de las bienaventuranzas radica además en el hecho de que Dios hace llegar su Reino en el tiempo presente para los que ahora son pobres. La primera bienaventuranza en labios de Jesús debió estar formulada en una forma simple: “*Dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de Dios*”. La fuente Q (común a Mateo y Lucas) la desarrolló un poco más y formuló otras dos en términos de hambre y la aflicción en una reconstrucción que sería: “*Dichosos los hambrientos porque ellos serán saciados*” (Sal 107, 9 -LXX: 106, 9) y “*Dichosos los que gimen porque ellos serán consolados*” (Is 61, 2; Eclo 48, 24). Y Mateo completó la serie de los desheredados incorporando: «*Dichosos los indigentes, porque ellos heredarán la tierra*» (Mt 5,5) sirviéndose para su elaboración del Sal 37,11 (LXX: 36,11). Así quedan incluidos en estas cuatro primeras bienaventuranzas todo tipo de pobres, de desheredados y de situaciones de indigencia: los que carecen de medios de subsistencia, los que carecen de tierra, de casa o de familia, los mendigos, transeúntes, inmigrantes, los sin papeles, niños de la calle, refugiados, desempleados.

La alegría de los “pobres con espíritu” o “pobres a conciencia” en Mt 5,3.

111. Mateo radicaliza además el mensaje de la bienaventuranza de los pobres haciéndola extensiva a los discípulos, a los que libremente entran en esa situación de indigencia por causa del Reino, o por solidaridad con los que se encuentran en ella forzosamente o por su fidelidad a Dios. Así se puede entender la espiritualización realizada por Mateo al acompañar el término πτωχοί (pobres) de la primera bienaventuranza con un complemento nominal que determina de qué pobres se trata. Esa palabra griega es la relativa al “espíritu” y va en dativo con artículo y sin preposición (τῷ πνεύματι). La interpretación que aquí se propone subraya tanto la interioridad como la voluntariedad en relación con el estado de pobreza. Se podría adoptar una traducción castellana literariamente más bella y concisa, “*dichosos los pobres a conciencia*”, o su versión más literal, “*dichosos los pobres con espíritu*”, tal como hizo I. Ellacuría. Con ambas nos referimos a personas que, en virtud del espíritu que poseen y dinamiza sus vidas, viven voluntariamente en la pobreza que otros, involuntariamente, están obligados a sufrir. Y, además, quedan incluidos también en el destino de la dicha ofrecido por Jesús todos aquellos que estando en situación no buscada de pobreza se enfrentan a la misma con la

fortaleza que Dios les infunde. En este sentido hay que entender también la de Mt 5,6: *Dichosos los hambrientos y sedientos de la justicia divina porque ellos serán saciados*, que proclama la dicha de los discípulos que anhelan la justicia de Dios y de su Reino, descrita en las bienaventuranzas anteriores.

Las bienaventuranzas, fundamento de la opción por los pobres

112. Así entendidas la primera y la cuarta bienaventuranza constituyen el mejor fundamento del mensaje de Jesús para la orientación de la “opción preferencial y evangélica por los pobres”, vigente desde hace décadas en la actual Misión Permanente de nuestra Iglesia Americana. “La Iglesia se une, por medio de sus hijos, a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y los afligidos, y a ellos se consagra gozosa. Participa en sus gozos y en sus dolores, conoce los anhelos y los enigmas de la vida, y sufre con ellos en las angustias de la muerte” (AG 12). Y en Aparecida se consolidó la opción preferencial por los pobres al denominarse también “evangélica” y fundamentarla en el mismo Señor Jesús, que, “siendo el Señor, se hizo servidor y obediente hasta la muerte de cruz (cfr. Filp 2,8); siendo rico, eligió ser pobre por nosotros (cfr. 2 Cor 8,9), (AG 3) enseñándonos el itinerario de nuestra vocación de discípulos y misioneros” (DA 31). En este sentido se entiende la octava bienaventuranza, que proclama dichosos a los perseguidos por causa de su comportamiento justo y fiel a la opción por los pobres (cfr. Mt 5,10).

La alegría de las bienaventuranzas en el espíritu de la gratuidad abarca el presente y el futuro

113. Las bienaventuranzas son un mensaje de felicidad con un código moral que invita a una determinada actitud. Pero la felicidad anunciada por las bienaventuranzas no radica en la virtud sino en Dios y sólo en sus dones, fruto de su gratuidad. En las bienaventuranzas cabe hablar de un futuro ya presente pues la esperanza de un consuelo venidero constituye ya un consuelo actual. Ellas no se limitan a prometer una recompensa futura. Las bienaventuranzas no aplazan la consecución de la felicidad sino que desplazan su contenido y naturaleza. Son dichosos ahora los pobres, los que lloran, los desheredados, los hambrientos y perseguidos, los misericordiosos, los limpios de corazón y los que se esfuerzan por la paz. Son dichosos ya ahora y lo son porque Dios está con ellos. Los evangelios hablan de premios reservados a la vida venidera, pero lo distintivo es que se trata de una dicha actual, en presente, pues la profecía se ha cumplido

en Cristo, que ha vivido todas las bienaventuranzas. El Hijo de Dios ha venido al mundo y su palabra es eficaz: Hace lo que dice y al decir “la paz sea con vosotros” no solo la desea sino que la otorga, como alguien que dijera “buenos días” y trajera consigo al sol.

La alegría de las Bienaventuranzas es la alegría de la Pasión de Cristo

114. La Primera carta de Pedro trata el tema de la alegría con la bienaventuranza dedicada a la Pasión de Cristo (1 Pe 4,12-13). En 1 Pe 4,13 está lo fundamental de la consideración petrina: “*Al contrario, estad alegres en la medida que tenéis parte en la pasión de Cristo, de modo que, cuando se revele su gloria, gocéis de la alegría desbordante*”. La adhesión a la *persona* de Cristo es lo que capacita a los creyentes para vivir *como él* y *según él*. Por tanto, gracias a esa comunión en el amor también el sufrimiento de los cristianos se puede transformar en pasión de Cristo, es decir, en sufrimiento trascendido por las características que definen la pasión de Jesucristo en esta carta: haciendo el bien, como personas justas y confiando siempre en Dios (cf. 1 Pe 4,18.19; 2,23; 3,17-18). Es precisamente *este sufrimiento* el que ya lleva consigo, paradójicamente, la gloria y por tanto la dicha y la gran alegría de la bienaventuranza. De esta alegría es particularmente testigo todo misionero pues “Dios le concederá valor y fortaleza para que vea la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia intensa de la tribulación y de la absoluta pobreza” (AG 24).

La alegría de las bienaventuranzas es inefable y radiante pues nace de la comunión con la Pasión de Cristo.

115. Los últimos macarismos de las bienaventuranzas evangélicas (Mt 5,12; Lc 6,23) asocian el verbo *alegrarse* (*χαίρειν*) al tema del sufrimiento (Mt 5,12; Lc 6,23) y presentan una gran afinidad con el texto de la Primera Carta Pedro (1 Pe 4,13). En 1 Pe 4,13 la razón de la alegría y de la dicha no es principalmente la recompensa celeste en el futuro sino una doble motivación en el tiempo presente: la comunión con la Pasión de Cristo y que el Espíritu de Dios está reposando sobre los cristianos. Así pues, el motivo de la alegría no es el sufrimiento en sí mismo, sino la realización de la unidad con Cristo en el tiempo presente. Por ello la alegría y la participación en la gloria de Cristo tienen lugar también ahora, no como recompensa, sino como consecuencia de la relación con Cristo y en virtud de la acción del Espíritu que da vida. Este tipo de alegría, inefable y radiante (1 Pe 1,9), se verifica en las diferentes pruebas históricas que viven los creyentes (1 Pe 1,6) y en la comunión con la pasión de Cristo (1

Pe 4,13) de modo que la alegría llegue a su plenitud en la revelación última de la gloria. Esa doble dimensión es la verdadera dicha de la bienaventuranza petrina (1 Pe 4,14).

La alegría de las Bienaventuranzas es la alegría del Espíritu

116. La proclamación de la dicha cristiana en medio del sufrimiento, según la bienaventuranza de 1 Pe 4,14, se fundamenta en que el Espíritu de la gloria reposa sobre los creyentes: *“Si los ultrajan por el nombre de Cristo, dichosos ustedes, porque el Espíritu de la gloria, que es el Dios, reposa sobre ustedes”*. La oración causal es una cita ampliada de Is 11,2 y proyecta sobre los cristianos que sufren el don mesiánico del Espíritu de Dios, propio del descendiente de David que instaurará la justicia, la verdad y la paz. Mas la Carta primera de Pedro modifica el tiempo verbal del texto profético y en lugar del futuro constata en presente la realidad inmediata de la presencia del Espíritu de Dios en todos aquellos que sufren ultrajes, calumnias y difamaciones por causa de Cristo. Por eso la alegría es una señal de identidad en la vida cristiana. El Espíritu Santo está actuando constantemente y se manifiesta por medio de la pluralidad de dones: *“amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley”* (Gál 5,22).

III. LA ALEGRÍA DESBORDANTE POR LA MISERICORDIA DE DIOS

La alegría del Padre brota de su misericordia entrañable (Lc 15,11-32)

117. La revelación divina manifiesta la alegría del Padre en las parábolas de la alegría del evangelista Lucas: *“Así será la alegría en el cielo por un pecador convertido”* (Lc 15,7; cfr. Lc 15,10), pero especialmente en la de la gran alegría, la del hijo pródigo: *“Había que hacer fiesta y alegrarse porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida, y estaba perdido y se le encontró”* (Lc 15,32). En esta parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) El padre es el protagonista central de esta parábola. El padre es la imagen viva del Dios amor que Jesús de Nazaret nos ha revelado. Es padre de los dos hijos y con los dos se comporta en todo momento como tal. Respetando la libertad del primero, lamenta su extravío y anhela su vuelta, esperándolo cada día. El amor paciente y dolorido del padre se torna apasionado y feliz al ver de nuevo el retorno voluntario de su hijo. El amor del padre que perdona se expresa en la serie de verbos que muestran su grandeza. Aquí aparece el verbo de la misericordia entrañable (en

griego, *splanjizomai*, σπλαγχνίζομαι), el verbo que conmueve profundamente y conmociona al padre del hijo caído en desgracia. Una conmoción entrañable le impulsa a aquel padre a correr hacia el hijo perdido, a abrazarse a su cuello y a besarlo. Es el amor en acción, convertido en gestos apasionados por el reencuentro del hijo perdido. Con permiso del papa Francisco, podríamos traducirlo como “*misericomdear*”, es decir, la misericordia hecha acción, que implica una profunda conmoción, interior y espiritual, que se verifica en un despliegue de acciones que expresan el amor gratuito.

La alegría del perdón se expresa en el beso entrañable y en la gran fiesta

118. En esta parábola de la gran alegría la conmoción del padre que “misericomdea” culmina en un beso efusivo y en la fiesta que desencadena. Es el beso de un padre condolido a un hijo perdido. Es un beso efusivo e insistente, que expresa una gran ternura y celebra en silencio la gran alegría de un padre conmocionado, que hará fiesta mayor después con el ternero cebado. El besazo del padre abrazado a su hijo es el culmen del encuentro del hijo perdido y arrepentido con el padre misericordioso. Este besazo expresa el amor apasionado del padre, que trasciende el afecto paternofilial y lo supera, en virtud de la situación de miseria en que se encontraba aquel hijo perdido y del amor excelso del padre. Es el amor que perdona, que todo lo excusa y todo lo espera. Es el amor que no pasa nunca, la misericordia eterna y divina. Así es como Dios nos quiere, nos perdona y nos llena de alegría.

La alegría de Jesús tiene su fuente en el amor divino

119. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, Jesús es también el Buen Pastor que experimenta la alegría cuando encuentra a la oveja perdida: “*Al encontrarla, la pone sobre sus hombros, gozoso*” (Lc 15,5). “Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, porque así fue de Tu agrado” (Lc 10, 21). Pero la singularidad del Evangelio consiste en el anuncio de que Dios nos amó primero: “*Como el Padre me amó, así también yo los amé a ustedes, permanezcan en mi amor*” (Jn 15,9). Y este anuncio de gracia divina está en el origen de todo amor, porque Dios es amor. Ese amor tiene su origen en Dios Padre. En ese amor debemos permanecer. El mandato echa sus raíces en el don del amor de Dios. Y de ahí se sigue la llamada a vivir en el mismo amor, como

consecuencia y no tanto como ley o norma que se impone: “*Ámense unos a otros como yo los amé*” (Jn 15,12).

El amor de la amistad de Jesús lleva a la plenitud de la alegría

120. Este amor de Cristo es el que nos lleva al colmo de la alegría: “*Nadie tiene amor más grande que quien da su vida por sus amigos: Ustedes son mis amigos*” (Jn 15,13-14). El amor de Jesús consiste en exponer la vida a favor de los otros, tal como él hizo en la cruz. Ése es el amor que revela al Padre, y que constituye la alegría en plenitud para la vida humana. Jesús llama *amigos* a sus discípulos y a todos nosotros, porque nos ha contado todo su secreto y su misterio, porque nos ha revelado la verdad más profunda de Dios, la que nos proporciona la alegría más plena. Y desde esa amistad se entiende también el mandamiento repetido del amor mutuo: “*Que se amen ustedes unos a otros*” (Jn 15,12.15). Es el mandamiento “nuevo” porque no nace del imperativo de la ley sino de la gracia de la amistad, como una consecuencia de la misma, y cuyas exigencias no se computan como obligaciones sino como respuestas al amor primero, el de la amistad nuestra con Jesús.

La alegría procedente del amor sacrificial es el colmo del amor

121. También San Pablo anuncia la alegría de la fe en sus cartas, como un don del Espíritu en los creyentes, propiciado por el Evangelio y la acogida del mismo (1 Tes 1,6; 3,9). La carta a los Filipenses ofrece los componentes genuinos de la alegría en la vida cristiana y la presenta como el talante propio de la oración (Flp 1,4), que tiene su centro en Cristo (Flp 1,18) y es el don permanente del Espíritu. La alegría es la manifestación más viva de la esperanza (Flp 1,20), pero no se puede confundir con un optimismo fácil, ni siquiera con el éxito en la acción. No es la razón de la alegría cristiana el hecho de que las cosas vayan bien. Pablo estaba en la cárcel al escribir esta carta y lo estaba por ser cristiano (Flp 1,14). La alegría es al mismo tiempo un fruto del amor, del sacrificio por los demás. El sacrificio personal conduce a la alegría cristiana. Creer en Cristo supone sufrir por Cristo (Flp 1,29-30). El sacrificio es la prueba del amor y por eso la alegría que de él se deriva es el colmo del amor. Por eso Cristo muerto y resucitado, el Señor, es el fundamento de la alegría y el Reino de Dios es definido por Pablo como justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo (cfr. Rom 14,17).

La alegría de las bienaventuranzas es exultante como la de la Virgen María

122. María es protagonista en la visita a Isabel y en el canto del Magnificat, y en ambos aparece la alegría y la dicha correspondiente a la fe (Lc 1, 39-45). En la reacción de Isabel ante la cercanía del nacimiento de Jesús destaca su alegría inmensa. La misma alegría que María canta poco después al iniciar el Magnificat es la que Isabel comunica al decir que la criatura “saltó de alegría” en su vientre. Los labios de Isabel proclaman dichosa a María: “Dichosa tú que has creído que se cumplirá lo que dice el Señor. El Magnificat (Lc 1,46-55) es la exultante manifestación del credo mariano. En él aparecen los términos de la alegría (“*se alegra mi espíritu*”, Lc 1,47: ἀγαλλιαω) y de la dicha en el verbo “felicitar” μακαρίζειν (“*me felicitarán todas las generaciones*”, Lc 1,48). Unirse a María en su canto nos permite identificarnos con ella en el descubrimiento gozoso del Dios de los pobres, del Dios de la misericordia que actúa en la historia suscitando, generación tras generación, la liberación de las personas y de los pueblos a través de los testigos primordiales de su justicia.

La alegría de la presencia del Señor en la acogida al forastero desconocido

123. En Lc 24,29 los discípulos apremian y suplican a Jesús que permanezca con ellos: “*Quédate con nosotros*”. El Resucitado prolonga su presencia en el camino de la vida y en los atardeceres de la incertidumbre, por medio de la oración suplicante de los discípulos cuya mente ha empezado a comprender lo que Jesús decía revelándoles el misterio que acerca de él contienen las Escrituras. En este texto la súplica es la expresión de un deseo o de una necesidad *apremiante*. Los discípulos de Emaús acogen al Señor en su casa y lo invitan a la mesa de la alegría compartida (Lc 23,29). De este modo ellos reproducen la escena de la acogida de Abrahán a los forasteros en la encina de Mamré (Gn 18). Emaús es también paradigma de la hospitalidad y de la acogida a los desconocidos, al extranjero, al forastero, al inmigrante, al refugiado. Sin saber a quien se acoge, en la actitud de la hospitalidad se está acogiendo al Señor Resucitado. El Señor Jesús Resucitado, que se hace invisible tras ser reconocido, es el portador de la permanente presencia de Dios en la acogida al forastero. Este aspecto ilumina espléndidamente la relación que la iglesia debe promover en el marco de la pluralidad de pueblos y culturas

de América. La acogida del otro, del diferente, y la hospitalidad con el inmigrante y el extranjero puede cambiar el rumbo de la historia de enemistades y rivalidades entre los pueblos y superar todo tipo de racismo y de divisiones étnicas y sociales en América.

IV. LA ALEGRÍA EUCARÍSTICA Y MISIONERA

La alegría por la presencia reconocida del Resucitado en el pan partido de la Eucaristía

124. En el relato de Emaús también es importante el lenguaje de los signos y de los gestos concretos. Más allá de las palabras se necesita llegar a compartir y expresarlo a través de signos concretos, tangibles, experimentables por los sentidos. Partir el pan compartiendo los caminos a veces tortuosos de la historia. La celebración eucarística de la fracción del pan es la presencia reconocida y gozosa del Resucitado en el mundo y fuente y cumbre de la vida cristiana. El signo sacramental de la Eucaristía, con todos los gestos profundamente reales y simbólicos que conlleva, hace patente la presencia transformadora de Jesús a través de la comunidad eclesial. La Eucaristía se convierte para todos, creyentes y no creyentes, en el signo sacramental de un dinamismo espiritual nuevo en nuestro mundo. La Iglesia hace de la Eucaristía en nuestro pueblo la mejor expresión del Evangelio, pues toda ella es Palabra de vida y Sacramento de la salvación. El memorial del Señor que se entrega, de su pasión, muerte y resurrección, aquello que Jesús ha ido desvelando con su palabra, ahora se convierte en un pan que expresa lo que es el cuerpo de Jesús y lo que ha sido toda su vida hasta la muerte y resurrección: don de Dios (tomar el pan), agradecimiento al Padre (bendecirlo), amor sacrificado del Hijo (partirlo) y entrega de la vida del Espíritu (darlo).

El dinamismo espiritual del “partir el el pan”

125. Tal como ha expresado el lema del Congreso Eucarístico de Tarija en Bolivia, celebrado en Septiembre del 2015, al acoger las palabras de Benedicto XVI (SaC 88) la Eucaristía es “Pan partido para la vida del mundo”. Entre todos los gestos eucarísticos el de “partir” destaca en todas las versiones eucarísticas del Nuevo Testamento. Este gesto primordial revela en sí mismo la identidad profunda del crucificado y resucitado (Lc 24,35), recapitula todo su misterio y constituye el símbolo primordial de la vida de Cristo y de la Iglesia. Así se expresa todo un dinamismo espiritual de entrega de toda la persona, que está dispuesta a quedar rota, como el

pan, por amor a los demás. Partiendo de la Eucaristía, este dinamismo debe orientar y conducir la transformación de las relaciones humanas y sociales hacia la vivencia cristiana de los valores evangélicos de la fraternidad y de la solidaridad.

La gran alegría de la fracción del pan en la comunidad cristiana primitiva (Hechos 2,46)

126. En los textos relativos a la fracción del pan en los Hechos de los apóstoles se denomina así a la Eucaristía con el sustantivo “fracción”, κλάσις (Hch 2,42) o se alude a ella con el verbo “partir”, κλάω (Hch 2,46; Hch 20;7; Hch 20,11; Hch 27,35), que se refiere siempre al pan. En Hch 2,42 el sustantivo κλάσις que indica la acción de partir el pan forma parte de los elementos constitutivos de la comunidad de los creyentes que eran constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la vida compartida (κοινωνία), en la fracción del pan (κλάσις) y en la oración. En Hch 2,46 se indica que los creyentes partían el pan en las casas y compartían la comida con gran alegría y sencillez de corazón. El término utilizado para la alegría (ἀγαλλιάσις) indica que se trata de una alegría exultante, mesiánica, desbordante. Esa gran alegría se explica por el recuerdo de la Pascua y por la esperanza del banquete mesiánico. En la celebración eucarística participa el mismo Cristo resucitado, misteriosamente y realmente presente, que suscita la gran alegría y la sencillez del corazón como una vida nueva en los creyentes. Ambas notas deberían acompañar todas nuestras celebraciones eucarísticas como encuentro con el Señor Resucitado.

Las actitudes y sentimientos de la persona transformados por la alegría trinitaria.

127. “El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado.” (DA 278). El Papa Francisco dice: el apóstol debe esforzarse por ser una persona educada, serena, entusiasta y alegre, que transmite alegría. El cristiano tiene motivos de alegría porque el Señor ha vencido, el Señor reina, el Señor está a la derecha del Padre, el Señor me ha mirado y me ha enviado, y me ha dado su gracia y me ha hecho hijo del Padre. “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164).

La alegría de la actividad testimonial y misionera de la Iglesia

128. Tras el encuentro con Jesús y el reconocimiento de su identidad, los discípulos de Emaús, llenos de alegría, cambiaron de rumbo su vida y así se convirtieron en testigos públicos del Resucitado, adorado y proclamado a partir de aquí como su Señor. Ellos experimentaron la liberación profunda que significa el paso de una vida sumergida en el absurdo, la frustración y la desesperanza a una conducta nueva, caracterizada por el testimonio gozoso de la presencia viva del Señor. El Evangelio y su contenido fundamental constituyen una palabra potente para cambiar de rumbo la vida de nuestras gentes y la historia de nuestros pueblos en América. En el Concilio Vaticano II se reconoce que la iglesia es, esencialmente y por naturaleza, misionera. La *misionariedad* de la Iglesia ha sido destacada especialmente por el papa Francisco y, en el marco de la doctrina de Aparecida, también nosotros, la Iglesia en América, hemos de avivarla en todas nuestras estructuras y actividades para que anunciemos con la palabra y con la conducta que realmente resucitó el Señor y vive en nuestro caminar.

Una Iglesia gozosa y cercana a los que sufren

129. Particular importancia adquieren desde el relato de Emaús todas aquellas personas que, como Jesús, de algún modo, se hacen ahora compañeros de camino de las víctimas de nuestro mundo en cualquiera de las manifestaciones de sufrimiento en el que el ser humano está sumido, dando testimonio con su solidaridad de que el Viviente se hace presente en medio del dolor de la humanidad. Este testimonio se hace especialmente relevante en nuestra Iglesia americana mediante la asunción de “la opción preferencial y evangélica por los pobres”. Así se lleva a cabo entre nosotros lo que el Concilio Vaticano II empieza diciendo en la *Gaudium et Spes* 1: “El gozo y la esperanza, las lágrimas y las angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo”.

COMUNIÓN Y RECONCILIACIÓN DESDE LA MISERICORDIA

I. LA MISERICORDIA, FUENTE DE RECONCILIACIÓN Y COMUNIÓN

La Comunión es atributo esencial del Dios Amor

130. La palabra “*Comunión*” hace referencia a la participación en algo común y ya desde la creación del hombre se manifiesta como elemento esencial de la naturaleza de Dios, que es transmitido a su criatura el hombre: “Dijo Dios: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*” (Gn 1,26). El plural “*hagamos*” indica ya la comunión intratrinitaria de Dios y se proyecta en el hombre hecho a “*imagen y semejanza*” del creador. La humanidad está llamada a vivir en comunión entre sí y con su entorno, hasta tal punto que el relato de la creación les “*entrega*” todas las demás criaturas (Gn. 1,29).

La reconciliación es el restablecimiento de la relación rota

131. La palabra *Reconciliación* nos remite de inmediato a algo roto, dividido, necesitado de re-unión, de re-construcción. Y nos viene la imagen, propuesta por el papa Francisco, de la necesidad que tenemos, a todos los niveles, de “*tender puentes y romper muros*”. Es lo que repetidamente hizo Dios; es su modo de ser, “*lleno de ternura y de piedad*” (Ex 34,6), que habla de paz a su pueblo (Sal 86,9). Y donde por el pecado surgió la ruptura, Dios inaugurará una nueva y eterna alianza (Jer 31,31ss) y ofrecerá el perdón a la esposa infiel (Os 18,31ss) y a sus hijos rebeldes (Ez 18,31ss). Es una reconciliación, que sabe de la ofensa, del pecado y del perdón (Jr 18,33). La iniciativa siempre parte de Dios (Is 44,22) y es un regalo de su misericordia (Ex 34,6) y de su fidelidad a la Alianza (Nm 14,19). Repercute con fuerza la paloma y su rama de olivo y el altar de Noé tras el diluvio, y las palabras del Señor: “*Nunca más maldeciré la tierra por culpa del hombre, pues veo que desde su infancia está inclinado al mal*” (Gn 8,9). Sólo cuando se restaura la relación con Dios, pueden sanarse en profundidad las relaciones con las demás personas y establecerse la relación de comunión.

Desde el Antiguo Testamento una historia de rupturas y pecado

132. Dios se manifiesta creador del universo y como con manos de alfarero se dedicó a la formación del ser humano. Y, lógicamente, le salió una obra perfecta; nada menos que “a imagen y semejanza suya” (Gn 1,26). Pero aparece casi de inmediato otro protagonista: el pecado. Algo se rompe en lo más íntimo de la criatura humana, que desbarata la comunión con Dios y distorsiona su relación con las demás criaturas. Es una situación de ruptura y soledad que se prolongará como si estuviéramos “*vendidos al poder del pecado*” (Rm 7,24). El pecado se irá multiplicando con increíble rapidez en la humanidad, que se rebela contra Dios, se inventa sus ídolos, reniega de los consejos divinos y llega al homicidio; embarcada en un proceso de degeneración espiritual y moral. El pecado afecta a la persona entera: no se reduce a la esfera de nuestro mundo interior, sino que se proyecta en la convivencia con los demás (Gn 3,12-13). La ruptura de los primeros pobladores de nuestro planeta inició la larga historia de egoísmos, envidias, agresividades, con fratricidio incluido (Gn 4,1-11); y se fue alargando como la misma historia humana: mucha sangre derramada, que clama al cielo (Mt 23,35), mucho abuso del poder, y demasiado odio y resentimiento sembrado en el corazón de la humanidad, que nos incapacita para la normal convivencia y para la paz. Lo de hermanos pareciera frecuentemente sólo un ideal, y la comunión fraterna un imposible.

El Dios con entrañas de Misericordia en el Antiguo Testamento

133. El Antiguo Testamento nos ofrece la progresiva revelación de Dios, perfilando su imagen amorosa bajo la marca de la misericordia. El esplendor de la teofanía en el monte Sinaí queda enmarcada en el amor de un Dios misericordioso (Ex 19-20), porque Dios, que es amor, es fiel a sí mismo. La misericordia es la expresión de su perfección, ya que es “la mayor de todas las virtudes” (EG 37). La mayor, y la más íntima, la más suya... y también nuestra, por la experiencia que tenemos de ella, como destinatarios y como anunciadores. Una imagen de antropología bíblica sitúa la misericordia en las vísceras del cuerpo humano, en las entrañas (*rahamim*) del seno materno (cf Is 49,5), es decir, en lo más hondo del propio ser, hablando del cuidado y la ternura que toda madre vuelca en su hijo, y que significativamente se aplica a Dios.

“Porque es eterna su misericordia” (Sal 136)

134. Así viene revelado en Moisés y en los Salmos (Sal 104; 8; 13); y nos sonarán a maravilloso estribillo las palabras del Salmo 136, recitadas en la liturgia frecuentemente: *“Eterna es su misericordia”*. Isaías, en respuesta a la queja de abandono por parte del pueblo, nos deja un texto emblemático: *“Pero, ¿puede una mujer olvidarse del niño que cría o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque se encontrara alguna que lo olvidase, ¡Yo nunca me olvidaría de ti!”* (Is 49,15). Y el profeta Oseas abre un horizonte nuevo en la vida de la humanidad: a diferencia del proceder humano, el de Dios es otro: *“Me da un vuelco el corazón...pues yo soy Dios y no un hombre”* (Os 11,8s). Efectivamente, la diferencia es abismal. Y la grandeza de Dios y su perfección se hacen más espléndidas en su abajamiento hacia una humanidad siempre necesitada de compasión y misericordia. Y es que Dios ama como sólo ÉL sabe hacerlo.

La misericordia revela el rostro del amor de Dios ante el hombre en su situación de miseria

135. La misericordia es el rostro polifacético del amor de Dios ante la miseria del hombre, al cual Dios le ofrece la ayuda concreta y adecuada mediante sus misericordias, es decir, mediante sus obras concretas de misericordia. Los términos principales de la misericordia en el Antiguo Testamento son *hesed, hanan y rahamim*, los cuales aparecen en los textos que nos hablan de un Dios *rico en misericordia* viva y eterna (Éx 34,6-7; 20,6; Nm 14,18-19; Dt 5,10; 7,9; 2 Cro 8,23; 30,9; Neh 9,17.32; Jl 2,13; Jon 4,2 ; Sal 86,5.15; 103,4). La misericordia de Dios es *liberadora* (Éx 15,13; Dt 7,8-9; Is 63,7-9; Sal 103; 6-8; 106,1.7.45; 136,10-24), revela su *perdón* (Os 2,21-25; (cf.11,8-9); Is 49,15; 54,7-10; Jr 2,2; 31,3.31-34; Sal 25,6-10) y es el fundamento de *la justicia y de la verdad* (Jr 9,23; Os 10,12; Os 2,21; Is 16,5; 1 Re 3,6; Prov 16,6; Prov 20,28; Sal 85,11; Sal 51,1ss; 36,6-8.11; Sal 33,5). La misericordia se orienta a los *necesitados y excluidos* (Zac 7,9-10; Sal 107,1-9.14.41; 145,8.14; 146,6-9) y es *fuentes inagotable de alegría* (Is 54,1-10; 35,1-10; Sal 13,6; Sal 90, 13-17; Sal 31,8; Sal 63,4-6).

Misericordia quiero y no sacrificios (Os 6,6)

136. Esa misericordia es la que Dios quiere también entre los seres humanos, tal como refleja la expresión de Oseas: *“Misericordia quiero y no sacrificios”* (Os 6,6; cf. Mt 9,13; 12,7; Mi 6,8; Is 58,6-10). El principal

término hebreo, traducido como misericordia, es *hesed*, aunque también forman parte del vocabulario de la misericordia los términos *hanan* (gracia y bondad) y *rahamim* (entrañas de misericordia). Cotejando todos los textos bíblicos donde aparecen todos estos términos, y particularmente *hesed*, se puede apreciar que se trata de una cualidad con dos significados fundamentales: misericordia, en el sentido de benevolencia gratuita, de otorgar gracia y favor, y lealtad, que resalta el aspecto de compromiso y fidelidad. *Hesed* no aparece en ningún caso como un sentimiento vaporoso y transitorio, ni como un concepto abstracto o una declaración de buenas intenciones, sino como un modo concreto de actuar en favor del otro. Tiene un matiz fundamental de gracia y de generosidad que supone una consideración del otro como persona valiosa aunque pueda tratarse de alguien visto como inferior.

La misericordia es derroche de gratuidad amorosa desbordante

137. Además *hesed* es un derroche de gratuidad indebida, una acción liberadora y, en cierto modo, inesperada que va más allá de lo previsible. A veces *hesed* fundamenta un compromiso y, por su carácter de amor leal y fiel a sí mismo, permite renovarlo superando las rupturas, ya que prevalece a pesar del pecado. Es una inclinación amorosa en favor del otro, un amor desbordante que excede los límites de la justicia y por ello uno de sus frutos principales es el perdón. El *hesed* se hace especialmente presente en la debilidad y en el sufrimiento humano como salvación, liberación y perdón. Pero *hesed* no es sólo pura acción ni se agota en ella, sino que es una disposición activa que anida en el núcleo más íntimo del ser y que necesariamente se traduce en acción a favor del otro. Por último, *hesed* es también una cualidad que tempera el ejercicio de la justicia y el derecho, haciendo que se administren siempre a la medida del hombre y en función de su salvación. La vinculación del *hesed* a la justicia hace que ésta no se identifique con la imparcialidad sino que se incline hacia los más débiles y desamparados.

La misericordia en el Nuevo Testamento es la persona de Jesucristo

138. El Papa Francisco con ha recordado en el año jubilar de la misericordia (2016) que Jesucristo es el rostro vivo de la misericordia del Padre (MV 1) y nos ha invitado en el lema del mismo a poner en práctica la misericordia entre nosotros siguiendo la llamada del Evangelio de Lucas: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*” (Lc 6,36). El panorama que Jesús encuentra se ve atravesado de sufrimiento, de hambre

y de injusticia a la orilla de todos los caminos, con enfermos y pobres, con lisiados y endemoniados, con toda una exposición permanente de la miseria humana, que Jesús descubre y no evita; antes bien hace histórica la misión para la que había venido a este mundo (Lc 4,16-21).

La humanidad sumida en la miseria se encuentra con Jesús

139. Y durante la vida pública, terrenal, de Jesús, va desfilando ante él una humanidad aquejada de toda clase de males y siempre necesitada del corazón misericordioso y de la palabra sanadora del Señor: los diez leprosos, estigmatizados y separados de la circulación humana (Lc 17,13); el ciego de Jericó, que grita su esperanza y ora como sólo un ciego puede hacerlo (Mc 10,47); la cananea, que aguanta el duro diálogo de Jesús y le roba el milagro (Mt 15,22); el leproso, que desobedece a Jesús y grita su carne recién estrenada (Mc 1,41); las lágrimas de la viuda de Naín, que enternecen a Jesús y hacen que “despierte” a su hijo (Lc 7,13); y toda una lista larga de hombres y mujeres, que gustaron del amor misericordioso de Jesús de Nazaret: sanando, perdonando, liberando de toda clase de males, defendiendo a los pequeños, a los débiles, acogiendo y hasta elogiando a los extranjeros. Atento siempre a la situación personal de cada uno, y al hambre y al desamparo de las multitudes (Mt 9,36; 14,14; 15,32). Jesús “*tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*” (Mt 8,17). En su debilidad humana revela el misterio amoroso de Dios que le había dicho a Moisés: “*he visto la aflicción de mi pueblo,... he oído su clamor,... he bajado para liberarlo*” (cf. Éx 3,7-8). Ahora Dios en Jesús ya no está en la nube del Sinaí o en el monte Horeb sino que está pisando esta tierra nuestra, en la llanura de la vida.

El prójimo samaritano, paradigma de la misericordia hacia los otros

140. En todo el evangelio de Lucas se presenta a Jesús como el profeta de la misericordia. Y la lección magistral de Jesús acerca del prójimo es la gran parábola conocida como la del *buen Samaritano* (Lc 10,29-37). Con ella Jesús responde a la pregunta capciosa y teórica, “¿quién es mi prójimo?”, realizada por un letrado que pretendía justificarse eludiendo toda responsabilidad acerca del mandamiento del amor al prójimo (Lv 19,18). Jesús, sin embargo, responde interpelando directamente y con ejemplos concretos mediante dicha parábola. Ante la penosa situación de un hombre, víctima de un asalto y ya medio muerto en los márgenes de la vida, reaccionan de forma diferente tres personajes. Frente a la indiferencia del sacerdote judío y del levita Jesús resalta la ejemplaridad del que se

hizo prójimo de aquel ser humano sumido en la miseria. El prójimo era un samaritano, es decir, un extraño, del cual se nos describen hasta siete acciones de ayuda concreta, siete obras de misericordia (el número siete evoca la plenitud y la perfección) que pueden ser el paradigma de la relación de la misericordia: “*se conmovió y, acercándose, vendó sus heridas, echando aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él*”.

Centrar el corazón en el “otro” que se encuentra en situación de miseria

141. En el centro de ese relato sobresale un verbo, que es el exponente máximo del amor protagonizado por el forastero samaritano ante el “otro” necesitado. El verbo se traduce habitualmente como “conmoverse”, “sentir compasión” o “sentir lástima”, “conmocionarse” y otros sinónimos. Se trata de un movimiento interior que implica a toda la persona en ese movimiento, tan interior que es profundamente espiritual, pero no es un mero sentimiento sino que se verifica en un despliegue de acciones de ayuda que expresan el amor gratuito hacia la persona necesitada. Anteriormente vimos que el Papa Francisco ha redescubierto y destacado el verbo “*misericondear*”, mediante el cual se resalta la profundidad del contenido etimológico de la palabra “misericordia”: el corazón volcado hacia el otro en situación de miseria, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, y al que se le presta ayuda adecuada y concreta. El término griego original, *σπλαγχνίζομαι*, es un verbo que implica un movimiento profundo, físico, interior, desde las “entrañas” (*σπλάγχνα*) como cuando decimos “me da un vuelco el corazón”. Es un amor que nace de las vísceras y es apasionado, afecta a toda la persona y la pone en movimiento hacia la persona amada. Es un amor profundamente espiritual, puesto que pone en marcha al ser humano para que pueda atender con la fuerza del espíritu la miseria humana presente en el otro.

“Misericondear” es realizar las obras de amor que el otro necesita

142. Misericondear es, por tanto, actuar movido por el Espíritu con un inmenso amor que genera todas las acciones necesarias para atender al otro y restituirlo a la vida y a la dignidad. Es el amor que lleva consigo la valoración y el reconocimiento del otro en cuanto tal, independientemente de su procedencia y de su identidad social, étnica, cultural o religiosa. Es el amor que acoge al otro y se compromete con él para cambiar su situación penosa y miserable, movido siempre por la esperanza

inquebrantable. Pero es un amor que mueve a la acción. Por todo ello la misericordia es el paradigma del amor cristiano y se traduce en múltiples obras de misericordia, por lo cual resulta preciosa la interpretación del papa al destacar el verbo “misericordear”. Asumir este nuevo término papal, “misericordear”, puede contribuir a crear una realidad nueva de cultura samaritana en nuestro mundo, y sería sin duda una gran aportación misionera específicamente evangelizadora, pues la palabra es creadora.

Aproximarse con misericordia es hacerse prójimo del otro

143. También destaca en la parábola del samaritano el verbo “acercarse”, es decir, “aproximarse” al otro. Se trata de establecer una relación inmediata de empatía, que permite ir hasta el lugar del otro, ponerse en el lugar del otro, pero sin dejar de ser lo que uno es. Este verbo es el que nos permite identificar esta parábola como la del “prójimo” samaritano, porque prójimo no es, en primera instancia, el otro, sino el que “se aproxima” al necesitado. Todas las acciones restantes son consecuencia de las dos anteriores y verifican la misericordia, expresan una actividad inmediata y conlleva una reorientación de la vida y del camino a seguir, para hacer un camino junto al necesitado, acompañándolo hasta comprometerse con él en el cuidado permanente hasta que se rehabilite para la vida ordinaria y digna. Hacerse prójimo del otro es hacer algo en favor de los maltratados de este mundo, de los dañados y de los sufrientes que encontramos a la vera de nuestro caminar, no se trata de teorizar. El prójimo es todo ser humano que esté cerca del otro en situación de sufrimiento. Cuando uno se acerca al que sufre con auténtica misericordia, el que sufre se acerca a nosotros y es ya también nuestro “prójimo”, como consecuencia y resultado de la primera acción del amor del que se ha hecho próximo al otro.

La misión primordial consiste en misericordear

144. Esta nueva mentalidad es la que deriva de la misericordia entrañable de Jesús, que como tantas veces en los evangelios, va desvelando el amor de Dios en él y su concentración en los últimos de la sociedad, en los marginados y en los pobres. Es preciso poner manos a la obra en todos los frentes necesarios, desde la inmediatez de las urgencias que nos apremian en los rostros desfigurados y en los cuerpos rotos de los hermanos hasta la proyección de transformaciones estructurales, mentales, sociales y políticas que conduzcan, desde el amor misericordioso, a la incorporación a la vida digna de todos los desvalidos, maltratados, desheredados y

empobrecidos. Éste es el Evangelio de la Misericordia, que nos orienta a vivir nuestra vida siendo “misericordiosos como el Padre”. La misión es misericordear.

El perdón del pecado y la liberación integral del ser humano

145. Jesús vino a liberarnos del pecado y a salvarnos. Él hizo de su preferencia y opción por los pobres y excluidos el signo más inmediato de su amor. Por eso la misericordia cristiana se orienta hacia una visión integral de la salvación, que se proyecta también en los aspectos materiales y sociales de la humanidad. Por ello estas dimensiones ocupan también un espacio fundamental en el mensaje de salvación de Jesús.

Las parábolas de la misericordia y de la alegría

146. Es en el sermón de la nueva felicidad anunciada donde la misericordia adquiere categoría de Bienaventuranza (Mt 5,7); y también en las parábolas de la misericordia, como la de la oveja perdida (Lc 15,1-7) y la de la moneda extraviada (Lc 15,8-9); en ambas, la angustia y la búsqueda afanosa se transforma en gozosa celebración. Así es Dios con el ser humano. Por eso la parábola fundamental de la misericordia divina es la del Hijo pródigo, que mejor deberíamos titular como la del Padre misericordioso (Lc 15,11-32). Todas ellas revelan la alegría por el hallazgo de algo perdido.

La parábola del Padre bueno, camino de reconciliación

147. El gozo divino es el reencuentro de la persona arrepentida, su vuelta al Padre, abierto siempre a la conversión del hijo que desanda el camino que le ha alejado de la casa paterna. El padre de la parábola revela a un Dios-bondad, que todo lo “cubre” y que todo lo perdona y que no necesita la petición de perdón por parte del pecador más que para que éste reconozca su verdad y experimente gozosamente la inmensidad del amor que perdona de antemano. Es la parábola que nos introduce en el corazón mismo del evangelio, donde se revela que la mayor dicha y alegría de la vida consiste en dar y no tanto en recibir, en perdonar y no tanto en acusar. Dios es más feliz perdonando que nosotros siendo perdonados y la generosidad y bondad de Dios está por encima de toda expectativa humana. Por ahí anda el misterio del amor divino. Es el gozo de la vida nueva y de la gratuidad que define al auténtico amor. Dios es feliz cargando sobre los hombros a la oveja perdida y encendiendo la lámpara para barrer la casa y poder

celebrar un día la moneda de nuestras vidas recobradas; es feliz abrazando y revistiendo de hijo al que había derrochado su herencia paterna. Y por nuestra parte, no seamos como el soso hermano mayor, cuyo puritanismo le seca el corazón.

II. LA RECONCILIACIÓN COMO TAREA MISIONERA

La reconciliación, gracia de Dios y misión de la Iglesia

148. Pablo nos da cuenta de esta inconcebible pero real historia de amor (Rm 5,6-10): frente al pecado y la ofensa se propone el evangelio de la reconciliación (Ef 6,15), que encuentra su raíz en el texto de la Segunda carta a los Corintios: “*Donde hay un cristiano hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado; miren, existe algo nuevo. Y todo esto es obra de Dios, que nos reconcilió consigo a través de Cristo y nos encomendó el servicio de la reconciliación...poniendo en nuestras manos el mensaje de la reconciliación...Por Cristo se lo pido, ¡déjense reconciliar con Dios!*” (2Cor 5,17-20). Nos lo grita Pablo, el agresor de la primera hora de la Iglesia de Jesús y, “*en tiempo oportuno*”, gran reconciliado. Definitivamente la reconciliación está asociada a Jesús, y sólo puede participar de ella aquel que desea reconciliarse, pues Dios nunca actúa al margen del ser humano. Así pues, la Reconciliación pertenece al corazón del Evangelio y eso obliga a la Iglesia a seguir ejerciendo incansablemente el ministerio de la Reconciliación.

La reconciliación fraterna nace de la reconciliación con Dios

149. La comunión alcanzada en la sangre reconciliadora de Cristo nos da la fuerza para ser constructores de puentes, anunciadores de verdad, bálsamo para las heridas (DA 535). La reconciliación está en el corazón de la vida cristiana. Es iniciativa propia de Dios en busca de nuestra amistad, que comporta consigo la necesaria reconciliación con el hermano. Se trata de una reconciliación que necesitamos en los diversos ámbitos y en todos y entre todos nuestros países. Esta reconciliación fraterna presupone la reconciliación con Dios, fuente única de gracia y de perdón, que alcanza su expresión y realización en el sacramento de la penitencia que Dios nos regala a través de la Iglesia.

El Dios de la misericordia es reconciliador

150. Reconocemos que el ser humano no es capaz ni digno de

reconciliación. Ésta es un regalo y nos lo hizo el mismo Dios en su Hijo: “*Todo nos viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por Cristo*” (2 Cor 5,18), que ha sido el puente tendido entre Dios y la humanidad, delineando el “camino de la reconciliación” para todos. Un espléndido regalo, que es la base de todas las demás formas de reconciliación cristiana. Y lo que aparece en Romanos (Rom 5,1-11), donde Pablo describe la paz que ahora tenemos con Dios, se extiende y es acontecimiento de reconciliación entre los seres humanos, entre judíos y gentiles, en cumplimiento de la promesa: una sola vida en Cristo, que ha derribado el muro de la hostilidad y los ha hecho conciudadanos del Reino de Dios: un solo pueblo, un solo cuerpo: “los reconcilió con Dios por la cruz” (Ef 2,12-20), y todo se nos hace motivo para la esperanza.

La reconciliación en el Nuevo Testamento

151. El Apóstol de los Gentiles es quien trata de manera preferente el tema de la reconciliación, empleando para ello el verbo “reconciliar”, καταλλάσσω (seis veces: Rom 5,10-11; 1Cor 7,11; 2Cor 5,18.19.20), la variante de ese mismo verbo “reconciliar”, καταλλάσσω (tres veces: Ef 2,16 y Col 1,20.22) y el sustantivo “reconciliación”, καταλλαγή (cuatro veces: Rom 5,11; 11,15; 2Cor 5,18.19). Pero también se habla de la idea de reconciliación en Mt 5,23-24 y en Hch 7,26, aunque allí se usan otras expresiones. Deben centrar nuestra atención los dos textos principales de Pablo, el de la carta a los Romanos: «*Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación*» (Rom 5,10-11) y el de la segunda carta a los Corintios: «*Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!*» (2Cor 5,18-20).

Cristo es reconciliación viva

152. Cristo es reconciliación viva. Cristo es el abrazo personal entre Dios y los hombres. Cristo es nuestra paz. Él se hizo responsable de nuestros

pecados, cargó con ellos y los clavó en la cruz. Tarea nuestra es actualizar esta reconciliación de Cristo, seguir anunciando la paz y trabajar por ella. Reconciliar unos hombres con otros, unos pueblos con otros, y todos, el mundo entero, con Dios. ¡Qué tarea más difícil, pero a la vez qué gratificante, la de reconciliar personas, familias, Iglesias, regiones, pueblos, etnias, Estados! Sigue siendo necesaria la cruz, la de Cristo y la nuestra, extender bien los brazos para abrazar al mundo. Hay que derribar primero muchos muros de incomprensión, odios y resentimientos, injusticias y opresiones... Pero todo es viejo y «lo antiguo ya ha pasado». En Cristo ya ha empezado algo «nuevo».

La reconciliación mediante la muerte y resurrección del Señor Jesús

153. Mediante su Pasión, Muerte y Resurrección el Señor Jesús nos da el don de la reconciliación. Gracias a Él, las rupturas producidas por el pecado son sanadas y podemos acercarnos nuevamente a Dios Padre, hechos hijos en el Hijo, viviendo al mismo tiempo en unidad con nosotros mismos, con nuestros hermanos humanos y con la creación toda. Pero la actualización del don reconciliador dado por el Padre en Jesucristo es obra del Espíritu Santo. Si el Espíritu es el Amor que une y vincula, entonces su función es hacer patente la comunión obtenida por la reconciliación. Esto es especialmente visible en Pentecostés. A la dinámica de ruptura y de separación creada por el pecado, se contraponen la dinámica de unidad y de cercanía creada por el Paráclito en este momento decisivo: «Según estas promesas, en los “últimos tiempos”, el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz».

III. EL ESPÍRITU DEL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN

La reconciliación requiere el reconocimiento del mal realizado

154. En las relaciones humanas y sociales el perdón cristiano hay que percibirlo como un reencuentro sacramental. Como en todo encuentro, se da una relación interpersonal. En dicho encuentro, esa relación se produce entre el “*pecador*” y la “*víctima*” que ha sufrido las consecuencias y los daños producidos por el pecado o agresión cometido. En este reencuentro puede haber intermediarios que faciliten o provoquen dicho encuentro o no. Este reencuentro comienza a ser posible de tres maneras: 1) cuando el

pecador se mueve a compasión al percatarse del daño, dolor y sufrimiento que ha producido su pecado —es decir, al ver en el Crucificado las huellas de su pecado—; o bien 2) al sentir en sí mismo, como pecador, las consecuencias negativas de su pecado, es decir, al reconocerse, a sí mismo, también como víctima, percibiendo las consecuencias de degradación humana a la que le ha llevado su propio pecado (como en la parábola del hijo pródigo); o bien 3) como resultado de ambas percepciones a la vez.

El perdón gratuito convierte al pecador en un reconciliado

155. En el otro lado del reencuentro está la víctima que o bien aguarda que se le pida perdón, o bien, queriendo renovar la relación rota por el pecado, toma la iniciativa de ofrecer su perdón. Este reencuentro es un encuentro de gracia y no es exigible por derecho. Es un acto de generosidad y de gracia sanadora y regeneradora. El perdón supone claramente un acto de cesión gratuita: el perdón ni se debe ni se tiene derecho a él. El pecador o agresor, por su parte, cuando se deja iluminar por la verdad, se reconvierte en alguien más humano, en alguien que, desde la experiencia propia del mal cometido, aprende a discernir entre el bien y el mal; además, el don recibido del perdón lo convierte en un *reconciliado*, que deja de cargar permanentemente con la mancha y la vergüenza de su fechoría, de su pecado, de su delito, es decir, deja de ser un marcado para ser un *reconciliado*

El perdón conduce a la reconciliación y a la liberación

156. El perdón se practica en un proceso que lleva a la reconciliación. Cuando se practica el perdón no se puede decir: “Ni olvido ni perdono”, ni tampoco: “borrón y cuenta nueva”. Ciertamente el perdón olvida pero no es desmemoriado. El perdón exige que, de una u otra forma, el agresor y la víctima recorran “de nuevo”, juntos, ahora de forma sana, la misma historia que acabó en desgracia por la agresión, o por el pecado. El perdón es un acto salvador que se opone al acto condenatorio. Es un acto difícil del amor, puesto que hay que vencer el instinto de devolución de la ofensa. Con el acto del perdón se rompe el círculo vicioso de devolver mal por mal. Con el perdón se rompe la cadena de la espiral de la violencia y por ello el perdón es un proceso de liberación.

El perdón es un acto salvador y regenerador

157. El perdón es un acto salvador por excelencia porque regenera al pecador, regenera a los otros y regenera el tejido social donde se produjo el acto pecador. Sólo quien perdona salva de verdad y en plenitud. Pero para que ello sea así, supone que perdonar no es un simple acto de olvidar el pecado. Perdonar supone sanar al pecador y, a la vez, debe sanar la realidad donde se produjo el pecado y debe sanar la realidad que fue dañada por el pecado. Perdonar es, por consiguiente, un compromiso transformador de la realidad, de esa realidad que ha facilitado o provocado el pecado, y un compromiso con la compensación del daño causado en esa realidad a causa del pecado. De este modo perdonar es hacer que “sobreabunde la gracia donde abunda el pecado”.

El Crucificado, intermediario del perdón y de la reconciliación

158. El perdón es algo típico y originalmente cristiano. Se aprende a perdonar con el Crucificado en la Cruz que perdona a sus verdugos. He aquí a un hombre auténtico. Está íntimamente ligado a una forma excelsa de amar. Es tan extraordinariamente humano que sólo puede ser divino. Sólo Dios puede llevar hasta el extremo este amor que acaba en la Cruz, como sacramento de perdón y sanación universal del pecado y de todo pecado. Desde la cruz no hay pecado que no pueda y no deba ser perdonado. Sólo se exige el deseo de perdón por parte del pecador. El Crucificado es el intermediario, libre de toda culpa e inocente, que actúa como reflejo, como espejo, en el que queda reflejada la injusticia de la situación y actúa como juez y sentencia. Dictamina la injusticia de la situación, pero emite un juicio absolutorio al cual se puede acoger el culpable.

Sólo el perdón regenera lo destruido por el pecado

159. No es suficiente decir que "hay que odiar el pecado y amar al pecador". El pecado no hay que odiarlo, hay que erradicarlo. El perdón tiene mucho que ver con el compromiso por la transformación de la sociedad en una sociedad más justa y fraterna; y, a la vez, no se puede transformar la sociedad si no se introduce en su seno la práctica del perdón. Ésta es una dimensión profundamente misionera del perdón. El castigo no rehace la convivencia rota por el pecado ni repara la justicia y el derecho. Sólo el perdón es capaz de recrear y regenerar lo destruido por el pecado. El castigo sólo es bueno si ayuda al pecador a reconocer las consecuencias de su pecado, a reconocerse pecador y, por tanto, a disponerse a pedir perdón.

Pero esto no lo hará si se encuentra en medio de una cultura que no sabe perdonar, que no perdona y que es vengativa. Por ello no tiene sentido en nuestros Estados ni la pena de muerte ni la cadena perpetua. Más bien, por el contrario, encubrirá con nuevas mentiras, autojustificaciones y delitos, su pecado. Vivir la espiritualidad del perdón, posibilita el crear condiciones de posibilidad de una sociedad pacificada en el futuro y, en el presente, de una reconciliación social.

El perdón, actividad plenamente humana y divina

160. El perdón es la actividad más plenamente humana; es tan humana que es divina. El perdón es un privilegio del cristiano, pero, a la vez, es patrimonio de la humanidad. Sólo los hombres y mujeres que alcanzan su plenitud y madurez humana son capaces de perdonar; el perdón es característica de las sociedades más avanzadas y civilizadas. La solución de los conflictos mediante el recurso a la fuerza, la venganza o el castigo es síntoma de sociedades e individuos débiles, con déficit de madurez con poca o ninguna autoridad moral para resolver los conflictos sin ese recurso adicional que es el castigo, el látigo o la fuerza. El ejercicio del perdón nos reconstruye y nos hace verdaderas personas humanas. El perdón es el camino más auténtico, la salida más real, la solución más eficaz al problema de la violencia en nuestros países, en nuestros pueblos y en nuestros Estados. El perdón es la calzada por donde discurre el camino verdadero hacia la paz.

La reconciliación requiere justicia y misericordia

161. El perdón exige y hace justicia, el perdón emite un juicio y ofrece –que es diferente de conceder– la absolución del pecador, a cuyo beneficio sólo se puede acoger desde su reconocimiento de pecador y su deseo de compensar el daño cometido –que no es otro que restituir la justicia y el derecho–. El siglo pasado se caracterizó por la búsqueda y la lucha por la justicia. Este valor de la justicia fue tan exaltado que justificó cantidad de revoluciones, guerras de guerrillas, terrorismo e, incluso, grandes guerras. Pero nos hemos olvidado sistemáticamente de que no es posible la justicia sin misericordia. Los caminos hacia la reconciliación necesitan estas dos piernas: la justicia y la misericordia.

La misión es transformar una cultura cainita en una cultura samaritana

162. La muerte de Abel a manos de Caín, es decir, el cainismo, se repite cada vez que una estructura social, un colectivo o un individuo, creyéndose dueño de otra persona, de un territorio o legalidad, o poseedor de unos derechos adquiridos, por herencia histórica o socio-política, no deja subsistir a otra y entonces la sacrifica, como Caín sacrificó a Abel (cf. Gn 4,8). Pero el relato del Génesis va más allá. Caín es marcado por Dios para evitar que nadie mate a Caín, porque quién lo mate recibirá siete veces venganza (cf. Gn 4,15). Quien mata a Caín acaba haciéndose como él, acaba, creyéndose “el justo”, pudiendo decidir sobre la vida de los otros. Un poder legítimo acaba siendo desautorizado cuando se deja llevar por el odio y la venganza y adopta una estrategia de destrucción o desaparición de los “caines” de turno. Esta violencia es siete veces peor que la actitud cainítica, porque normaliza, legaliza y legítima el uso de la violencia en las relaciones socio-políticas. De ahí que Dios marque a Caín para que sea respetado si no se quiere caer en un abismo social. Esa situación humana de conflicto de Caín y Abel sólo tiene verdadera solución desde el Crucificado cuando grita: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”* (Lc 23,34). El que lleva consigo el perdón y el juicio absolutorio, es el Príncipe de la Paz. Cristo en la cruz es el prójimo samaritano que nos perdona a todos los pecadores e intercede por nosotros ante el Padre poniendo fin a la cultura cainita de la aniquilación del otro y abriendo el camino de la cultura samaritana de la atención, regeneración y rehabilitación del otro.

Misericordia, inicio de la reconciliación que restaura la comunión

163. Otro aspecto en el camino a la “reconciliación” en todas las dimensiones de las relaciones humanas es el proceso de la llamada “corrección fraterna”, mencionado en el evangelio de Mateo (Mt 18,15-20), que pone de relieve la preocupación por restablecer la comunión que el cristiano debe tener en los momentos de separación a causa de alguna ofensa. No es sólo la justicia, sino la misericordia la que está en la base de la búsqueda de salvación del hermano. Partiendo de esa búsqueda, Jesús pone a los discípulos y a la Iglesia como agentes de restauración de la comunión (Mt 18,18) mediante la reconciliación y asegura su presencia en esa tarea, si actúan en comunión de fe y de intenciones (Mt 18,19-20). Además, en el discurso de Jesús sobre el juicio, en el último día, nos revela que contarán más las obras de misericordia (Mt 25,31-45) que ciertos cumplimientos de la ley y del culto.

Centralidad de la misericordia en el mensaje del papa Francisco

164. Por todo ello, para el Papa Francisco, la misericordia ocupa el centro del mensaje de Jesús, y es palabra clave de su pontificado: “*La misericordia de Dios es infinita, Dios no se cansa de ser misericordioso, Dios no abandona a ninguna persona, no da por perdido a nadie*” (EG 3). Pero misericordia *no* es gesto permisivo, suavizante de situaciones dolorosas o pecaminosas, no es un dejar hacer, ni débil condescendencia, ni una vida cristiana light... Todo esto es el reproche que algunos le harían al padre del hijo pródigo, es decir, a Dios, y es el reproche que también algunos le hacen ahora al Papa Francisco desde algunos sectores de la Iglesia. Pero ese tipo de reproches es el mismo que hace dos mil años también hicieron a Jesús los fariseos de antaño y que ahora aflora en los de nuestro tiempo.

IV. LA “COMUNIÓN” OBJETIVO DE LA MISIÓN

La “koinonía” en el Nuevo Testamento

165. En el Nuevo Testamento la palabra que subyace al término “comunidad” es κοινωτία “*koinonía*”, que aparece diecinueve veces en el Nuevo Testamento, sobre todo en los textos de San Pablo (Hch 2,42; 15,26; 1Cor 1,9;10,16.16; 2Cor 6,14; 8,4; 9,13; 13,13; Gal 2,9; Flp 1,5; 2,1; 3,10; Flm 1,6; Heb 13,16; 1Jn 1,3.3.6.7). A partir de la comunión con Dios, que se hace celebración en la Eucaristía, gracias a la muerte y la resurrección de Jesucristo, los creyentes estamos llamados a vivir la más profunda comunión con los hermanos de la comunidad eclesial, compartiendo la vida, los dones recibidos y los bienes, con ellos y con los pobres. La *koinonía* o “comunidad con Dios y con los hermanos” es la meta última de la misericordia y de la reconciliación.

La koinonía es solidaridad en el compartir los bienes (Hch 2,42)

166. Partiendo del texto de Hch 2,42 el término significa que los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Esto implica una vida comunitaria en la que se comparten la vida, los dones de Dios y los bienes. Tenerlo todo en común significa que la *koinonía* es un espíritu de amor a los demás que nos hace uno con ellos, expresa la solidaridad más profunda con los hermanos y se manifiesta en la disponibilidad para atender las necesidades de los otros. Pero esta dimensión del compartir los bienes con

los más necesitados no es meramente un aspecto de la vida en el interior de la comunidad cristiana, sino una proyección de ayuda misericordiosa hacia los otros, de otras comunidades y de otros lugares.

La koinonía es la solidaridad con los pobres de cerca y de lejos

167. Pablo, en Rom 15,2, cuenta la obra solidaria de las comunidades de Acaya y Macedonia con el término *koinonía*, que habitualmente se interpreta como “colecta”, aunque lo que implica es un compromiso profundo de ayuda material a la comunidad eclesial de Jerusalén, sumida en la pobreza. Éste es el aspecto principal manifestado con gran énfasis en los textos de la segunda carta a los Corintios. La *koinonía* es la solidaridad patente y eficaz con los pobres y tiene, según Pablo, un criterio último teológico, el más profundo, como fundamentación y verificación de la autenticidad del amor cristiano en las comunidades de Corinto. Dicho criterio es la solidaridad de Cristo con los pobres, pues él mismo se hizo pobre para que nosotros, los creyentes, nos enriquezcamos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). La *koinonía* con los pobres, por tanto, tiene como base el movimiento solidario en el misterio de la encarnación que llevó al Hijo de Dios a tomar la identidad del pobre, la condición de siervo y la naturaleza del hombre. Éste es el argumento teológico y cristológico fundamental de la *koinonía* eclesial en cuanto opción preferencial por los pobres.

La koinonía procede de Dios y la Eucaristía es su mejor expresión

168. Pero la *koinonía* tiene su origen en Dios que nos llama a vivir en estrecha e íntima comunión y alianza con Cristo (cf. 1Cor 1,9). Esta relación de amor profundo es manifestación de la fidelidad de Dios en su amor a los seres humanos, que tiene en la comunión eucarística su máxima expresión (1Cor 10,16). Por eso la comunión en la fracción del pan es participar del Espíritu de unidad, de fraternidad y de entrega, que se deriva del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía, es compartir el Espíritu eucarístico de sacrificio en la entrega de la vida a los demás y es vivir la solidaridad con los necesitados hasta las últimas consecuencias.

La comunión en la evangelización y en la atención a los pobres

169. En Pablo la *koinonía* lleva consigo también la comunión con los apóstoles en la evangelización. En comunión con los apóstoles columnas de la Iglesia (Santiago, Cefas y Juan, cf. Gál 2,9) Pablo asume la diversidad de campos de misión y evangelización para ir con Bernabé a los

gentiles mientras los otros apóstoles se dedican a los judíos. Es la comunión eclesial en la diversidad de actividades y carismas. Se trata, por tanto, de una comunión en la misión evangelizadora bajo el signo de la pluralidad, no de la uniformidad. Y éste debe ser en nuestro tiempo actual un criterio capital para trabajar en la *koinonía* eclesial y evangelizadora con el reconocimiento y la valoración de la diversidad étnica, cultural y lingüística del continente americano. Pero en lo que no hubo discrepancias en la primitiva iglesia fue en la *koinonía* orientada a la atención adecuada y concreta a los pobres en sus necesidades. Éste es un punto central en la comunión de las iglesias y de los diferentes carismas y, por ello, la opción preferencial y evangélica por los pobres constituye un eje vertebral de toda la acción misionera y evangelizadora de la Iglesia en América, tal como ha quedado reflejado y establecido en las asambleas del CELAM hasta ahora.

La koinonía es alegría en comunión con la Pasión de Cristo

170. La *koinonía* es vivida por Pablo, además, como una gracia de Dios y un motivo de gran alegría que se hace patente en la ayuda concreta, también de tipo material, al servicio de la evangelización (cf. Flp 1,5; 2,1). La comunión del Espíritu lleva consigo el amor propio de la misericordia entrañable que se manifiesta en la concordia en un mismo sentir y actuar (cf. Flp 1,2). Asimismo la *koinonía* es una llamada a compartir la pasión de Cristo, lo cual significa para los creyentes que hemos de estar dispuestos a asumir y a transformar todo sufrimiento en oportunidad de gracia para amar y hacer el bien a los demás, con espíritu de verdadero sacrificio espiritual (cf. Heb 13,16), como Cristo hizo en su Pasión. La *koinonía* de la fe se manifiesta, por último, en reconocer todo el bien de Cristo en nosotros y produce alegría y consuelo en virtud del amor. Esa *koinonía* de la fe se traduce en atender a los otros como hermanos, tal como Filemón debe hacer con Onésimo, transformando todo tipo de relaciones en relaciones de fraternidad cristiana (cf. Flm 6).

La koinonía es la vivencia del amor de Dios en nosotros

171. Así pues, se puede decir que la *koinonía* de la fe es la vivencia del amor de Dios en nosotros, que nos llama a vivir en un mismo Espíritu de amor y a establecer relaciones de comunión espiritual en el interior de la comunidad cristiana, y a compartir los bienes con los más pobres y necesitados, como una expresión de la comunión con la Pasión de Cristo, fuente de nuestra auténtica alegría, que se actualiza constantemente en la Eucaristía, misterio de verdadera *koinonía*.

MISIÓN Y PROFETISMO

I. MISIÓN Y PROFETISMO CENTRADOS EN JESUCRISTO

Avivar la fe en el encuentro personal con Jesucristo

172. No puede haber Nueva Etapa Evangelizadora, ni profetismo y testimonio en ella, sin tener como centro a Jesucristo que nos revela el Plan de Dios y la dignidad del hombre. *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”* (EG 7). Este encuentro es suscitado por la profecía y por el testimonio, a la vez que lo genera; de manera que, como Jesús *“es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y la resurrección del Señor hasta que vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana porque es la extensión testimonial de la vocación misma”* (DA 144, cf. DA 554). Necesitamos avivar la fe cristiana a partir del encuentro personal con Jesucristo, pues cuando las palabras ya no convencen, solo vale el testimonio de vida (cf. DA 278).

El profetismo tiene su origen en la Palabra de Dios

173. El profetismo y el testimonio del discípulo misionero tiene como fuente la Palabra de Dios. Por ello resulta indispensable favorecer el contacto con ella y profundizar en su riqueza desde el silencio. (cfr. DA 249) y EG destaca el contacto con la Palabra en la Eucaristía donde alimenta y refuerza a los cristianos y los vuelve capaces de un testimonio auténtico en la vida cotidiana (cf. EG 174).

El profetismo se inserta en el proyecto del Reino de Dios en Jesucristo

174. El profetismo y el testimonio del discípulo misionero se insertan en el proyecto de Jesucristo, que es instaurar el Reino de su Padre, el Reino de vida, de la justicia y de la libertad, el Reino de la verdad y de la paz, mediante el Reinado de su amor en los corazones humanos y en las relaciones sociales. La propuesta de Jesucristo es la oferta de una vida

plena (cf. DA 361, 386). El comienzo de esta novedad de vida que el Reino lleva consigo se hace ya cercano y patente en la palabra y en las obras de Jesús, pero alcanza su culmen y su plenitud en la cruz gloriosa del Señor, en su muerte y resurrección, donde el Reinado de Dios ya ha llegado a los hombres con potencia (cf. Mc 9,1).

Profetismo y testimonio desde la Iglesia

175. El segundo elemento fundamental de toda acción evangelizadora, y del profetismo y del testimonio del discípulo misionero en ella, es la Iglesia. El concepto y la experiencia de Iglesia que nos ha marcado el Vaticano II que, superando el modelo histórico de cristiandad, enfatizó un modelo Pueblo de Dios y comunión. Y hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial es una urgencia pastoral, sea al nivel de las personas, sea al nivel de las comunidades (cf. DA 374). *“En el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros”* (EG 177). Y nos exhorta el Papa Francisco *¡No nos dejemos robar la comunidad!*” (Cf. EG 92). *“El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos”* (cf. EG 178).

Profetismo desde la Iglesia como Pueblo de Dios

176. Los cristianos estamos llamados a vivir el profetismo y el testimonio de la fe desde una Iglesia que se concibe como Pueblo de Dios con diferentes carismas y ministerios. En esta Iglesia el ministerio ordenado está al servicio de la comunidad y no al contrario, superando así la concepción trasnochada de una Iglesia identificada principalmente con la jerarquía: *“Más que una institución orgánica y jerárquica, la Iglesia es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios”* (cf. EG 111).

Profetismo en una Iglesia misionera orientada al Reino

177. El profetismo y el testimonio cristiano, desde una Iglesia misionera, se orienta hacia el Reino, superando la visión de una Iglesia centrada en sí misma y auto-referencial: *“El eclesiocentrismo se previene y se cura con el remedio de centrarse en la misión: poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres”* (EG 97). En este sentido se debe reconocer que los misioneros *Fidei donum* dan testimonio del espíritu misionero de sus iglesias locales (cf. DA 378). En la misión ellos han de favorecer la inculturación del Evangelio (Cf. EG 68-

77, 115 y 117). Los proyectos pastorales han de promover el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura (cfr. DA 371). *“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades...”* (EG 49).

Testimonio de fe en el campo educativo

178. En este aspecto conviene destacar el lugar que ocupan los centros educativos, los cuales han de mantener el diálogo con el mundo. La Escuela católica está llamada a una profunda renovación. *“Debemos rescatar la identidad católica de nuestros centros educativos por medio de un impulso misionero, valiente y audaz, de modo que llegue a ser una opción profética plasmada en una pastoral de la educación participativa”* (DA 337); es justo reconocer también el testimonio de fe y de coherencia que se hace presente en las escuelas públicas (cf. DA 483); no hay que perder de vista que la universidad católica ofrece un testimonio de orden institucional de Cristo y que su mensaje es muy necesario e importante para las culturas impregnadas por el secularismo (cf. DA 341):

Testimonio de fe en todos los ámbitos de la vida social

179. La sociedad tiene necesidad de testigos en todos los campos: artistas, científicos, trabajadores, especialistas, profesores, padres y madres etc. (cfr. DA 496). Somos testigos y misioneros en todos los ámbitos y ambientes de la vida social, en los variados areópagos de la vida pública de las naciones.

Comunión misionera diocesana y parroquial a favor de los pobres

180. Comunión y participación en la acción pastoral diocesana y parroquial y entre los agentes de pastoral. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera» (Cf. EG 23). Así lo expresa el Papa Francisco: *“Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero, ¿a quiénes debe privilegiar?... no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio”* (Cf. EG 48). *“Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres,... no se trata de una misión reservada a algunos”* (EG 187-188). *“A veces se*

trata de escuchar el clamor de pueblos enteros, de los pueblos más pobres de la tierra” (EG 190). “Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente que ninguna hermenéutica eclesial tiene el derecho de relativizarlo... ¿Para qué complicar lo que es tan simple?... ¿para qué oscurecer lo que es tan claro?” (EG 194).

Opción misionera, preferencial y evangélica, por los más necesitados

181. Sin negar que la Iglesia está al servicio de todos los seres humanos, Aparecida destaca que Jesús está presente en los más necesitados: *“En el rostro de Jesucristo, muerto y resucitado, maltratado por nuestros pecados y glorificado por el Padre, en ese rostro doliente y glorioso, podemos ver, con la mirada de la fe el rostro humillado de tantos hombres y mujeres de nuestros pueblos y al mismo tiempo su vocación a la libertad de los hijos de Dios, a la plena realización de su dignidad personal y a la fraternidad entre todos” (DA 31,)* y más adelante vuelve a insistir para señalar que en su servicio se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo: *“También lo encontramos de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt25,37-40), que reclaman nuestro compromiso y nos dan testimonio de fe, paciencia en el sufrimiento y constante lucha para seguir viviendo. ¡Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan! En el reconocimiento de esta presencia y cercanía, y en la defensa de los derechos de los excluidos se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo” (DA 257).*

El énfasis en la opción por los pobres de la Evangelii Gaudium

182. Con relación a la opción por los pobres, presente desde la preparación del Concilio Vaticano II, pero no suficientemente desarrollada en sus documentos y menos aún recibida en el postconcilio, conviene un repaso por algunos de los énfasis que hace Evangelii Gaudium: *“La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha” (EG 195). “Para la Iglesia, la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica” (EG 198). “Por eso [dice el Papa] quiero una Iglesia pobre para los pobres... Sin la opción preferencial por los más pobres, el anuncio del Evangelio corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras” (Cfr. EG 198-199). “La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar” (Cfr. EG 200). Es indispensable prestar*

atención para estar cerca de las nuevas formas de pobreza y fragilidad... los sin techo, los toxico-dependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos... los que son objeto de las diversas formas de trata de personas en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas... las mujeres que sufren exclusión, maltrato y violencia, los niños por nacer... el conjunto de la creación” (210-215).

Llamada a afrontar proféticamente la cuestión de la dignidad humana

183. Retomando la luz de la Sagrada Escritura y la enseñanza de los Padres, Evangelii Gaudium vuelve a centrar todo en la caridad y hace un llamado a enfrentar proféticamente la situación de nuestro tiempo. *“La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética”* (cf. EG 218).

Llamada a afrontar proféticamente el fenómeno de la migración

184. Similar enseñanza y compromiso se puede encontrar en Aparecida, sobre el fenómeno de la migración: *“Las Conferencias Episcopales y las Diócesis deben asumir proféticamente esta pastoral específica con la dinámica de unir criterios y acciones que ayuden a una permanente atención también a los migrantes, que deben llegar a ser también discípulos y misioneros”* (DA 412). *“Entre las tareas de la Iglesia a favor de los migrantes, está indudablemente la denuncia profética de los atropellos que sufren frecuentemente, como también el esfuerzo por incidir, junto a los organismos de la sociedad civil, en los gobiernos de los países, para lograr una política migratoria que tenga en cuenta los derechos de las personas en movilidad”* (DA 414).

Llamada a afrontar proféticamente los problemas ecológicos

185. Sobre las cuestiones ecológicas: *“como profetas de la vida, queremos insistir en las intervenciones sobre los recursos naturales no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida, en perjuicio de naciones enteras y de la misma humanidad”* (DA 471, cfr. 87).

Llamada a afrontar proféticamente la situación de las personas mayores

186. Sobre los hermanos mayores de nuestras comunidades: *“Muchos de nuestros mayores han gastado su vida por el bien de su familia y de la comunidad, desde su lugar y vocación. Muchos son verdaderos discípulos misioneros de Jesús por su testimonio y sus obras. Merecen ser reconocidos como hijos e hijas de Dios, llamados a compartir la plenitud del amor, y a ser queridos, en particular, por la cruz de sus dolencias, la capacidad disminuida o la soledad”* (DA 449).

La voz profética de María en el Magnificat

187. El canto del *Magnificat* muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella (DA 451). Muy bien recoge el Papa Francisco los elementos que hemos considerado en la oración con la que concluye su exhortación. Leamos un fragmento para que nos prepare a actuar de la manera conveniente.

*Estrella de la Nueva Evangelización
ayúdanos a resplandecer
en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y del amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.*

II. MISIÓN Y PROFETISMO EN EL NUEVO TESTAMENTO

EL TESTIMONIO PROFÉTICO DE JESÚS DE NAZARET

Presentación profética de Jesús en la sinagoga de Nazaret

188. El evangelista Lucas hace una presentación claramente profética de Jesús, desde el comienzo de su misión. La primera palabra que Jesús pronuncia al comienzo de su vida pública tiene como finalidad el anuncio de la Buena Noticia de Dios para los pobres. La escena evangélica lucana se sitúa en Nazaret, en el marco de la sinagoga y en el día del sábado (Lc 4,16-30). Allí Jesús abre la Escritura en el pasaje que proclama la misión profética de Isaías por encargo divino (Is 61,1-3). Pero Jesús no solamente lee la Escritura sino que al mismo tiempo la abre y la interpreta. La

singularidad de su proclamación y lo asombroso de su interpretación contrasta con la reacción negativa de sus convecinos nazarenos. *“El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ungió para evangelizar a los pobres, me ha enviado a anunciar a los cautivos liberación y a los ciegos visión, a poner a los oprimidos en libertad, a proclamar el año de gracia del Señor”* (Lc 4,18-19).

Intervención profética y liberadora de Jesús a favor de los pobres

189. Jesús hace suyas aquellas palabras de Isaías para presentarse ante los suyos en Nazaret como portavoz de un año de gracia del Señor, consistente en el anuncio de la Buena Noticia a los pobres y de la liberación de los oprimidos (AG 5). Éste fue el objetivo prioritario de su mensaje y de su misión profética y mesiánica. Sin embargo, en el evangelio de Lucas, al insertar la frase “libertar a los oprimidos” de Is 58,6 se está dando una orientación más precisa a su misión evangelizadora, acentuando el sentido liberador y profético de su unción divina. Los cuatro grupos de destinatarios y beneficiarios en primer lugar del año de gracia son personas con grandes sufrimientos, son aquellos cuya situación humana y social es de privación de algo esencial. Los pobres carecen de medios básicos para una vida digna, los cautivos son los endeudados carentes de recursos económicos para afrontar sus deudas y privados por ello también de libertad, los ciegos carecen de visión, y los oprimidos, de libertad. Con la combinación de textos del profeta resalta el marcado carácter liberador de la interpretación de Jesús. Su intervención profética liberadora a favor de los pobres, de los cautivos por endeudamiento y de los oprimidos, delata la situación opresora de la que son víctimas. Se trata de una opresión económica no aceptable para Dios, y a la que, por tanto, el profeta escatológico, Jesús, el último y definitivo, ha de enfrentarse.

Nueva orientación de la radicalidad profética del año de gracia

190. Tras su lectura en la sinagoga Jesús afirma solemnemente: *“Hoy se ha cumplido ante vosotros esta Escritura”* (Lc 4,21). En su persona, en su interpretación de la Escritura, en su mensaje evangelizador se actualiza la intervención portentosa de Dios a favor de los empobrecidos de la tierra y en contra de los enriquecidos a costa de aquellos. En el Evangelio de Lucas el juicio contra los poderosos, contra los ricos, los explotadores y los tiranos está presente con un énfasis especial. En el cántico de María al comienzo del Evangelio (Lc 1,46-55) se hace patente la confianza en el Dios que da pan a los hambrientos y despide de vacío a los ricos, que

derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. Las bienaventuranzas lucanas a favor de los pobres (Lc 6,20-23) tienen la contrapartida de las malaventuranzas contra los ricos (Lc 6,24-26), ejemplificadas en la parábola de Lázaro y el rico (Lc 16,19-34) y en el cambio radical de la persona en el aspecto económico, de lo cual es un paradigma la figura de Zaqueo (Lc 19,2-10). Por tanto, en Lucas no se da una pérdida de radicalidad del sentido profético de la justicia social en el año de gracia, sino una orientación diferente del mismo.

El anuncio universal de la liberación que trae Jesús

191. Los oyentes de la sinagoga reaccionan extrañados al oír las palabras de Jesús. Lo más probable es que el anuncio universal de liberación del que Jesús es portavoz resultara inaceptable para los judíos por su espíritu excluyente. Los ejemplos aducidos por Jesús y tomados del Antiguo Testamento muestran el carácter universal de la liberación proclamada por él en el año jubilar. Los beneficiarios del favor de Dios a los que Jesús se remite son dos extranjeros: una mujer, pobre y viuda, de Sarepta en el territorio de Sidón (1 Re 17,9) y Naamán el sirio leproso (2 Re 5,15). Jesús sorprende a sus oyentes al demostrar que los destinatarios de la liberación no son ellos por su pertenencia étnica o religiosa al pueblo de Israel, sino todos los necesitados, oprimidos y excluidos independientemente de su credo religioso y de su identidad cultural o étnica.

Importancia de la primacía de los últimos de toda la tierra

192. Cuando Jesús empezó a establecer estas prioridades en su misión evangelizadora, proclamando la primacía de los últimos, de los pobres y de los sometidos de toda la tierra en el único tiempo aceptable de Dios, comenzó también su pasión, pues sus vecinos de Nazaret quisieron ya tirarlo por el barranco del pueblo. Sin embargo, en la situación paradójica del rechazo de Jesús por parte de los nazarenos, empezó con él un tiempo de gracia que trasciende los días y los años, y en el cual sus seguidores pueden vivir permanentemente movidos por su mismo Espíritu haciendo resonar proféticamente su palabra liberadora y su justicia rehabilitadora para los empobrecidos y marginados de toda la tierra. Esta perspectiva universal de la prioridad de los pobres es también un aspecto esencial para la reconsideración y la búsqueda nuevos sistemas alternativos al mundo en que ahora vivimos.

El discurso misionero en el Evangelio de Mateo (Mt 10,1-42)

193. El segundo discurso de Jesús en el evangelio de Mateo está dedicado a las instrucciones de los doce acerca de la misión para la que han sido llamados (Mt 10,1-42). La llamada y la constitución de los Doce es para cumplir la misma misión de Jesús, es decir, la de predicar la cercanía del Reino de Dios y su justicia y la de realizar las mismas actividades que el maestro. Ser discípulo es estar en comunión de vida y de destino con Jesús. Según el programa misionero de Jesús, y sólo para empezar la misión, los discípulos son enviados a Israel, exactamente a las ovejas perdidas de este pueblo, pero más tarde serán enviados a todas las naciones. El evangelio subraya que los apóstoles se han de dedicar principalmente al pueblo cansado y agotado, que anda como un rebaño de ovejas sin pastor (Mt 9,36), y a los que están extenuados y abatidos, a los enfermos, a los pequeños y los pobres (Mt 18,11.14).

La misión de los discípulos es la misma que la de Jesús

194. La misión de los Doce es anunciar a todos los abatidos la cercanía del Reinado de Dios en ellos, esto es, comunicar que los últimos de la sociedad, los que no cuentan, los marginados, los pobres y los indigentes son los predilectos del amor de Dios y ocupan el primer puesto en la misericordia divina. La tarea de los discípulos prolonga la actividad mesiánica de Jesús, realizando sus mismos signos y anunciando a los pobres la buena noticia de la salvación.

Gratuidad, pobreza asumida y libertad para la misión

195. Para enfrentarse a los males que tienen atrapada a la humanidad abatida Jesús advierte a los discípulos cómo deben de comportarse. Su nuevo estilo de vida debe estar marcado por el signo de la gratuidad y el don generoso de Dios, por una gran libertad que les permita ir por el mundo ligeros de equipaje, haciéndose pobres como los pobres y libres de toda atadura. Sin embargo el éxito de la misión no está garantizado: el discípulo y misionero puede ser acogido o rechazado al igual que su maestro. El verbo “entregar” (Mt 10, 17.19.21) es un hilo conductor del realismo de las instrucciones de Jesús, como también lo es en el relato de la Pasión del Señor. En la traición, el discípulo no debe defenderse. En el conflicto familiar, el discípulo debe aguantar. En la persecución, el

discípulo debe seguir anunciando con fidelidad el Reino en la perspectiva de la venida del Hijo el Hombre, siendo consciente de que todo misionero está llamado a compartir el destino de Jesús, el Señor.

Valentía, coraje y confianza en Dios ante las dificultades

196. El discurso misionero reitera la invitación a no tener miedo a los perseguidores. Jesús infunde valentía, audacia y coraje en los discípulos para afrontar las dificultades inherentes al proceso de buscar el crecimiento del Reino de Dios y su justicia en medio del mundo. La libertad del discípulo frente a las persecuciones se fundamenta en la confianza firme en el Padre y en la voluntad de Dios, según la cual no hay nada oculto que no deba ser revelado. Los misioneros no deben temer a quien puede hacer perecer el cuerpo sino sólo a Dios. Sin embargo la confianza en Dios que vela continuamente por los suyos es la que libera a los misioneros de todo temor.

Radicalidad en la fidelidad al Reino de Dios

197. Llama la atención, una vez más, la dureza y rotundidad con que en este dicho de Jesús aparece la ruptura con la familia (Mt 10,37-42), especialmente al decir: “*El que quiere al padre o a la madre más que a mí no es digno de mí, y el que quiere al hijo o hija más que a mí no es digno de mí*” (Mt 10,37). Jesús reclama de los discípulos una gran radicalidad en la ruptura de relaciones con los miembros de la propia familia, del propio grupo de parentesco o del propio grupo étnico. Se trata de una ruptura de la fidelidad debida a estos diversos grupos de pertenencia. El dicho de Jesús no pretende inculcar en sus discípulos la enemistad o la aversión hacia los padres, sino que tiene como objetivo más bien proclamar que la fidelidad a Jesús y al Reino de Dios están por encima de la fidelidad que se debe a la familia, la cual era la estructura básica de la sociedad helenístico-romana en aquella época y requería la fidelidad y la solidaridad entre sus miembros, en torno a la figura del *pater familias*, por encima de cualquier otra obligación. Mateo habla de ello como una exigencia última en la disponibilidad de los discípulos para llevar a cabo la misión de anunciar el reino de Dios y su justicia.

Radicalidad en la disponibilidad para trabajar por el Reino

198. La radicalización evangélica por causa del seguimiento de Jesús se hace casi incomprensible al incorporar la exigencia de renunciar a sí

mismo y de cargar con la propia cruz: “Y quien no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que encontró su vida la perderá, y el que perdió su vida por causa mía la encontrará” (Mt 10,38-39). Esta radicalidad se debe interpretar como expresión de la gran libertad que debe caracterizar la entrega de la vida del discípulo en el seguimiento del crucificado. La vida del discípulo comporta, pues, un cambio de valores desde las categorías evangélicas y conlleva la capacidad de renuncia y de sacrificio para luchar con total disponibilidad y libertad por la causa del Reino de Dios y su justicia. Lo que hay que construir en nuestro mundo es un hogar universal para toda la familia humana, derribando los muros de la esclavitud y del racismo y destruyendo las fronteras que excluyen a los pobres de la tierra de la mesa de los ricos. Para eso es necesario un movimiento de discípulos y discípulas verdaderamente libres y apasionadamente comprometidos con la causa de la fraternidad universal.

El valor de la familia en la misión profética de la Iglesia

199. La familia constituye un núcleo fundamental en la estructuración de nuestra sociedad y sus valores fundamentales han de ser preservados como valores sociales y culturales de primer rango. Sin embargo, ésta no debería ser tampoco lo primero desde la perspectiva cristiana del Reino de Dios. Jesús propone una nueva fraternidad abierta a todos, especialmente a los pobres y marginados. Para quien quiera seguirle y convertirse en un verdadero discípulo y misionero del Reino es preciso cambiar de mentalidad. Es preciso cambiar la mentalidad de la familia cerrada y acomodada por una mentalidad nueva de fraternidad universal y de familia verdaderamente cristiana, que, abierta al Reino de Dios, consolide todas sus relaciones en el amor a Cristo, encontrando en él la fuerza para la entrega y fidelidad matrimonial del hombre y la mujer, así como para la relación entre padres e hijos.

La misión de trabajar por la familia humana universal

200. Esa nueva mentalidad de familia fraternal y universal, la familia de Dios, comporta en los cristianos la capacidad de renuncia y de sacrificio para luchar con total disponibilidad y libertad por la causa del Reino de Dios y su justicia. Uno de los retos más urgente que hoy tiene nuestro mundo es hacer del mundo global, sumido en la injusticia estructural y en la miseria de grandes masas de personas y pueblos, un hogar universal, una nueva familia humana, que cambie las relaciones sociales de la humanidad, sobre todo, las relaciones de dominio de unas personas

respecto a otras y de sometimiento de unos pueblos respecto a otros. Para ello es preciso derribar los muros de la exclusión social, de la explotación económica, de la injusticia estructural y del racismo xenófobo.

LA MISIÓN LOS DISCÍPULOS A PARTIR DE CRISTO RESUCITADO

La misión que procede del Resucitado consiste en hacer discípulos

201. En el fragmento final del Evangelio de Mateo (Mt 28,16-20), texto cumbre y clave interpretativa del mismo, Jesús Resucitado se aparece a los Once discípulos en una montaña de Galilea para encomendarles la misión definitiva y universal. Jesús tiene la iniciativa en la actividad misionera y evangelizadora y por eso se dirige a ellos con un triple mensaje que consiste en la revelación de su identidad, en el encargo misionero y en la promesa de su presencia continua. El Resucitado, Señor de la vida y de la historia, abre el camino definitivo de la humanidad hacia Dios. El discipulado adora a Jesús glorioso y escucha sus últimas palabras sobre la tierra, aprende lo esencial de su mensaje y se dispone a anunciar este mensaje a la humanidad. El encargo misional de Jesús consta sólo de un imperativo: *“Hagan discípulos a todos los pueblos”*. El mandato no tiene fronteras, es un envío de carácter universal, que impulsará a los enviados a convertir en discípulos a todas las gentes y pueblos, a todas las etnias y culturas, para hacer una sola familia humana en torno al único Dios y Padre de Jesucristo. Hacer discípulos consiste en dar a conocer a Jesús para hacer que otros lo sigan. Para ello deben aprender el nuevo estilo de vida propuesto por Jesús y estar dispuestos a seguirlo hasta la cruz con todas sus consecuencias.

La misión requiere “bautizar” y “enseñar” el Evangelio

202. Para “hacer discípulos” es preciso ir, *bautizar* y *enseñar*. La comunidad cristiana no puede quedarse estática contemplando al Resucitado, sino que debe ponerse en marcha. El modo concreto de hacer discípulos es *“bautizando”* y *“enseñando”*. Bautizar es consagrar a las gentes al Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que se incorporen a la vida del amor que tiene en la Trinidad su más radical identidad, porque Dios es Amor. Pero no se trata sólo de bautizar sino también de “enseñar” todo lo dicho por Jesús a lo largo del evangelio. La enseñanza del nuevo mensaje de Jesús, acerca del Padre, del Espíritu, sobre el Reino de Dios y su justicia, y acerca de la transformación que debe efectuarse en todo auténtico discípulo y discípula, no es secundaria ni relativa, sino condición indispensable para comprender

las implicaciones de la pertenencia al discipulado en el seguimiento del Crucificado y Resucitado. Finalmente el Resucitado comunica la esperanza, la alegría y el consuelo de su presencia continua a lo largo de la historia (Mt 28,20).

El Espíritu del Resucitado es el impulso de la misión permanente

203. La pasión y crucifixión de Jesús, las causas históricas que le condujeron a la muerte violenta e injusta, la primicia de su resurrección de entre los muertos y el valor redentor de la misma para todo ser humano constituyen el núcleo esencial del Evangelio y el germen de la nueva humanidad. Los discípulos son los testigos de aquellos acontecimientos y los receptores de aquellos mensajes y recibieron del Resucitado su mismo Espíritu, su ímpetu, su aliento y su fuerza para comunicar por toda la tierra la gran noticia del evangelio, proclamando la más profunda verdad del ser humano, a saber, que todos somos hijos muy amados de Dios y, por tanto, que estamos llamados a vivir en una auténtica fraternidad. Ésta es la misión permanente de la Iglesia. La Biblia relata el misterio de la venida del Espíritu en dos versiones. En los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,1-13) se presenta en el día de Pentecostés como una manifestación portentosa de Dios, con los elementos simbólicos del viento, del ruido y del fuego, signos de la potencia divina, que impulsa al testimonio de la fe en la diversidad de lenguas, pueblos y culturas. En el cuarto evangelio (Jn 20,19-23) se presenta de un modo más personal. Es el mismo Jesús el que exhala sobre los discípulos su aliento y su Espíritu, de modo que éstos sean receptores y, a la vez, testigos de la paz, de la alegría y del perdón en el mundo.

Comunicar la paz, la alegría y el perdón del Crucificado y Resucitado

204. Los tres dones capitales del Espíritu del Resucitado constituyen valores esenciales del hombre nuevo: el perdón, la paz y la alegría. El perdón es la vivencia espiritual realmente regeneradora de la humanidad en todos sus ámbitos, ya que es la experiencia rehabilitadora del corazón humano. Y desde esta experiencia es posible la paz y es posible verdadera alegría. La paz personal de la vida interior como acción eficaz del Espíritu en cada ser humano nace de la vivencia profunda y permanente del perdón de Dios. La paz en la vida política también es posible si se activa la petición de perdón ante el reconocimiento de las culpas y de los errores políticos cometidos. Esa paz política es viable, pero para ello es preciso recuperar el valor

político del perdón como único camino de reconciliación, la cual empieza ineludiblemente por el reconocimiento de la verdad y la solicitud de perdón por las propias culpas y responsabilidades.

III. LA MISIÓN ACTUAL EN LA IGLESIA AMERICANA

La “Evangelii Gaudium” del Papa Francisco

205. En continuidad con *Aparecida*, el Papa Francisco nos exhorta a participar en una Nueva Etapa Evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio (cf. EG 1), invitación que ha encontrado un pronunciamiento magisterial en *Evangelii Gaudium*. El Papa llama a *La transformación misionera de la Iglesia* (capítulo 1º) y, haciendo explícito que vivimos *En la crisis del compromiso comunitario* (capítulo 2º), vuelve a proponer *El anuncio del Evangelio* (capítulo 3º), enfatizando *La dimensión social de la Evangelización* (capítulo 4º) y destacando la necesidad de *evangelizadores con Espíritu* (capítulo 5º).

Discípulos y misioneros por la gracia del Bautismo

206. El Papa nos recuerda que en virtud del bautismo recibido cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cfr. EG 120) y reconoce que el testimonio de tantos cristianos le hace mucho bien y le sostiene en su propio deseo de superar el egoísmo para entregarse más (cfr. EG 76), pues la tarea evangelizadora nos apremia. Podemos hacer un breve repaso de los eventos y documentos que dan forma al nuevo impulso evangelizador que se nos propone considerando dos grandes etapas: 1) Del Vaticano II a Santo Domingo (1965-1992) y 2) De Santo Domingo a la actualidad (1992-2016).

EL DECRETO AD GENTES DEL CONCILIO VATICANO II (1965)

El Decreto ad gentes y sus principios doctrinales y operativos

207. El objetivo del decreto *Ad Gentes* era delinear los principios de la actividad misional y reunir la fuerza de todos los fieles, para que el pueblo de Dios, caminando por el estrecho sendero de la cruz, extienda por todo el mundo el Reino de Cristo y presenta, en el capítulo primero, siete principios doctrinales: teológico, cristológico, pneumatológico, eclesiológico, misionológico, antropológico y escatológico.

Dios Trinidad llama a la gratuidad, a la encarnación y a la interioridad

208. Hay un primer principio que es teológico, pues el designio del Padre es esa fuerza que se hace misión y que se desborda en la creación del hombre como interlocutor suyo. Es importante descubrir ahí la gratuidad que nos debe llevar a ser testigos de una cultura de lo gratuito. El principio cristológico nos lleva a la Encarnación de Dios, pues Cristo se hace pobre para enriquecernos con su pobreza y el Señor se hace servidor hasta dar la vida. Es esa dinámica del abajamiento para levantar. El tercer principio es pneumatológico, habla del Espíritu Santo, que obra la interioridad y al mismo tiempo la catolicidad. Nosotros nos sabemos misioneros en la medida que nos dejamos llevar por la fuerza del Espíritu.

La Iglesia es misterio de comunión y de actividad misionera

209. El principio eclesiológico nos lleva a comprender la Iglesia como misterio de comunión misionera. «La misión, pues, de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia, de forma que se les descubra el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo» (AG 5). El principio misionológico es el de la actividad misionera y en esa actividad la presencia de la Iglesia tiene que ser una presencia siempre respetuosa de la persona humana, y explícitamente dice que la tarea misionera ha de respetar los caminos «con paciencia y prudencia y, a la vez, con gran confianza, dar, al menos, testimonio de la caridad bienhechora de Cristo y preparar así los caminos al Señor y hacerle de alguna manera presente» (AG 6).

La razón de la misión es que Dios quiere que todos los hombres se salven

210. El principio antropológico reconoce que la razón de la actividad misionera se encuentra en la voluntad de Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tm 2, 1-8) y exige a la Iglesia una actitud proactiva con el fin de pensar cómo llegar al hombre para servirlo, porque la misión es la respuesta al anhelo más profundo que actúa en todo corazón humano: «Aunque Dios, por los caminos que él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el evangelio,

incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad» (AG 7). Finalmente, según el principio escatológico, la actividad misionera es la epifanía del propósito de Dios que perfecciona abiertamente la historia de la salvación, y a través de ella se potencia, libera y perfecciona cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones (cf. LG 9).

Testimonio de vida y diálogo, conversión y comunidad

211. En la misión hay tres ejes o momentos, tratados en el segundo capítulo de *Ad Gentes*: testimonio cristiano, predicación y convocación, y formación de la comunidad. En el testimonio se habla de vida, diálogo y caridad. El testimonio va con la vida, con la capacidad de dialogar y, por lo tanto, de escuchar al otro, de poner al otro en el centro de interés. La predicación y la convocación es el momento de la llamada a la conversión e incluye en el proceso formativo el catecumenado y la iniciación cristiana, para lo cual sería conveniente recuperar esa unidad en la formación cristiana entre catequesis, liturgia y biblia. La comunidad cristiana es presentada como epifanía de la presencia de Dios en el decreto *Ad Gentes*.

Grandes principios de la inculturación del Evangelio

212. En el capítulo tercero de *Ad Gentes* se señalan también los seis grandes principios de la inculturación (AG 22): fidelidad a la Palabra, investigación que tenga en cuenta la filosofía y sabiduría de los pueblos, iluminación crítica de las costumbres, del sentido de la vida y del orden social, respeto por la cultura, ofrecimiento de la Iglesia a la comunión universal y responsabilidad de las conferencias episcopales.

Es necesaria la coordinación de la actividad misionera

213. El Decreto *Ad Gentes*, en el cuarto capítulo, habla de los misioneros, de la vocación del misionero, de su espiritualidad, de su formación espiritual y moral, doctrinal y apostólica y de los institutos que trabajan en las misiones. Después, en el quinto, trata sobre la ordenación de la actividad misionera para destacar la necesidad de la coordinación regional. Por último, en el sexto capítulo, trata también de la cooperación, porque el primer misionero es todo el pueblo de Dios y por eso las comunidades eclesiales tienen que interrelacionarse y ayudarse siendo los obispos los primeros responsables.

PRIMERA ETAPA: DEL VATICANO II A LA IV CONFERENCIA DEL CELAM:
SANTO DOMINGO (1965-1992)

La triple misión en el anuncio del evangelio

214. En 1965, al concluir el Concilio, los obispos declaran que asumen la responsabilidad de anunciar el Evangelio desde la renovación de la Iglesia y distinguen tres tareas: la acción misionera con los no cristianos; la acción ecuménica con los no católicos; y la acción pastoral con los católicos (cf. AG 6).

Medellín (1968): CELAM II

215. La segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano - realizada en Medellín, Colombia, en 1968- se empeña en la recepción del Concilio y llama a una más intensa presencia de la Iglesia poniendo el acento en la humanidad, en la conciencia de que para conocer a Dios es necesario conocer al ser humano y de que a éste se le conoce en Jesucristo.

Evangelii Nuntiandi (1975)

216. A los diez años de haber concluido el Concilio (1975), la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de forma genérica, afirma: “*La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia*” (EN 14) y nos ofrece una rica enseñanza que sigue iluminando el quehacer de la Iglesia.

Puebla (1979): CELAM III

217. A la luz de *Evangelii Nuntiandi*, el Documento de Puebla (1979) enfatiza que la Iglesia ha de seguir impulsando la evangelización desde la comunión y la participación y emplea, aún antes de que Juan Pablo lo hiciera, la expresión “*Nueva Evangelización*” para indicar que “*situaciones nuevas que nacen de cambios socioculturales requieren una nueva evangelización*” (DP 366).

San Juan Pablo II convoca a la Nueva Evangelización (1983)

218. El 12 de octubre de 1983, en la asamblea del CELAM realizada en

Haití, Juan Pablo II hace la primera convocatoria oficial a una Nueva Evangelización y lanza el lema que conocemos: “*Nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión*”.

Christifideles Laici (1988)

219. En 1988, en *Christifideles Laici*, el mismo Juan Pablo II señala que la propuesta de una Nueva Evangelización se dirige a las iglesias jóvenes y a los países de antigua cristiandad. De esta manera se perfila que está encaminada a un sujeto –individual o colectivo– que ha recibido el Evangelio y tiene fe cristiana, pero que sufre una crisis global o está lejos de la institución eclesial visible (cfr. CHL 34).

Redemptoris Missio (1990)

220. En *Redemptoris Missio* (1990), el Papa Juan Pablo II nos brinda una primera sistematización de la Nueva Evangelización y distingue: (a) la *misión ad gentes o ad extra*, que se refiere a la primera evangelización o misión en sentido estricto; (b) la *misión ad intra*, también llamada actividad pastoral, cuidado pastoral, pastoral ordinaria, o acción pastoral en sentido propio, la que se realiza entre personas, comunidades y pueblos cristianos; y (c) una *situación intermedia*, la misión pastoral entre personas, comunidades y pueblos que conocen a Cristo y en los que la Iglesia está presente, pero donde la fe está en crisis (cf. RM 33).

SEGUNDA ETAPA: DE SANTO DOMINGO A LA ACTUALIDAD (1992-2016).

Santo Domingo (1992): CELAM IV

221. Impulsados por el discurso inaugural del Papa Juan Pablo II, los obispos reunidos en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Santo Domingo (1992), manifiestan el sentido de la Nueva Evangelización para nuestro Continente: se trata de vivificar la fe de los bautizados alejados (cf. SD 129-131).

Aparecida (2007): CELAM V

222. La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Aparecida, Brasil en 2007, insiste en el movimiento misionero de ir hacia todos los alejados o, mejor, hacia los abandonados del cuidado pastoral ordinario de la Iglesia (cfr. DA 173, 225-226). En esta

Conferencia se toma la decisión pastoral que está en marcha: una “*Misión Continental*” encaminada a procurar “*la Conversión pastoral*” (cf. DA 368) para que toda la Iglesia entre en “*un Estado Permanente de Misión*” (cf. DA 551).

La Misión Permanente en América

223. “Esta V Conferencia, recordando el mandato de ir y hacer discípulos (Mt 28,16-20), desea despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de sentido, verdad y amor, de alegría y esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente” (DA 548, cf. 362 y 278e).

Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización (2010)

224. En la segunda mitad del 2010, el Papa Benedicto XVI tomó la decisión de crear el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización y convocó una Asamblea general ordinaria del Sínodo para los Obispos sobre este tema.

Evangelii Gaudium (2013) del Papa Francisco

225. En 2013, el Papa Francisco en la Exhortación postsinodal *Evangelii Gaudium*, recogiendo la reflexión de la Iglesia a partir del Vaticano II, los aportes de los últimos años y, de manera especial, las proposiciones de la XIII Asamblea ordinaria del Sínodo de Obispos, presenta los rasgos que han de distinguir la Nueva Etapa Evangelizadora que se dirige: a los destinatarios de la pastoral ordinaria, a las personas bautizadas que no viven las exigencias de su bautismo y a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado (cf. EG 14).

Llamada a la conversión misionera de la Iglesia

226. Por eso, el envío misionero es expresión de una sorprendente y alegre disposición, apertura, libertad, más allá de todas las barreras. Un modelo de Iglesia excesivamente rígido, cerrado y autorreferencial no es apto para la misión. Muchas veces, en nuestras comunidades, “se impone una conversión radical de mentalidad para hacernos misioneros” (RM 49). En otras palabras, necesitamos ser evangelizados de nuevo para llenarnos de ímpetu y audacia evangelizadora (cf. DA 549); la Iglesia vive esta misión comenzando cada vez por evangelizarse a sí misma. Paradójicamente, el tema de la conversión, antes de ser dirigido a los destinatarios de la misión es señalado como exigencia fundamental para la propia Iglesia y a todos sus agentes.

La Iglesia en salida, del Papa Francisco

227. La misión genera a la Iglesia. Por eso, la Iglesia “nació en salida” (cf. EG 17a; 20; 24: 46) en el momento en que, orientada por el Espíritu, entra en contacto con los otros, y se reencuentra a sí misma todas las veces que sale de sí y se abre: la comunidad cristiana debe su propio origen al anuncio del Evangelio, y la propia vitalidad a la continua y valiente transmisión de este anuncio por todo el mundo.

Con Cristo hacia un mundo más justo

228. Es necesario partir de Cristo, con la humildad de los discípulos, conocerlo y reconocerlo de nuevo por los caminos de Galilea, en el encuentro con cualquier situación humana, y dejar que Él caliente y transforme nuestro corazón (cf. Lc 24,32). En efecto, en su seguimiento nos hacemos huéspedes en las casas de los otros y compañeros de los pobres, aprendiendo así a percibir la realidad del punto de vista de las víctimas, de los crucificados, de los agraviados, de los adeptos a otras religiones. En este camino, vamos adhiriéndonos gradualmente a un proyecto de mundo más justo, fraterno, solidario y plural, significativamente “otro” en relación a lo que tenemos delante de los ojos.

IV. PROFETISMO EN LA IGLESIA POSTCONCILIAR

Necesidad de testigos y profetas

229. Difícilmente podrá responder a los interrogantes de la humanidad una

Iglesia cansada o instalada que busca su seguridad o su prestigio. Con este estilo de vida, ¿qué podemos ofrecer al mundo y a las nuevas generaciones? Este estilo de vida parece estar diciendo que no hay nada que ofrecer ni qué esperar. Es en este ambiente donde encuentran su lugar los testigos y, sobre todo, los profetas; ellos nos recuerdan que hay razones para vivir y para esperar.

El Vaticano II rescata el profetismo y el testimonio neotestamentario

230. Es un hecho que el profetismo del período neotestamentario fue retrocediendo y, aunque en el Nuevo Testamento se nos dice que la Iglesia está fundada sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas (cfr. Ef 2, 20), quizá hemos prestado poca atención al profetismo. Los profetas son necesarios en todas las épocas porque son los mejores testigos del Espíritu que hace vivir a la Iglesia y que da capacidad para renovar la faz de la tierra; los profetas son centinelas atentos a la llegada de Dios y sus exigencias mantienen viva en la comunidad la espera de la vuelta del Señor pronunciándose sobre las necesidades del momento: advierten, consuelan y prometen con la fuerza del Espíritu que los llena e impulsa.

La fuerza del profetismo y del testimonio en la evangelización

231. El profeta es una persona llamada y enviada para transmitir la Palabra que él ha recibido; su tarea consiste en captarla, interpretarla, formularla y comunicarla al oyente; en cuanto a la Palabra es un hombre con una experiencia de Dios, en cuanto a los interlocutores es un servidor. Lo específico del profetismo es el contacto inmediato con Dios que envía a presentar un mensaje peculiar y concreto para un tiempo y una situación determinada. No nos abriremos al carisma profético si nos mantenemos instalados y satisfechos, si no damos espacio a la interpelación, si no sospechamos que nos hemos adaptado demasiado bien en nuestra fe y en nuestra Iglesia, si Dios nos resulta tan comprensible y la Iglesia tan normal. Los profetas, que nos hablan de Dios con pasión, nos recuerdan continuamente que Él es incomprensible y nuestra fe no es normal, sino una locura a los ojos del mundo.

El testimonio del Evangelio como nuevo estilo de vida

232. ¿Cómo pueden creer en el amor de Dios que se revela en Jesucristo quienes no lo conocen si no tienen el testimonio de quienes ya han sido conquistados por este amor y han arriesgado por él toda la vida? ¿Cómo

introducir en el amor a una persona a no ser por el contagio del amor? El testimonio es necesario porque el Evangelio es la revelación de una nueva forma de existencia, de un nuevo estilo de vida, ¿cómo podría Dios enseñar a los hombres un nuevo estilo de vida a no ser por una presentación concreta y ejemplar, la de Jesucristo?

Un programa misionero para salir y llegar hasta las periferias

233. Se trata de un programa misionero para orientar a la Iglesia a salir a la calle y llegar a las periferias con el anuncio del Evangelio. *“Es el anuncio que se comparte con una actitud humilde y testimonial... A veces se expresa de manera más directa, otras veces a través de un testimonio personal...”* (cf. EG 127-128). En la línea de los profetas que anuncian con alegría (cf. EG 4), el discípulo misionero ha de mantener su “no al pesimismo estéril” y, en el espíritu de Juan XXIII, debe disentir de los profetas de calamidades (cf. EG 84).

Nuevas actitudes para un estado permanente de Misión

234. No se trata de una propuesta de acciones puntuales, se trata de un proceso que se encamina a lograr un estado permanente de misión, y ello requiere nuevas actitudes. No hay que perder de vista que en el itinerario formativo del cristiano el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos, es determinante (cf. DA 226, 290) y que la meta que hay que perseguir es lograr que quien es evangelizado sea testigo de la fe (cf. DA 303). Un nuevo impulso evangelizador tiene como meta que los *“pueblos sigan creciendo y madurando en su fe para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con su propia vida”* (DA 16).

Atención esmerada a la realidad social

235. La propuesta exige una esmerada atención a la realidad social para descubrir y discernir los signos que encontramos en el ambiente y los desafíos culturales que se presentan. *Juntamente con la predicación, la catequesis y la denuncia, es también tarea de la Iglesia el testimonio del amor y de la justicia para que se despierten en la sociedad las fuerzas espirituales necesarias y se desarrollen los valores sociales.* (cfr. DA 99;384, EG 176-258). En este punto, tomando como estructura los tres elementos fundamentales de la evangelización -Jesucristo, la Iglesia y el hombre en el mundo- destacamos algunas notas indispensables para el auténtico profetismo y testimonio del discípulo misionero.

ACTUAR

A) PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA ACCIÓN MISIONERA

Anunciar la persona y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios

236. La Exhortación Apostólica “*Verbum Domini*” de Benedicto XVI, citando la “*Evangelii nuntiandi*”, afirma que “*No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios*”. El objetivo principal de la misión es presentar a Cristo como la excelente, sorprendente e incomparable “Buena Noticia” para el ser humano, haciendo resaltar su grandeza moral y espiritual. Y eso no es difícil, pues en la persona de Cristo, impresiona todo: su misterio, su santidad, su poder, su entrega fiel y generosa hasta la muerte; su libertad frente a los amigos, enemigos y parientes, su firmeza y autoridad, su palabra de vida eterna, su misericordia y, a la vez, su exigencia, su determinación en realizar el plan de Dios, el Reino de Dios, su amor apasionado por el Padre y la humanidad... Todo causa asombro y admiración en su vida: Juan Bautista lo señaló como Salvador, los discípulos estaban fascinados, las multitudes lo seguían encantadas, los demonios se echaban a sus pies, los enemigos reconocieron su franqueza y su poder, los pecadores vislumbraron en Él una esperanza de salvación, los pobres y sufridos se encontraron con su corazón inmenso, su Madre lo adoraba, su Padre lo contemplaba complacido desde los cielos. La Sagrada Escritura lo presenta como “*Señor de los señores y Rey de reyes*” (Ap 17,14).

El Evangelio es oferta de la salvación mediante el encuentro con Cristo

237. También es importante comunicar y anunciar con claridad que el Evangelio de Cristo no es sólo un mensaje doctrinal y moral, ni meramente social o político (puesto que “*mi Reino no es de este mundo*” cf. Jn 18,36) sino prioritariamente una oferta de salvación en el encuentro personal con Cristo vivo (“*Yo he venido para tengan vida, y vida en abundancia*” (Jn 10,10). Esta salvación abarca la tierra y el cielo, lo temporal y lo eterno, el cuerpo y el alma. El mensaje que debe anunciar el misionero y la comunidad eclesial es el mismo que anunciaron los Apóstoles y la Iglesia durante dos mil años: la vida eterna y la felicidad plena en Cristo resucitado. Esa es la “Buena Noticia”, el Evangelio de la salvación, el “kerigma”, el núcleo de la fe cristiana.

La fe cristiana es el camino hacia la plenitud de la alegría

238. Es importante presentar la fe como un camino hacia la plenitud de la vida humana. Todos los seres humanos son sensibles y están interesados en conseguir la felicidad o la plenitud, que es el fin principal de la vida. Todos entienden el discurso sobre la felicidad. Jesús resume su promesa de felicidad en la proclamación de las Bienaventuranzas, pero al tratarse de una felicidad viable en situaciones incluso paradójicas la podríamos llamar mejor “dicha”, en el sentido de “plenitud de alegría”, que es posible aún en medio de los avatares penosos de la vida. Son muchos los que prometen felicidad, ofreciendo dinero, placer, poder, amor, salvación, experiencias esotéricas, contactos sobrenaturales, experiencias religiosas... Hay toda una industria para producir y vender felicidad. Hay quien propone verdaderos valores y bienes auténticos; pero hay también estafadores, charlatanes y gente equivocada. Los cristianos debemos señalar a Dios como Bien Infinito que nos atrae y hace nuestra felicidad plena y que merece ser amado sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Y señalar que no hay otro camino para llegar a Dios que Cristo y su Evangelio: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”* (Jn 14,6).

Jesucristo es el camino de la belleza en la Evangelización

239. El Papa Francisco señala en la Evangelii Gaudium el camino de la belleza, “la “via pulchritudinis”, como medio privilegiado para la evangelización. San Buenaventura dice que San Francisco de Asís *“contemplaba en las cosas bellas al Bellísimo, y siguiendo las huellas impresas en las creaturas, seguía a todas partes el Amado”*. En la “Carta a los artistas” San Juan Pablo II afirma que la religión necesita de los artistas, y éstos de la religión. Efectivamente el lenguaje y las intuiciones artísticas van más allá de lo puramente material, espacial y temporal, y a través de ello se conecta con la trascendencia; en este sentido el arte puede ser un camino hacia lo divino, hacia la fuente y el arquetipo de todo ser, de toda belleza y de toda bondad. En el Documento de Aparecida se dice que *“Dios no es sólo la suma Verdad; Él es también la suma Bondad y la suprema Belleza”* (DA 496). Cristo es la “via pulchritudinis” por excelencia, porque es la Belleza primera, pues refleja en todo al Padre Celestial, siendo *“el resplandor de la gloria de Dios, imagen e impronta de su Ser”* (Hb 1,3).

El diálogo del Evangelio con la ciencia y la filosofía, camino de evangelización

240. También el diálogo con la ciencia y la filosofía, tan valorados en la modernidad, puede y debe ser un camino de evangelización. Aunque la ciencia experimental no pueda decir casi nada acerca de Dios, en virtud de su método, pues con sus instrumentos sólo describe y mide la realidad tal como le sea posible hacerlo, fijándose en su estructura física, química y biológica, sin embargo, la ciencia ofrece a la filosofía y a la religión los datos para poder deducir o abrirse a la existencia y a la acción de Dios, para poder explicar el origen del ser, el orden, las perfecciones y el finalismo de los entes de la naturaleza. Los científicos observan el “big bang”, el “diseño inteligente”, el “fino ajuste”, la “extrema complejidad”, y el “fin antrópico” del universo. Los filósofos hablan de las pruebas cosmológicas (Dios como Causa Incausada, Causa Eficiente, Motor inmóvil, el Absoluto, Causa del orden y finalismo universal, y el Ser Perfecto origen de todas las perfecciones). Otros hablan de la prueba psicológica (el deseo de infinito y de perfección de todo ser humano que busca a Dios como Bien Infinito) y otros, de la prueba moral (Dios como fundamento de la conciencia y de la conducta humana). La religión cristiana, a partir de la revelación natural y sobrenatural, habla de Dios Creador, Dios Santo, Dios Perfecto, Dios Padre, Dios Amor, Dios Trinidad, pero también de un Dios vulnerable, misericordioso, sufriente, hecho pobre y hecho humano y finalmente anonadado hasta la muerte en cruz, un Dios verdaderamente sorprendente, que a la vez es Buena Noticia, el Evangelio por antonomasia del amor de un crucificado.

La evangelización de las culturas

241. La acción evangelizadora deberá dirigirse también a las culturas: “*Es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio*” (EG 69). Juan Pablo II creó para ello el Consejo Pontificio de la Cultura, a fin de sensibilizar a toda la Iglesia en las tareas concretas de la evangelización de las culturas, debido sobre todo al hecho de la ruptura entre la fe y la cultura moderna. “*En el mundo moderno, la religión y la cultura no van a la par, como en las sociedades del pasado. Las culturas desacralizadas y descristianizadas se han convertido en un nuevo terreno de evangelización*” (H.Carrier). En la Evangelii Nuntiandi n° 19 el papa Pablo VI afirma que hay que “*convertir por la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes de inspiración y los modelos de vida de*

la humanidad que son contrarios a la palabra de Dios y al proyecto de la salvación". El Evangelio es de suyo generador de cultura. Toda la historia del cristianismo demuestra el poder civilizador del evangelio. También en nuestros tiempos es posible transformar la sociedad secularizada con los valores y los principios del evangelio, porque el hombre es siempre el mismo en su naturaleza racional y psicológica necesitada de redención y plenitud.

La transformación de las culturas por medio del Evangelio

242. A veces se critica y se culpa a la Iglesia por cambiar o destruir las costumbres y la cultura de un pueblo mediante la evangelización. Pero eso no es exacto. Cambiar no es destruir, sino transformar, mejorar y perfeccionar. Cuando la Iglesia anuncia el Evangelio no destruye nada, sino que promueve una cultura auténtica, basada en valores y verdades divinas que generan una mayor perfección en el hombre y en los pueblos. Las diversas culturas no son perfectas y siempre tienen elementos que deben ser mejorados y transformados; ninguna cultura es un absoluto; por lo tanto, es lógico pensar que las culturas puedan y deban acceder a la verdad suprema y al supremo bien que propone la fe cristiana, que se basa en la Palabra de Dios y en los dones del Reino. Cuando el Evangelio no se impone con la fuerza, cuando se acepta libremente, no se puede inculpar a la Iglesia de hacer ningún tipo de daño, sino todo lo contrario, más bien hay que reconocer y agradecer el beneficio que aporta a la cultura de un pueblo, purificándola, saneándola y elevándola a una mayor pureza y dignidad.

La Iglesia atenta al mundo y comprometida con él

243. La evangelización debe tener en cuenta también los nuevos areópagos y escenarios emergentes, como el mundo digital, de la comunicación y del espectáculo, el mundo del trabajo y de la política, el mundo juvenil y de la mujer, la globalización de las relaciones sociales y de mercado, el diálogo ecuménico e interreligioso. Es una tarea inmensa que supone el compromiso de una Iglesia atenta y abierta al mundo, en permanente estado de misión, capaz de adoptar nuevas estrategias, abandonar estructuras caducas, implementar un proceso de conversión pastoral personal y comunitario, movilizar todas las fuerzas vivas: individuos, familias, grupos eclesiales, religiosos y religiosas, clero y pueblo de Dios. Todos los creyentes hemos de trabajar en la viña del Señor, empeñados en las pastorales específicas, para ofrecer la salvación al mundo entero,

porque “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4).

Tres frentes: Pastoral, Reevangelización y Nueva Evangelización

244. Para ofrecer y proponer la salvación hay que ponerse “en salida”, en estado de misión, dice el Papa Francisco: “*La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 15). La misión de la Iglesia de América se despliega en tres frentes: A) animación pastoral dirigida a los cristianos militantes y a las comunidades eclesiales constituidas, con miras a una mayor conversión y al compromiso misionero. B) La nueva evangelización para los cristianos alejados de la fe y las áreas descristianizadas del continente. C) La misión “ad gentes”, hacia los grupos, pueblos y sociedades que no conocen a Cristo y su Evangelio (cfr AG 6; RM 33; EG 14).

Prioridades: Compartir, Comunicar, Celebrar, Comprometerse

245. La misión evangelizadora deberá tener las siguientes prioridades, que, siguiendo el paradigma del encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús, podríamos resumir en cuatro verbos capitales y de la misión católica que comienzan con “C”:

- a) Crear un ámbito para *Compartir* con los otros el camino de la vida, en diálogo abierto e insertándose en las diversas culturas, en los diferentes pueblos y las múltiples problemáticas vitales de nuestras gentes,
- b) Crear un ámbito para *Comunicar* el anuncio kerigmático, catequético, y profético;
- c) Crear un ámbito para *Celebrar* la vida y la fe desde el servicio ministerial sacerdotal y litúrgico, por el cual se ofrece la vida divina y se celebra la vida de gracia;
- d) Crear un ámbito para *Comprometerse* en el servicio de la caridad y de la doctrina social de la Iglesia, para la transformación de la convivencia humana y social según las exigencias del Evangelio y del Reinado de Dios.

Misión entre las Iglesias y misión “ad gentes”

246. En el documento de Aparecida leemos: “*Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras “ad gentes”... dando de nuestra pobreza*” (DA 368). En realidad – señala el P. Roberto Tomichá – no es sólo pobreza, sino que es, ante todo, intercambio,

reciprocidad, aprendizaje mutuo, pues *“nuestras Iglesias pueden ofrecer algo originario e importante: su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe”* (DA 368).

La misión es de alcance universal

247. El Evangelio debe ser anunciado a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra: la misión debe tener un alcance universal, étnico y geográfico. El anuncio de la Buena Noticia supone el reconocimiento de la dignidad de los interlocutores, excluyendo todo clasismo, racismo y discriminación, pues *“Dios no hace acepción de personas”* (Rom 2,11). Todos los hombres son hermanos (cfr. Mt 23,8) y Dios los invita a todos por igual a participar de su vida divina. Esta convicción debe ser no sólo individual, sino también institucional, eclesial y comunitaria, para hacer posible y efectiva la misión. Para que la evangelización sea eficaz, es necesario que se haga desde una comunidad testimonial, que vive en comunión, fiel a *“las enseñanzas de los apóstoles”* (Hch 2,42), como la primera comunidad cristiana. De esa manera la comunidad gozará de la aceptación de los demás y el Señor la hará crecer (cf. Hch 2,47).

Evangelizar con alegría, ternura, misericordia y hospitalidad

248. ¿Cómo debemos evangelizar? El estilo misionero está bien expresado en el documento de Aparecida: *“... con las actitudes del Maestro, teniendo siempre en cuenta la Eucaristía como fuente y cumbre de toda la vida misionera. Invocamos al Espíritu santo para poder dar un testimonio que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo... ofreciendo incesantemente una vida digna y plena para todos...”* (DA 363). Según el Papa Francisco el evangelizador debe tener como actitudes la alegría, la ternura, la misericordia, la hospitalidad; *“un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral”* (EG 10).

Evangelizar con todos los recursos posibles y el testimonio de la caridad

249. ¿De qué manera debemos evangelizar? Se debe evangelizar con el contacto directo, de manera sistemática y organizada, con una catequesis adecuada. La misión se debe llevar cabo con la Biblia en la mano,

contando con los medios de comunicación, aprovechando las celebraciones litúrgicas, sacramentales, festivas y de difuntos, promoviendo y apoyando los nuevos movimientos: Comunidades Eclesiales de Base, Cursillos de Cristiandad, Renovación Carismática, Neo-catecumenado, Comunión y Liberación. Se debe aprovechar lo que sea válido de la religiosidad popular, de las devociones, de las tradiciones y de las culturas locales. Hemos de reforzar y actualizar la catequesis de iniciación y de perseverancia, la pastoral juvenil y vocacional, y dar un lugar privilegiado a la pastoral familiar, la pastoral juvenil, a la caridad y la pastoral social. Para ello hay que integrarse en la pastoral de conjunto de la parroquia y de la diócesis. Y sobre todo, hay que evangelizar con el testimonio de la caridad y de la santidad, a nivel personal y comunitario.

La evangelización humanizadora y cristianizadora

250. La evangelización debe tener en cuenta la doble dimensión de su acción transformadora: humanizadora y cristianizadora. La evangelización contribuye sobremanera a humanizar las relaciones personales y sociales, políticas y económicas, con la ética y la espiritualidad del Evangelio, para lograr una convivencia de solidaridad y fraternidad universal, en el espíritu de la reconciliación y la comunión. El Papa emérito Benedicto XVI afirmó que el mayor aporte de la Iglesia al mundo moderno, es la evangelización. Eso es cierto, porque el Evangelio es portador de valores humanos genuinos y con su ley suprema del amor puede componer todo conflicto, vencer toda hostilidad. La doctrina social de la Iglesia es un ejemplo de promoción humana basada en los principios y los preceptos del Evangelio, que haría posible una sociedad justa, pacífica y liberada. Pero sobre todo la otra dimensión cristianizadora, que es prioritaria, se refiere a la evangelización propiamente dicha, con su contenido doctrinal, espiritual, ascético y místico y consiste en anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, revelación definitiva de Dios para que en su amor los seres humanos encuentren la salvación. Jesús dijo: “*Busquen primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás se les dará por añadidura*” (Mt 6,33).

La misión de la Iglesia es la del mismo Jesús

251. La misión de la Iglesia surge del encuentro con Jesucristo, que se renueva cada vez que lo acogemos en el camino de la vida, escuchamos su Palabra y celebramos la Eucaristía. Si lo seguimos a él, no podemos quedar pasivos ante las injusticias que nos rodean, sino que hemos de sentirnos partícipes de su misión profética en medio de este mundo y sus

circunstancias. ¿Somos una Iglesia capaz de inflamar el corazón de amor a Jesús, de las personas? No podemos olvidar que cuando Jesús hace su presentación en la Sinagoga de Nazaret, anuncia que ha sido ungido para traer la Buena Nueva a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, para despedir libres a los oprimidos (Lc 4, 18-19). Se presenta como el Ungido por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva. Frente a la situación de injusticia y de pecado, Jesús emprende la misión de predicar el Reino denunciando los abusos y anunciando la reconciliación, la solidaridad y el amor. Anuncia con su vida y palabra que el Reino se acerca, y nos invita a reproducir en nosotros esos rasgos de familia para que el Padre Dios pueda reconocernos como hijos (cf. Lc 6,19). Nos llama a perdonar y ser misericordiosos, a amar y a rezar por los enemigos. El nos urge a estar continuamente en salida, en búsqueda de aquellos y aquellas que no han recibido la fuerza y la alegría del Evangelio. Nosotros como Iglesia, por naturaleza, somos misioneros, porque nuestra misión está basada en la misión de Jesús. Por lo tanto debemos seguir su ejemplo y una de sus características fue, el *salir* de su casa y medio social. Anduvo por los pueblos y ciudades dando a conocer el amor de su Padre Dios. Compartió con todos y dio su vida. Eso nos toca hoy hacer a todos sus seguidores. Hay que *salir* de nuestra comodidad para descubrir la presencia de Dios en los diferentes pueblos, en los nuevos escenarios y sujetos. Hemos de transformar nuestra Iglesia del continente Americano en una verdadera Iglesia en misión, pero para ello será imprescindible sentirse Iglesia y afrontar el reto de la formación permanente.

Visión integral de la liberación y salvación desde la misericordia cristiana

252. Jesús vino a liberarnos del pecado; pero estuvo atento a la realidad que fue encontrando. No en vano, la misericordia cristiana tiene una visión integral de la salvación, proyectándose también en lo material y social de la humanidad: “*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren*” (GS 1) se constituyen en “sacramento” de la benevolencia de Dios, de Jesús. Y el signo más inmediato del amor de Jesús fue su preferencia y opción por los pobres y excluidos, siendo testigo de una brecha entre ricos y pobres, que sigue abierta, es profunda y evangélicamente escandalosa; y ahí está, en una descripción clamorosa de los nuevos rostros sufrientes de Cristo en nuestra sociedad, tal como hacen Puebla (nn. 31-39), Santo Domingo (nn. 32-39) y Aparecida (n. 65).

B) PRIORIDADES DE NUESTRO COMPROMISO MISIONERO

1) LÍNEAS DE ACCIÓN PARA DESARROLLAR LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

Destacar la centralidad y la alegría del mensaje pascual

253. Potenciar al máximo entre los ministros de la Palabra, los predicadores del Evangelio, los sacerdotes, diáconos, y los demás servidores de la Palabra de Dios, lectores y catequistas el conocimiento y la profundización en el misterio central de la fe cristiana, que es el Misterio Pascual de la muerte y resurrección de Jesús, con todas sus consecuencias para la vida, la moral y la espiritualidad cristiana, convirtiéndolo así en el mensaje central de la alegría del Evangelio.

Educar en la alegría de las bienaventuranzas evangélicas

254. Comunicar y enseñar sistemáticamente a nuestro Pueblo de Dios la preeminencia del mensaje de las Bienaventuranzas, que constituyen la verdadera antología del Evangelio y que resumen la alegría de todo el mensaje cristiano y de los valores y contenidos paradójicos de la vida y misión de Jesucristo en su concentración apasionada por el Reino de Dios y su justicia. Asimismo poner la opción preferencial y evangélica por los pobres, contenida en las bienaventuranzas, como eje transversal de todas las actividades y estructuras de la Iglesia: actividad catequética, litúrgica, misionera y evangelizadora.

Crear espacios de atención a los que sufren

255. Crear en nuestras comunidades cristianas católicas espacios de encuentro, de comunicación y de atención a las personas que viven decepciones y frustraciones profundas por los sufrimientos que conlleva la enfermedad en la vida humana, los problemas matrimoniales y las diferentes situaciones de marginación social: indigentes, transeúntes, así como las familias que viven en la precariedad, en la pobreza, en el desempleo o como inmigrantes o cualquier otro tipo de descarte del engranaje social o de exclusión por su condición personal.

Fomentar espacios de diálogo y de alegría en nuestras comunidades

256. Fomentar en nuestros diversos ámbitos de vida cristiana una cultura del diálogo abierto y sincero que conduzca a la alegría, en la familia y en el matrimonio, en nuestros ambientes eclesiales, parroquiales y comunitarios, en los ámbitos sociales y políticos, entre los pobres y marginados.

Cambiar de paradigma misionero: del transmitir al compartir en la alegría

257. Cambiar de paradigma y de planteamiento misionero, pasando del esquema de “transmitir” contenidos al de “compartir” experiencias desde la fe y en la alegría, y que ello quede reflejado en los materiales que se utilizan y en las actividades que se realizan con los niños, con los jóvenes, en la pastoral matrimonial y prematrimonial, en la pastoral vocacional y en los seminarios de formación sacerdotal, en la pastoral misionera con los alejados y en la pastoral misionera con los más pobres, con los enfermos y con los marginados.

Ir a las periferias del dolor y comunicar alegría

258. Ir a las periferias geográficas y existenciales del dolor para llevar la alegría del Evangelio, que comunica consuelo y esperanza, fortaleza y resistencia, amor y solidaridad, desde el diálogo abierto y sincero con el otro en el ámbito de la diversidad cultural y humana, del desarrollo social y político de nuestros pueblos y de nuestras gentes.

Crear espacios de acogida y de alegría para los excluidos

259. Crear espacios de acogida y escucha en nuestras comunidades cristianas para los excluidos de nuestra sociedad, particularmente para las mujeres, de las cuales el cincuenta por ciento sufre malos tratos por parte de los varones, para las familias más pobres, para los indigentes y desahuciados, para los ancianos, los enfermos y discapacitados.

Celebrar la liturgia en clave misionera

260. La finalidad principal de la liturgia no es la evangelización. Más bien es al revés: «La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir -y a no recibir de modo pasivo y apático- los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe» (EN 47). Pero cuando los que asisten a las celebraciones son personas alejadas y cristianos de fe muy débil y

apagada, no podemos olvidar que la liturgia es también la manifestación más privilegiada de la fe de la iglesia y, por tanto, medio aptísimo para despertar a ilustrar la fe de las personas. Para lograr este objetivo es necesario cuidar mucho todas las celebraciones de la fe y de los sacramentos, para que se conviertan en auténticas fiestas religiosas por la presencia y la acción en ellas a través de la Palabra y de los Sacramentos. Para que las celebraciones puedan ser un anuncio evangelizador es preciso prepararlas con esmero, extremar la acogida, potenciar los gestos y signos, cuidar el lenguaje, la homilía, los cantos, la música, las moniciones, de manera que conecten mejor con la sensibilidad, preocupaciones e inquietudes del hombre de hoy.

Evangelizar a partir de los momentos cruciales de la vida personal

261. Aprovechar la demanda religiosa de las gentes. De manera casi natural, la mayoría de nuestra población acude a la parroquia en los momentos claves de la existencia (nacimiento, matrimonio, enfermedad, muerte...). Esta demanda, que brota de la dimensión religiosa, ofrece a las parroquias una gran oportunidad para evangelizar y ayudar a vivir de manera más digna y profunda el nacimiento, el amor, el sentido del dolor, la muerte, la esperanza final. Esto exige cuidar mucho más la preparación y celebración del Bautismo, el Matrimonio, la Unción de los enfermos, los funerales, etc.

Depurar y orientar según el Evangelio la religiosidad popular

262. Purificar y orientar la religiosidad popular desde las claves del Evangelio. Las manifestaciones populares de religiosidad (fiestas, devociones, costumbres religiosas, patronales, procesiones...), que muchas veces tienen el peligro de convertirse en deformaciones de la religión o en meras manifestaciones culturales, son también portadoras de muchos valores evangélicos y hasta constituyen la forma popular de expresar la fe en el Evangelio. Por eso pueden ser un instrumento misionero muy apto. Pero a condición de que nos esforcemos por realizar las tres acciones que aconseja la *Evangelii Nuntiandi* respecto a la religiosidad popular: ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables; ayudarla a superar sus riesgos de desviación; y orientarla mediante una pedagogía de evangelización para resaltar sus contenidos cristianos.

Fomentar la devoción a la Virgen María en clave evangelizadora

263. Fomentar la devoción sincera y profunda a la Virgen María en clave evangelizadora, es decir, convirtiendo la devoción en una llamada a la conversión del corazón, de la mentalidad y de la conducta en virtud de la acción del Espíritu a través del Evangelio. Alguien ha dicho que la Virgen evangeliza siempre y es verdad. Es preciso aprovechar los momentos y las celebraciones marianas, como fiestas, novenarios, procesiones, para hacer un verdadero proceso catequético y evangelizador.

La Eucaristía, cumbre y fuente de la alegría del Evangelio

264. Promover que la celebración eucarística del pan partido para la vida del mundo se convierta realmente en el centro de nuestra vocación cristiana como discípulos y misioneros en un mundo de injusticias, desigualdades y violencia, haciéndola cada vez más gozosa y expresiva y que comunique la dicha de la opción por los pobres

La Eucaristía, sacrificio de comunión

265. El *sacramento de la eucaristía* es memoria pascual, donde la muerte de Cristo tiene sentido redentor. Responde a un Amor apasionado, que rompe el círculo del odio y la violencia, constituyéndose en un acto de reconciliación. Por eso, la dimensión de sacrificio es esencial en la eucaristía; como lo es toda acción salvífica de Jesús, donde resplandece la entrega total de su persona, hecha redención y reconciliación. Y es cuando nuestras eucaristías logran ser al mismo tiempo celebración, banquete, en el que comulgando a Jesús, Él nos comulga y todos nos descubrimos uno en Él, sin que nadie quede “excomulgado” de nuestra vida.

Fomentar el sacramento del perdón y de la misericordia de Dios

266. La Misericordia es el sacramento de la Reconciliación y del perdón, principio para la comunión. El Papa Francisco señala que “*la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más*”, y nos advierte que, siendo la justicia “*el primer paso, necesario e indispensable, la Iglesia, no obstante, necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y significativa*” (MV 10). El perdón “*nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia, ya que es prueba de cómo Dios ama*” (MV 17). Donde el amor grande va por delante y la lógica humana se pierde en sí misma. El misterio del perdón escapa a una humana comprensión y rompe todos los esquemas. Hay un “*sacramento*” interior, el del perdón, que nos viene con nuestro sacerdocio en Cristo, y que todo

bautizado debe ejercer incansablemente, “*hasta setenta veces siete*” (Mt 18,22), y que nos hace ser testigos privilegiados y diarios de la misericordia de Dios. La vida nos ofrece constantes oportunidades, que debemos aprovechar, haciendo nuestra la gran invitación de Jesús: “*Si tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano...* (Mt 5, 24). El sacramento de la penitencia fue instituido por Cristo como gran signo de reconciliación. Siendo la penitencia el sacramento del perdón mediante la absolución de los pecados, es también sacramento de la reconciliación, ya que se recupera el amor del Dios que reconcilia. Todo lo cual supone un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y reparación por parte del pecador; para que termine siendo una experiencia liberadora: la confesión se hace de cara a un Dios “*rico en misericordia, lento al enojo*” (Ef 2,4).

Promover el encuentro con la Biblia en el ámbito cultural

267. Promover el encuentro entre la razón y la fe a partir de la Biblia. La Biblia es el libro de los libros y constituye uno de los grandes pilares de la cultura occidental. La Biblia es el libro más traducido, difundido, vendido y leído del mundo. Sin embargo, no es un libro que ocupe un puesto relevante en el ámbito de los estudios universitarios de los países de la cultura occidental. La Iglesia en su tarea evangelizadora ha de promover como fuente de renovación cultural, de encuentro entre culturas y pueblos y como camino de paz entre las diversas religiones el estudio, la investigación y la docencia de la Biblia, pues ésta es sin duda, además del libro de la Revelación Divina escrita para los creyentes, el gran referente cultural del mundo occidental.

Conseguir para la Biblia y los Evangelios el estatuto de gran código cultural de América

268. Si la Biblia es valorada como el “gran código”, especialmente en Occidente, sería importante que ésta adquiriera rango de materia fundamental en el mundo de la cultura occidental que es América. Una Iglesia que quiera hacer presente en el mundo de la cultura desde su potencial cultural propio debería trabajar por conseguir que la Biblia ocupe el puesto que le corresponde en la cultura de cuño occidental. Para ello habría que trabajar para buscar un espacio público, abierto y plural desde el punto de vista teológico en la Universidad pública de los países Occidentales. La Iglesia podría potenciar la creación de Escuelas Bíblicas

Superiores en las Universidades públicas. En estas escuelas pueden tener una presencia muy significativa otras ramas del saber, la filología, la historia, la arqueología, el arte, la filosofía y la teología.

Crear escuelas interparroquiales de enseñanza bíblica

269. Crear escuelas interparroquiales misioneras para fomentar sistemáticamente el conocimiento, profundización, estudio y difusión de la Palabra de la Sagrada Escritura como Palabra viva y permanente que regenera la vida para vivir en la alegría de la presencia de Jesucristo.

Instaurar catequesis bíblicas en los intersticios de las catequesis sacramentales

270. Dado el escaso conocimiento de los Evangelios y de la Biblia en nuestra población católica instaurar con regularidad catequesis bíblicas orientadas a comprender la Sagrada Escritura y la sacramentalidad de la Palabra Viva, en las fases subsiguientes a las celebraciones de los sacramentos de iniciación cristiana, bautismo, eucaristía y confirmación, para que haya una preparación específica en cada edad al encuentro con Jesucristo a través de su palabra de modo que el corazón de las personas cristianas católicas pueda sentir la presencia emocionada y gozosa del Resucitado a través de la Escritura.

Crear un nuevo ministerio laical femenino: El ginacolitado

271. Las mujeres del evangelio ocupan un lugar primordial en la génesis de la nueva humanidad, pues ellas son las primeras en recibir el mensaje de la resurrección, a ellas en primer lugar se aparece Jesús resucitado, y ellas son las primeras a las que se les encomienda transmitir a los demás discípulos el mensaje pascual (Mt 28,7). Pero su preeminencia en la experiencia del encuentro con el resucitado creo que no es casual, pues ellas permanecieron firmes ante el crucificado cuando todos los discípulos habían abandonado a Jesús dejándolo solo en la hora decisiva de la muerte. Es de destacar el lugar preeminente que ocupa la Virgen María en el Evangelio de Juan al pie de la cruz. Ante las necesidades evangelizadoras del tiempo presente en nuestra Iglesia, se podría pensar en un ministerio específico de las mujeres, en cierto modo, parecido al diaconado, pero denominado de otro modo. Su identidad como ministerio singularmente femenino incluiría el carácter de discípulas y seguidoras, que siguieron con Jesús desde Galilea (cf. Lc 23,49), que subieron con él hasta Jerusalén (cf.

Mc 15,41), que estaban allí acompañando y como testigos (cf. Mt 27,55; Mc 15,40) y contemplaron todo lo sucedido (cf. Mt 27,55; Mc 15,40; Lc 23,49). Ellas son también las primeras evangelizadoras del Resucitado (cf. Lc 24,23). Por todo ello se podrían denominar “ginacólitas”, del griego “γυνή / γυναικος” (mujer) y “ακολουθεω” (seguir). Así se resalta su carácter femenino y su seguimiento fiel imperturbable, ni siquiera por la muerte.

Funciones del ministerio del “ginacolitado”

272. De estas notas sale el perfil y la misión específica de las mujeres, con el rango de ministerio eclesial, como “ginacolitado”, que podría tener las siguientes funciones y atribuciones ministeriales: Sus funciones específicas serían:

- a. La del proclamación y predicación Evangelio en la Iglesia y en el mundo, como los diáconos;
- b. El ministerio de la consolación ante el vasto mundo del dolor en cualquiera de sus múltiples manifestaciones (atención a los enfermos, pobres, encarcelados, refugiados, marginados, descartados de todo tipo, es decir, ante “los crucificados” del tiempo presente);
- c. La corresponsabilidad con el párroco, en el marco de la comunidad parroquial, si bien, como ocurre con los diáconos, se trata de una corresponsabilidad subordinada a la del párroco, cuyas atribuciones se pueden estipular bien en el funcionamiento del Consejo Parroquial.
- d. Y podrían celebrar los sacramentos del Bautismo y del Matrimonio, al igual que los diáconos actuales.

Las mujeres ginacólitas

273. Serían mujeres, religiosas o laicas solteras o casadas, que, tras estudiar el mismo curriculum teológico de los sacerdotes, llegan a ser teólogas, como los presbíteros, se forman como tales en comunidades cristianas de vida compartida, con las exigencias convenientes y reciben de parte del Obispo el ministerio del Ginacolitado así como el nombramiento pastoral para la parroquia o comunidad cristiana que les corresponda.

2) LÍNEAS DE ACCIÓN PARA AVANZAR EN COMUNIÓN Y RECONCILIACIÓN

Potenciar la creación de comunidades de vida misionera

274. Desarrollar un estilo de comunidades católicas acogedoras y sencillas, donde todos puedan encontrarse como en su casa. Valorar los pequeños compromisos de la gente en medio de las realidades humanas, sociales, políticas y eclesiales en que se mueven. Para ello se ha de promover y apoyar al máximo las *Comunidades Eclesiales de Base* como forma concreta de vivir la dimensión misionera de la Iglesia, inmersa en el mundo y en las realidades sociales y humanas. También se ha de desarrollar, potenciar y profundizar el método de la *Revisión de Vida*, con sus tres pasos fundamentales (*Ver, Juzgar y Actuar*), como instrumento de análisis y de transformación personal, eclesial y social desde la fuerza del Espíritu, que ilumina con la Palabra del Evangelio y opera en todos los miembros de la comunidad eclesial convirtiéndonos a todos en auténticos misioneros en medio de nuestro mundo.

Crear la institución de Cáritas en todas las comunidades cristianas

275. Crear, fomentar y desarrollar la institución de Cáritas en todas las comunidades cristianas parroquiales y no parroquiales, con el fin de hacerse presente desde la práctica de la caridad y de todas las obras de misericordia de manera organizada y estructurada ante las necesidades materiales y sociales de nuestra población, especialmente entre los más pobres y necesitados, tanto de cerca como de lejos. Es preciso una Cáritas en red, con visión misionera, que se estructure en todas las comunidades, diócesis y jurisdicciones ya haga visible como institución el servicio de la Caridad y de la Misericordia hacia los más descartados y vulnerables de nuestras sociedades.

Avivar la koinonía eucarística mediante la ofrenda por los pobres

276. Nos hacemos eco de una propuesta realizada en el V Congreso Eucarístico Nacional de Bolivia en 2015, que consistía en vincular la fracción del pan a la *koinonía* con los más pobres y necesitados, con los hambrientos y descartados de nuestro mundo. No puede haber Eucaristía sin *koinonía* con los pobres. Dos criterios pueden orientar esta comunión con los más pobres y necesitados. El primer criterio de esa comunión

puede ser que la mitad de los bienes de la comunidad eucarística sea siempre para los pobres, y el segundo que se tenga en cuenta la apertura universal hacia los pobres de toda la tierra, hacia los de cerca y hacia los de lejos.

Partir el pan con el hambriento (Is 58,7)

277. El primer criterio puede tener su fundamento en el texto de Is 58,7, del cual se desprende que el verdadero ayuno y el verdadero sacrificio que Dios quiere es “partir el pan con el hambriento”. Esto lo entendió muy bien el personaje Zaqueo, del evangelio de Lucas (Lc 19,1-10), que tras el encuentro con Jesús y en el contexto de una comida con el Señor, en la cual él experimenta la salvación, decide dar la mitad de los bienes a los pobres. A partir de ese encuentro con Jesús se produce ya en el tiempo presente la auténtica salvación. Ese comportamiento de cambio radical en la atención a los pobres tiene el mismo efecto que la fe. De igual modo que la fe conduce a la salvación al leproso y al ciego (Lc 17,19; 18,42), el cambio de rumbo en la consideración de los pobres como destinatarios de los bienes de que carecen también condujo a Zaqueo a la salvación. Y es que los pobres son lugar de salvación, ellos son lugar teológico por antonomasia. Esta orientación teológica constituye una dimensión esencial de la fe cristiana que está a la base de la “opción preferencial y evangélica por los pobres”, vigente en la iglesia actual y ratificada por los últimos papas, Juan Pablo II, Benedicto XVI y el papa Francisco y está llamada a ser un mensaje de salvación en el mundo actual y de transformación de las estructuras sociales e injustas de la tierra.

Proyectar la comunión de bienes con sentido de universalidad

278. El segundo criterio de la universalidad en la generosidad del compartir comunitario deriva de la comprensión de la *koinonía* (κοινωνία), según la tradición paulina y lucana, que hemos visto anteriormente, así como de la proyección misionera universal contenida en los relatos del reparto del pan entre las multitudes, según las tradiciones evangélicas. Lucas nos dice que en el interior de la comunidad nadie pasaba necesidad y que lo tenían todo en común y en eso consiste la *κοινωνία* (cf. Hch 2,42-44; 4,32-35). Y Pablo concebía la *κοινωνία* como la solidaridad indiscutible con los pobres de la ciudad lejana de Jerusalén (cf. Rom 15,26; 1 Cor 8,4; 9,13). Si a eso añadimos la dimensión misionera de las narraciones del reparto del pan entre los necesitados, en las cuales Jesús implica al discipulado en dar de

comer a la multitud hambrienta, sin hacer distinciones en la procedencia de la misma ni en el lugar en que el milagro se realiza, entonces percibimos el sentido universal y sin fronteras que en la ayuda a los pobres y necesitados la *κοινωνία* lleva consigo.

Compartir: “La mitad de los bienes la doy a los pobres” (Lc 19,8)

279. Por todo ello, se propone establecer un criterio orientador del destino de los bienes en cada comunidad, a saber, que igual que en la Eucaristía se parte el pan, se parta también la “colecta” o “*κοινωνία*” de todas las misas, de modo que el 50% de la ofrenda recaudada en cada misa sea siempre para los pobres, los pobres de cerca y los pobres de lejos, y el otro 50% para las necesidades de la comunidad. De ese modo se redescubre el verdadero sentido de la comunión en un solo cuerpo. De los textos eucarísticos de 1Cor 10,16 y Hech 2,42.44, se desprende el sentido verdadero de comunión-koinonía en la unidad. Esta *koinonía* se realiza también en los relatos del reparto del pan entre la multitud. Del mismo modo entendemos el ayuno que Dios quiere como “partir tu pan con el hambriento”, del texto de Is 58,7.

Potenciar la catequesis misionera

280. Potenciar la catequesis misionera significa que necesitamos describir y poner en marcha procedimientos y métodos para iniciar en la fe o para lograr una fe más personalizada. Necesitamos realizar acciones de primer anuncio, acciones que estén orientadas a lograr un primer impacto evangelizador que despierte las conciencias y descubra la necesidad de un replanteamiento de la vida, a través de la realización de misiones populares, de cursillos, jornadas, encuentros, seminarios, predicaciones ocasionales en concentraciones de distinto tipo, etc.

Promover el catecumenado de cristianos adultos

281. Es necesario también promover el catecumenado para personas realmente alejadas o ajenas a la realidad de la fe. Nos referimos a abrir procesos personales y comunitarios, capaces de conducir de la no-fe a la fe, del alejamiento a la comunidad, del vacío a la experiencia religiosa, de la indiferencia a la opción por Cristo. En esa línea hay que desarrollar una pastoral pre-sacramental de carácter evangelizador. Se ha de cuidar que a toda acción sacramental preceda un anuncio evangelizador, al menos

ocasional (contacto con padres, preparación de novios...). Este tipo de contactos puede ser el medio de conectar con alejados dispuestos a iniciar encuentros de carácter catecumenal que permita iniciar la experiencia de grupos de vida cristiana adulta y madura, que sigan como orientación fundamental el método valioso de la Revisión de vida.

Promover la planificación parroquial misionera como Iglesia en salida

282. Estimular la elaboración de una planificación parroquial y comunitaria misionera, con catequesis bíblicas para las diferentes etapas de formación de las personas y ofrecer una formación integral y espiritualidad renovadas y adecuadas, que ayuden a iniciar a los misioneros y misioneras en las necesidades pastorales de cada pueblo. De este modo se ha de ampliar y consolidar la acción misionera de los países de América, como una Iglesia en “Salida” ad intra y ad gentes.

Animar la Reconciliación personal

283. Sólo la persona reconciliada puede reconciliar. Reconciliado consigo mismo significa ser capaz de vivir con nuestras luces y sombras, con nuestras sonrisas y lágrimas, mediante el perdón que nos concedemos a nosotros mismos desde el perdón de Dios. Es cuando la historia personal se descubre curada de ciertas heridas y hasta transfigurada. La persona ya es otra, como otro es el modo de mirar la vida y a las personas. Y entonces es ya agente de reconciliación y de comunión, llegando a descubrir su vocación de Dios. La Reconciliación no queda en el ámbito liberado de la propia conciencia, ni en el diálogo-encuentro con el otro y con la otra, sino que debe proyectarse en todos los ámbitos de la vida a los que nos debemos. Y demostrando que es posible un mundo mejor, una paz más auténtica y estable, una geopolítica humana sin fronteras.

Promover la Reconciliación familiar

284. La defensa de la familia es una cuestión urgente. La familia es un espacio de humanización y santificación, de salvación y del Reino. Es un espacio privilegiado para la vida, con su campo magnético espiritual, en base a experiencias, influjos, apoyos, testimonios...y frustraciones; lugar del encuentro, del amor, de la gratuidad y la gratitud, de la experiencia afectiva no disimulada, del sacramento hecho vida. La familia pone carisma, gracia especial, que capacita para afrontar las dificultades, problemas y conflictos. Se impone con urgencia educar para la reflexión,

la escucha, la valoración mutua, el respeto, la comunicación y el encuentro, el amor, el perdón, el olvido, la alegría sana, la felicidad compartida, la serenidad, la lucidez, la armonía. El trabajo, y el ocio familiar un tanto programado. Todo un vocabulario a recuperar en familia.

Promover el Diálogo Interreligioso orientado a la Reconciliación

285. Nos dice el Papa Francisco: *“La misericordia posee un valor, que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el Islam, que la considera uno de los atributos más calificativos de Dios. Las páginas del Antiguo Testamento están entrelazadas de misericordia... El Islam, por su parte, entre los nombres que le atribuyen al Creador está el de Misericordioso y Clemente. Esta invocación aparece con frecuencia en los labios de los fieles musulmanes, que se sienten acompañados y sostenidos por la misericordia en su cotidiana debilidad. También ellos creen que nadie puede limitar la misericordia divina, porque sus puertas están siempre abiertas”* (MV 23). Lamentamos fundamentalismos con política religiosa a golpe de metrallera y queremos promover un sano y respetuoso diálogo interreligioso. En nuestro mundo cristiano, ante tantas divisiones que matan todo lo que tiene de buena noticia el evangelio de Jesús, no nos debemos de cansar de proponer un Ecumenismo que siga delineando caminos de diálogo sincero, nada proselitista y con una valoración y reconocimiento recíprocos. En el interior de nuestra Iglesia debemos superar ciertos sectarismos de grupos cerrados y exclusivistas y abrir el corazón al Espíritu que actúa en la comunión y con vistas a la plenitud de la comunión.

Educar para la Reconciliación socio-política

286. La Reconciliación supone en primer lugar la admisión de las propias responsabilidades y de las correspondientes disculpas, con el propósito de dar con una alternativa pacificadora de una situación en conflicto, sobre todo en sociedades donde ha prevalecido durante un tiempo la violencia extrema. Esto significa entrar en un proceso de reconstrucción del tejido social y de las instituciones que han ido marcando la vida de una sociedad, que seguramente vive una fractura social. El diálogo declarado debe desempeñar una función decisiva: no es tanto el arte de saber hablar, cuanto de saber escuchar, con el objetivo de una búsqueda conjunta de la verdad, mediante la cual va abriéndose camino la Reconciliación recíproca como requisito para una paz duradera. Por ello todos los actores sociales han de participar activamente en los procesos de reconciliación. Y la

Iglesia misionera debe comprometerse en la educación para la reconciliación, especialmente allí donde las Comisiones “de Verdad y Reconciliación” desempeñan el rol específico de ir esclareciendo los hechos y el de impulsar y facilitar procesos de reconciliación.

Contribuir a elaborar en las personas los procesos de reconciliación

287. Que la víctima se descubra con vocación de perdón y reconciliación como puro don de Dios requiere todo un proceso personal y toda una elaboración psicológica, moral y espiritual, en la cual la Iglesia misionera debe contribuir acompañando y educando a las personas y a las diferentes generaciones. El trabajo es arduo pues se necesita superar muchos sentimientos vindicativos, humanamente legítimos. Juntar perdón y enemigos, víctima y victimario, es lo más difícil de la evangelización, pero es la cumbre de nuestro ideal moral misionero cristiano. Esto es lo que nos pide Jesús en su evangelio. Ciertamente, esto último constituye el acto más revolucionario del mundo y por eso Jesús dice en la cruz, ante quienes lo crucifican y por los que lo crucifican: *“Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen”* (Lc 23,34). Jesús lo dice así, aunque ellos sí sepan lo que han hecho. Posiblemente parece un gesto que parece sobrehumano, pero se dio, es real y se está dando dentro de un evangelio de Jesús sin rebajas, incluso, sin esperar a que el otro se arrepienta. Por eso, resultan esclarecedoras las palabras del Papa: *“No será inútil en este contexto recordar la relación existente entre justicia y misericordia, son... un solo momento que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor”* (MV 10).

Consolidar la opción por los pobres como vía de Reconciliación

288. La miseria material y moral tocó el corazón de Jesús (*“Siento compasión de la gente”*: Mt 15,32) y debe sacudir el de nuestra humanidad. Fue la estampa de un Jesús vulnerable ante el sufrimiento y el desamparo, con la mirada descubridora de los detalles (la moneda de la viuda), reaccionando con espontaneidad ante lo inmediato y sorpresivo. Jesús ama, sufre y se compadece, por ello se pone de parte de los malvistos y hace su opción por ellos; esto es algo que le complica la vida y que le lleva al martirio. Y junto a Él, los nuevos crucificados, las nuevas “venas abiertas” de nuestro continente americano, los nuevos mártires, la sangre aún fresca, el nuevo santoral, el profetismo de los comprometidos con el Reino, nuestro Beato Oscar Romero, Ignacio Ellacuría y sus hermanos jesuitas asesinados en el Salvador,... y tantos otros. Por todo ello nuestra

Iglesia se ratifica en su identidad de ser una Iglesia de los pobres, tal como solemnemente declaró el Concilio (cf. GS 1) y ha reiterado continuamente el Papa Francisco, siguiendo a todos sus predecesores. La opción preferencial por los pobres es toda una opción evangélica. La vida cambia, cuando la comenzamos a ver desde la óptica de los pobres y desde la pobreza. Y debe nacer en nosotros el alma samaritana que Dios ha puesto en lo más profundo de cada uno, siendo capaces de colocar al malherido en el lugar que venimos ocupando, haciéndolo centro de nuestros intereses, de nuestras preocupaciones y del amor misericordioso.

La Reconciliación ecológica en favor de la creación de Dios

289. El mensaje de la reconciliación abarca también a la ecología. El apóstol Pablo avanzó mucho, cuando situó la reconciliación en el contexto de la creación. Así, en los himnos iniciales de Efesios (Ef 1,3-14) y Colosenses (Col 1,15-20), aparece un Dios conciliador que reconcilia en Cristo todas las cosas y todas las personas, las que están en el cielo y en la tierra (Ef 1,10). Toda una reconciliación cósmica, y que representa la plenitud del plan de Dios para la creación final de los tiempos. El cristianismo ha liberado al ser humano del poder de la naturaleza (superstición, fetichismo), lo ha colocado en su lugar (Gn 1,26-28; 2,15); pero frecuentemente se ha olvidado de que era responsable de la creación. Por eso se impone la reconciliación de la humanidad ante la “casa devastada”, y es preciso que el ser humano aprenda de la sabiduría de la naturaleza, como fuerza a favor de la vida y de la evolución. Ahí la Iglesia tiene la misión de seguir anunciando el evangelio de la alianza universal (Gn 9,8-13), con su promesa de fertilidad y de armonía. No olvidemos que durante mucho tiempo se acusó a la tradición judeo-cristiana de atentado ideológico contra la naturaleza por su antropocentrismo (el “orgullo cristiano”); pero evidentemente nuestra fe es “verde”: valora, respeta y defiende la creación. Gran testimonio de esto es la carta magna sobre la ecología, que es la encíclica “*Laudato si*” del Papa Francisco, que nos ha situado con claridad meridiana frente a “*la grandeza, la urgencia y la hermosura del desafío que se nos presenta*” (LS 15) y se ha convertido en todo un espacio para la reflexión sincera, el cuestionamiento de nuestros comportamientos en la realidad de la vida y para adoptar compromisos concretos y diarios a favor de la creación. Toda una conversión ecológica es lo que nos pide también el Papa (LS 220).

3) LÍNEAS DE ACCIÓN PARA AVIVAR LA MISIÓN Y EL PROFETISMO

Despertar y fomentar la conciencia de misión en toda América

290. Despertar y alimentar la conciencia de la misionariedad de la Iglesia. No es sólo una responsabilidad que se deba asumir, sino que se trata de un don que se nos hace y hemos de acoger con gozo. Hemos de despertar esta conciencia de misión en las personas y los grupos, de modo que pueda desencadenar un cambio de orientación de las estructuras y de las actividades hacia la misión estrictamente evangelizadora.

Promover las vocaciones y el testimonio personal

291. Por ello es necesario despertar y potenciar nuevas estrategias para cultivar la dinámica vocacional de la Iglesia y de sus miembros, para formar y fortalecer ministerios y carismas misioneros en el servicio al mundo entero, así como promover el valor del testimonio de vida personal, grupal y comunitario e incentivar el diálogo interreligioso en la sociedad civil (asociaciones, escuelas, movimientos sociales, trabajo, etc).

Elaborar proyectos misioneros desde las Conferencias Episcopales

292. Elaborar a nivel de conferencias episcopales un proyecto misionero, que debe impregnar los planes pastorales y renovar nuestras estructuras de evangelización, adquiriendo una «mayor apertura de mentalidad» que ayude a superar planteamientos de carácter puramente sacramentalista o catequético, y que promueva la participación activa de los laicos haciéndolos caminar hacia la misión Ad Gentes.

Esforzarnos en serio por la conexión con la vida y con los problemas

293. Hacer un esfuerzo intenso de conexión con la vida real de la gente. Hemos de redescubrir la experiencia humana, la vida de las gentes, los problemas del pueblo, como lugar propio donde ha de crecer el Reino de Dios. Para ello será necesario asumir y promover la *Lectura Creyente de la Realidad* como metodología excelente del diálogo con el mundo y de la comunicación del Evangelio. Se trata de discernir la vida desde el Evangelio y de interrogar al Evangelio desde la vida. La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida concedida por Dios, debe insertarse en todos estos grupos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y

culturales de los hombres con quienes convivió. No se ha de hacer solamente desde una perspectiva sociológica o moralista, sino «con ojos de evangelizador», es decir, detectando la ausencia del Reino de Dios, escuchando llamadas concretas a la conversión, descubriendo dónde nos hemos de hacer presentes, dejándonos evangelizar por los pobres, etc.

Propiciar que la caridad sea la dinámica de la presencia misionera

294. Propiciar que la presencia de los fieles cristianos en los grupos humanos esté animada por la caridad con que Dios nos amó y con la que quiere que también nosotros nos amemos unos a otros. En efecto, la caridad cristiana se extiende a todos sin distinción de raza, condición social o religión; no espera lucro o agradecimiento alguno; pues como Dios nos amó con amor gratuito, así los fieles han de vivir preocupados por el hombre mismo, amándolo con el mismo sentimiento con que Dios lo buscó.

Hacerse presentes en los diversos ambientes con los medios adecuados

295. Desarrollar instrumentos y medios de comunicación y presencia que hagan llegar la experiencia y la vida de la Misión al mayor número posible de personas (información, convocatorias, llamadas...). Saber hacerse presentes en la actividad ciudadana y popular (fiestas, acciones de barrio, actos de solidaridad...). De este modo resultará, además, muy útil penetrar en el barrio o en la zona geográfica de cada comunidad o parroquia a través de una red de cristianos comprometidos y dispuestos a informar, comunicar y enlazar con la parroquia (agentes de Cáritas, pastoral de la salud, de los enfermos, etc).

Salir a las periferias del mundo al encuentro de los alejados de la fe

296. Salir a las periferias existenciales y geográficas del mundo para ir al encuentro de los alejados. Pensamos en las personas más o menos alejadas, que no tienen una actitud firme de rechazo a la Iglesia y al Evangelio y que iniciarían una búsqueda si encontraran la ayuda adecuada. Para ello hay que:
- a) Sensibilizar a las comunidades cristianas acerca de esta realidad humana del alejamiento.
 - b) Crear espacios y ocasiones para promover la atención, el contacto y los espacios de acogida necesarios, en grupos reducidos o de manera incluso personal, en actitud de escucha sincera de sus planteamientos,

formulando las preguntas que ni ellos ni nosotros debemos eludir, deshaciendo prejuicios y experiencias negativas, despertando la apertura a Jesucristo.

- c) Fomentar las catequesis más adecuadas para estos sectores de la población alejados de la fe.

Crear un Observatorio Eclesial Americano de los derechos humanos

- 297. Crear un Observatorio permanente de los derechos humanos en el continente americano de carácter nacional e internacional que permita conocer y analizar desde la perspectiva de la fe la situación de los sectores más pobres, desfavorecidos y excluidos de la población americana. Este Observatorio debe realizar periódicamente informes de carácter profético acerca de las situaciones de exclusión, marginación, opresión, injusticia, corrupción y extorsión de los derechos humanos sociales, políticos y económicos en todos los países de América.